

Charles H Spurgeon

Colección de Sermones
Sobre

La Navidad

Ex libris eltropical

INDICE

La Encarnación y el Nacimiento de Cristo

Vete a Casa: Un Sermón de Navidad

El Primer Villancico de Navidad

Una Pregunta de Navidad

Los Dos Advenimientos de Cristo

“Dios con Nosotros”

El Gozo Nacido en Belén

Jesús, el Rey de la Verdad

El Verdadero Evangelio No Es Un Evangelio Encubierto

El Púlpito de la Capilla New Park Street. La Encarnación y el Nacimiento de Cristo.

NO. 57

Sermón predicado la mañana del Domingo 23 de Diciembre, 1855

por Charles Haddon Spurgeon

En la Capilla de New Park Street, Southark, Londres

“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.” —Miqueas 5:2.

Esta es la estación del año cuando, querámoslo o no, estamos obligados a pensar en el nacimiento de Cristo. Considero que es una de las cosas más absurdas bajo el cielo pensar que hay religión cuando se guarda el día de Navidad. No hay ninguna probabilidad que nuestro Salvador Jesucristo haya nacido en ese día, y su observancia es puramente de origen papal; sin duda quienes son católicos tienen el derecho de reverenciarlo, pero no puedo entender cómo los protestantes consistentes pueden considerarlo de alguna manera sagrado. Sin embargo, yo desearía que hubiese diez o doce días de Navidad al año; porque hay suficiente trabajo en el mundo y un poco más de descanso no le haría daño a la gente que trabaja.

El día de Navidad es realmente una bendición para nosotros; particularmente porque nos congrega alrededor de la chimenea de nuestra casa y nos reunimos una vez más con nuestros amigos. Sin embargo, aunque no seguimos los pasos de otras personas, no veo ningún daño en que pensemos en la encarnación y el nacimiento del Señor Jesús. No queremos ser clasificados con aquellos que:

“Ponen más cuidado en guardar el día de fiesta

De manera incorrecta,

Que el cuidado que otros ponen

Para guardarlo de manera correcta.”

Los antiguos puritanos hacían ostentación de trabajo el día de Navidad, sólo para mostrar que protestaban contra la observancia de ese día. Pero nosotros creemos que protestaban tan radicalmente, que deseamos, como descendientes suyos, aprovechar el bien accidentalmente conferido por ese día, y dejar que los supersticiosos sigan con sus supersticiones.

Procedo de inmediato al punto que tengo que comentarles. Vemos, en primer lugar, *quién fue el que envió a Cristo*. Dios el Padre habla aquí, y dice: “de ti me saldrá el que será Señor en Israel.” En segundo lugar, *¿dónde vino al momento de Su encarnación?* En tercer lugar, *¿para qué vino?* “Para ser Señor en Israel.” En cuarto lugar, *¿había venido ya antes?* Sí, ya lo había hecho antes. “Sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.”

I. Entonces, en primer lugar, ¿QUIÉN ENVIÓ A CRISTO? La respuesta nos es entregada por las propias palabras del texto: “De ti,” dice Jehová, hablando por la boca de Miqueas, “de ti *me* saldrá.” Es un dulce pensamiento que Jesucristo no vino sin el permiso, autoridad, consentimiento y ayuda de Su Padre. Fue enviado por el Padre, para que fuera el Salvador de los hombres. ¡Ay! Nosotros estamos inclinados a olvidar que, si bien es cierto que hay distinciones en cuanto a las Personas de la Trinidad, no hay distinción en cuanto al honor; y muy frecuentemente atribuimos el honor de nuestra salvación, o al menos las profundidades de Su misericordia y el extremo de Su benevolencia, más a Jesucristo que al Padre. Este es un gran error. ¿Y qué si Jesús vino? ¿Acaso no lo envió el Padre? Si fue convertido en un niño, ¿acaso no lo engendró el Espíritu Santo? Si habló maravillosamente, ¿acaso el Padre no derramó gracia en Sus labios, para que fuera un capaz ministro del nuevo pacto?

Si Su Padre lo abandonó cuando tomó la amarga copa de hiel, ¿acaso no lo amaba aún? Y después de tres días ¿no Lo levantó de los muertos y Lo recibió en lo alto, llevando cautiva la cautividad? ¡Ah!, amados hermanos, quien conoce al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo como debería conocerlos, nunca coloca a Uno por encima del Otro; no está más agradecido al Uno que al Otro; Los ve a todos en Belén, en Getsemaní y en el Calvario, Todos igualmente involucrados en la obra de salvación. “De ti *me* saldrá.” Oh cristiano, ¿has puesto tu confianza en el hombre Cristo Jesús? ¿Has colocado tu seguridad únicamente en Él? Y ¿estás unido a Él? Entonces debes creer que estás unido al Dios del cielo; puesto que eres hermano del hombre Cristo Jesús, y tienes una íntima relación con Él, entonces por esa razón estás ligado al Dios eterno, y “el Anciano de días” es tu Padre y tu amigo. “De ti *me* saldrá.”

¿Acaso nunca has visto la profundidad del amor que había en el corazón de Jehová, cuando Dios el Padre equipó a Su Hijo para la grandiosa empresa de misericordia? Había habido un día triste en el cielo una vez antes, cuando Satanás cayó, y arrastró consigo a un tercio de las estrellas del cielo, cuando el Hijo de Dios, lanzando de Su grandiosa diestra los truenos omnipotentes, arrojó al grupo rebelde al foso de perdición; pero si pudiéramos concebir una pena en el cielo, debe haber sido un día más triste cuando el Hijo del Altísimo dejó el seno de Su Padre, donde había descansado desde antes de todos los mundos. “Ve,” dijo el Padre, “¡con la bendición de Tu Padre sobre Tu cabeza! Luego viene el despojarse de Sus vestidos. ¡Cómo se reúnen los ángeles alrededor, para ver al Hijo de Dios quitarse Sus vestiduras! Puso a un lado Su corona; dijo “Padre mío, yo soy Señor de todo, bendito por siempre, pero voy a hacer mi corona a un lado, y voy a ser como los hombres mortales.” Se despoja de Su brillante vestimenta de gloria; “Padre,” dice “voy a ponerme un vestido de barro, justo el mismo que usan los hombres.” Luego se quita todas esas joyas con las que era glorificado; hace a un lado Sus mantos bordados de estrellas y Sus túnicas de luz, para vestirse con las simples ropas del campesino de Galilea. ¡Cuán solemne debe haber sido ese desvestirse!

Y en seguida, ¿pueden imaginarse la separación? Los ángeles sirven al Salvador a lo largo de las calles, hasta que se acercan a las puertas, cuando un ángel exclama: “¡Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y saldrá el Rey de gloria!” ¡Oh!, me parece que los ángeles deben haber llorado cuando perdieron la compañía de Jesús; cuando el Sol del Cielo les arrebató toda Su luz. Pero lo siguieron. Descendieron con Él; y cuando Su espíritu entró en la carne, y se volvió un bebé, Él fue servido por ese poderoso ejército de ángeles, quienes después de haber estado con Él en el pesebre de Belén, y después de verlo descansar en el pecho de Su madre, en su camino de regreso hacia lo alto, se aparecieron a los pastores y les dijeron que había nacido el Rey de los judíos. ¡*El Padre* lo envió! Contemplan ese tema. Sus almas deben aferrarse a ese tema, y en cada período de Su vida piensen que Él sufrió lo que el Padre quiso; que cada paso de Su vida fue marcado con la aprobación del grandioso YO SOY. Cada pensamiento que tengan acerca de Jesús debe estar conectado

con el Dios eterno, siempre bendito; pues “Él,” dice Jehová, “*me* saldrá.” Entonces, ¿quién lo envió? La respuesta es, Su Padre.

II. Ahora, en segundo lugar, ¿ADÓNDE VINO? Una palabra o dos relativas a Belén. Se consideró bueno y adecuado que nuestro Salvador naciera en Belén, y eso debido a la historia de Belén, al nombre de Belén, y a la posición de Belén: pequeña en Judá.

1. En primer lugar, se consideró necesario que Cristo naciera en Belén, *debido a la historia de Belén*. Muy querida para todo israelita era la pequeña aldea de Belén. Jerusalén podía brillar más que ella en esplendor, pues allí estaba el templo, la gloria de toda la tierra, y “Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el monte de Sion;” sin embargo alrededor de Belén ocurrió un número de incidentes que la convirtieron siempre en un agradable lugar de descanso para la mente de cada judío. Inclusive el cristiano no puede evitar amar a Belén.

Creo que la primera mención que tenemos de Belén es triste. Allí murió Raquel. Si buscan en el capítulo 35 de Génesis, encontrarán que el versículo 16 dice: “Después partieron de Bet-el; y había aún como media legua de tierra para llegar a Efrata, cuando dio a luz Raquel, y hubo trabajo en su parto. Y aconteció, como había trabajo en su parto, que le dijo la partera: No temas, que también tendrás este hijo. Y aconteció que al salirse el alma (pues murió), llamó su nombre Benoni; mas su padre lo llamó Benjamín. Así murió Raquel, y fue sepultada en el camino de Efrata, la cual es Belén. Y levantó Jacob un pilar sobre su sepultura; esta es la señal de la sepultura de Raquel hasta hoy.” Este es un incidente singular: casi profético. ¿No habría podido María haber llamado a su propio hijo Jesús, su Benoni?; pues Él iba a ser ‘el hijo de mi dolor.’

Simeón le dijo: “(y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.” Pero aunque ella pudo haberlo llamado Benoni, ¿cómo lo llamó Dios Su Padre? Benjamín, el hijo de mi mano derecha; Benjamín en cuanto a Su Divinidad. Este pequeño incidente parece ser casi una profecía que Benoni: Benjamín, el Señor Jesús, debía nacer en Belén.

Pero otra mujer hace célebre este lugar. El nombre de esa mujer era Noemí. Allí en Belén vivió en días posteriores otra mujer llamada Noemí, cuando tal vez la piedra que el amor de Jacob había levantado, ya estaba cubierta de musgo y su inscripción estaba borrada. Ella también fue una hija de gozo, pero una hija de amargura a la vez. Noemí fue una mujer a quien el Señor había amado y bendecido, pero tenía que marcharse a una tierra extraña; y ella dijo: “No me llaméis Noemí (delicia) sino llamadme Mara (amargo); porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso.” Sin embargo, ella no estaba sola en medio de todas sus pérdidas, pues se aferró a ella Rut la moabita, cuya sangre gentil se debía unir con el torrente puro y sin mancha del judío que debía engendrar al Señor nuestro Salvador, el grandioso Rey tanto de los judíos como de los gentiles.

El bellissimo libro de Rut tenía todo su escenario en Belén. Fue en Belén que Rut salió a recoger espigas en los campos de Booz; fue allí que Booz la miró, y ella se inclinó a tierra ante su señor; fue allí que se celebró su matrimonio; y en las calles de Belén, Booz y Rut recibieron una bendición que los hizo fructíferos, de tal forma que Booz se convirtió en el padre de Obed, y Obed el padre de Isaí, e Isaí engendró a David. Este último hecho ciñe a Belén con gloria: el hecho que David haya nacido allí: el héroe poderoso que mató al gigante filisteo, que libró a los descontentos de su tierra de la tiranía de su monarca y que después, con el pleno consentimiento de un pueblo que así lo quería, fue coronado rey de Israel y de Judá.

Belén era una ciudad real, porque reyes fueron engendrados allí. Aunque Belén era pequeña, tenía mucho para ser estimada; porque era como ciertos principados que tenemos en Europa, que no

son celebrados por nada sino por haber engendrado a consortes de las familias reales de Inglaterra. Era un derecho, entonces, por la historia, que Belén debía ser el lugar del nacimiento de Cristo.

2. Pero además, *hay algo en el nombre del lugar*. “Belén Efrata.” La palabra *Belén* tiene un doble significado. Quiere decir “la casa del pan,” y “la casa de la guerra.” ¿No debía nacer Cristo en “la casa del pan!” Él es el pan de Su pueblo, de Quien recibe su alimento. Como nuestros padres comieron maná en el desierto, así nosotros vivimos de Cristo aquí abajo. Hambrientos frente al mundo, no podemos alimentarnos de sus sombras. Sus cáscaras pueden gratificar el gusto porcino de los mundanos, pues ellos son puercos; pero nosotros necesitamos algo más sustancial, y en ese bendito pan del cielo, hecho del cuerpo magullado de nuestro Señor Jesús, y cocido en el horno de Sus agonías, encontramos un alimento bendito. No hay alimento como Jesús para el alma desesperada o para el más fuerte de los santos. El más humilde de la familia de Dios va a Belén por su pan; y el hombre más fuerte, que come sólidos alimentos, va a Belén por ellos.

¡Casa de Pan! ¿De dónde podría venir nuestro alimento fuera de Ti? Hemos probado al Sinaí, pero en sus cumbres abruptas no crecen frutos, y sus alturas espinosas no producen el trigo que pueda alimentarnos. Hemos ido al propio Tabor, donde Cristo fue transfigurado, y sin embargo allí no hemos sido capaces de comer Su carne y beber Su sangre.

Pero tú Belén, casa de pan, correctamente fuiste nombrada; pues allí se le dio al hombre por primera vez el pan de vida. Y también es llamada “la casa de la guerra;” porque Cristo es para un hombre “la casa del pan,” o de lo contrario, “la casa de la guerra.” Mientras Él es alimento para el justo, hace la guerra al impío, según Su propia palabra: “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa.”

¡Pecador! Si tú no conoces a Belén como “la casa del pan,” será para ti una “casa de guerra.” Si de los labios de Jesús nunca bebes la dulce miel; si tú no eres como la abeja, que sorbe el dulce licor delicioso de la Rosa de Sarón, entonces de esa misma boca saldrá una espada de dos filos en tu contra; y esa misma boca de la que los justos sacan su pan, será para ti la boca de la destrucción y la causa de tu mal.

Jesús de Belén, casa de pan y casa de guerra, confiamos en que te conocemos como nuestro pan. ¡Oh!, que algunos que no están en guerra Contigo puedan oír en sus corazones, así como en sus oídos el himno:

*“Paz en la tierra, e indulgente misericordia,
Dios y los pecadores reconciliados.”*

Y ahora nos vamos a referir a esa palabra: *Efrata*. Ese era el viejo nombre del lugar, que los judíos conservaban y amaban. Su significado es, “fecundidad,” o “abundancia.” ¡Ah! Qué adecuado fue que Jesús naciera en la casa de la fecundidad; pues ¿de dónde vienen mi fecundidad y tu fecundidad, hermano mío, sino de Belén? Nuestros pobres corazones infecundos nunca produjeron ningún fruto, ni flor, hasta que fueron regados con la sangre del Salvador.

Es Su encarnación la que enriquece el suelo de nuestros corazones. Por toda su tierra había espinas punzantes, y venenos mortales antes que Él viniera; pero nuestra fecundidad viene de Él. “Yo seré a él como la haya verde; de mí será hallado tu fruto.” “Todas mis fuentes están en ti.” Si nosotros somos como árboles plantados junto a corrientes de aguas, dando fruto en nuestro tiempo, no es

porque hayamos sido naturalmente fructíferos, sino a causa de las corrientes de aguas junto a las cuales fuimos plantados.

Es Jesús Quien nos hace fecundos. “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto.” ¡Gloriosa Belén Efrata! ¡Nombrada muy adecuadamente! Fecunda casa de pan; ¡la casa de abundante provisión para el pueblo de Dios!

3. A continuación notamos *la posición de Belén*. Se dice que es “pequeña para estar entre las familias de Judá.” ¿Por qué se dice esto? Porque Jesucristo siempre va en medio de los pequeños. Él nació en la pequeña aldea “para estar entre las familias de Judá.” No en la alta colina de Basán, ni en el monte real de Hebrón, ni en los palacios de Jerusalén, sino en la humilde pero ilustre aldea de Belén.

Hay un pasaje en Zacarías que nos enseña una lección: se dice que un varón que cabalgaba sobre un caballo alazán, estaba entre los mirtos que había en la hondura. Ahora, los mirtos crecen en las honduras; y el varón cabalgando el caballo alazán siempre cabalga allí. Él no cabalga en la cima de la montaña; Él cabalga entre los humildes de corazón. “Miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra.”

Hay algunos pequeños entre nosotros hoy: “pequeña para estar entre las familias de Judá.” Nadie escuchó antes el nombre de ustedes, ¿no es verdad? Si los enterraran e inscribieran sus nombres en sus tumbas, pasarían desapercibidos. Quienes pasaran por allí dirían: “eso no significa nada para mí: nunca lo conocí.”

No sabes mucho de ti mismo, ni tienes una gran opinión acerca de ti mismo; tal vez a duras penas puedes leer. O si tienes algunas habilidades y talentos, eres despreciado por los hombres; o, si no eres despreciado por ellos, tú te desprecias a ti mismo. Tú eres uno de los pequeños. Bien, Cristo siempre nace en Belén entre los pequeñitos. Cristo nunca entra en los grandes corazones; Cristo no habita en los grandes corazones, sino en los pequeñitos. Los espíritus poderosos y orgullosos nunca tienen a Jesucristo, pues Él entra por puertas bajas, y nunca entrará por puertas elevadas.

Quien tiene un corazón quebrantado, y un espíritu humillado, tendrá al Salvador, pero nadie más. Él no sana ni al príncipe ni al rey, sino “Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.” ¡Qué dulce pensamiento! Él es el Cristo de los pequeñitos. “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel.”

No podemos abandonar este tema sin otro pensamiento aquí, que es, *¡cuán maravillosamente misteriosa fue esa providencia que trajo a la madre de Jesucristo a Belén, en el mismo momento que iba a dar a luz!* Sus padres residían en Nazaret; ¿y con qué motivo hubieran querido viajar en ese momento? Naturalmente, hubieran permanecido en casa; no es nada probable que Su madre hubiera hecho un viaje a Belén encontrándose en esa condición especial. Pero Augusto César promulga un edicto que todo el mundo debe ser empadronado. Muy bien, entonces que sean empadronados en Nazaret. No; le agradó a Él que todos debían ir a Su ciudad. ¿Pero por qué Augusto César pensó en eso precisamente en ese momento en particular? Simplemente porque mientras el hombre piensa su camino, el corazón del rey está en la mano de Jehová.

¡Mil variables se relacionaron entre sí, como dice el mundo, para producir este evento! Primero que nada, César tiene una disputa con Herodes; uno de la familia de Herodes fue depuesto. César dice: “voy a imponer impuestos a Judea, y voy a convertirla en una provincia, en vez de mantenerla como un reino separado.” Pues bien, tenía que hacerse así. Pero, ¿cuándo debe hacerse? Esta ley impositiva, se dice, se comenzó cuando Cirenio era gobernador. Pero, ¿por qué debe llevarse a cabo este censo en ese momento en particular, supongamos que en Diciembre? ¿Por qué no se hizo en el mes

de Octubre anterior? Y ¿por qué la gente no hubiera podido ser censada en el lugar en que residía? ¿No era su dinero tan bueno en el lugar en que vivía como en cualquier otro? Era un capricho de César; pero era el decreto de Dios.

¡Oh!, amamos la doctrina sublime de la absoluta predestinación eterna. Algunos han dudado que sea consistente con el libre albedrío del hombre. Bien sabemos que es así y nunca hemos visto ninguna dificultad en el tema; creemos que los filósofos metafísicos son los que han creado las dificultades; nosotros no vemos ningún problema. Nos corresponde creer que el hombre hace lo que le parece, pero sin embargo siempre hace lo que Dios decreta. Si Judas traiciona a Cristo, “para eso fue destinado;” y si Faraón endurece su corazón, sin embargo, “Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra.” El hombre hace lo que quiere; pero también Dios hace que el hombre haga lo que *Él* quiere. Más aún, no sólo está la voluntad del hombre bajo la absoluta predestinación de Jehová; sino que todas las cosas, grandes o pequeñas, son de *Él*. Bien ha dicho el buen poeta: “Sin duda, la navegación de una nube tiene a la Providencia como su piloto; sin duda la raíz de un roble es nudosa debido a un propósito especial, Dios rodea todas las cosas, cubriendo al globo como aire.” No hay nada grande o pequeño, que no sea de *Él*.

El polvo del verano se mueve en su órbita, guiado por la misma mano que dispersa a las estrellas a lo largo del cielo; las gotas de rocío tienen su padre, y cubren el pétalo de la rosa conforme Dios lo ordena; sí, las hojas secas del bosque, cuando son desparramadas por la tormenta, tienen una posición asignada donde caen, y no pueden modificarla. En lo grande y en lo pequeño, allí está Dios: Dios en todo, haciendo todas las cosas de acuerdo al consejo de Su propia voluntad; y aunque el hombre busca ir contra su Hacedor, no puede.

Dios le ha puesto un límite al mar con una barrera de arena; y si el mar levanta una ola tras otra, sin embargo no excederá su límite asignado. Todo es de Dios; y a *Él*, que guía las estrellas y le da sus alas a los gorriones, que gobierna a los planetas y también mueve los átomos, que habla truenos y susurra céfiros, a *Él* sea la gloria; pues Dios está en cada cosa.

III. Esto nos lleva al tercer punto: ¿PARA QUÉ VINO JESÚS? *Él* vino para ser “Señor en Israel.” Es algo muy singular que se dijera de Jesucristo que era “nacido el rey de los judíos.” Muy pocos alguna vez han “nacido reyes.” Algunos hombres nacen como príncipes, pero rara vez nacen como reyes. No creo que encuentren algún caso en la historia donde un niño haya nacido rey. Nació como príncipe de Gales, tal vez, y tuvo que esperar un número de años, hasta que su padre muriera, y entonces lo hicieron rey, poniéndole una corona en su cabeza; y un crisma sagrado, y otras cosas extrañas por el estilo; pero no nació rey. No recuerdo a nadie que haya nacido rey, excepto Jesús; y hay un significado enfático en ese verso que cantamos:

“Nacido para liberar a Tu pueblo;

Nacido niño, pero sin embargo, rey.”

En el instante que vino a la tierra *Él* era un rey. No tuvo que esperar su mayoría de edad para poder asumir Su imperio; pero tan pronto como Su ojo saludó a la luz del sol, era rey; desde el momento que Sus manos pequeñitas tomaron alguna cosa, tomaron un cetro: tan pronto latió Su pulso, y Su sangre comenzó a fluir, Su corazón latió con latidos reales, y Su pulso latió con una medida imperial, y Su sangre fluyó en una corriente de realeza. *Él* nació rey. *Él* vino para ser “Señor en Israel.” “¡Ah!”, dirá alguien, “entonces vino en vano, pues muy poco ejerció Su gobierno;” “A lo suyo vino, y los su-

yos no le recibieron;" vino a Israel pero no fue su rey, sino que fue más bien "despreciado y desechado entre los hombres," rechazado por todos ellos, y abandonado por Israel, a quien vino."

Ay, pero "no todos los que descienden de Israel son israelitas," ni tampoco porque sean de la simiente de Abrahán son todos también llamados. ¡Ah, no! Él no es Señor de Israel según la carne, sino que es Señor de Israel según el espíritu. Muchos le han obedecido en Su carácter de Señor. ¿Acaso los apóstoles no se inclinaron ante Él, y le reconocieron como Rey? Y ahora, ¿no lo saluda Israel como su Señor? ¿Acaso toda la simiente de Abrahán según el espíritu, todos los creyentes, pues él es el "padre de los creyentes," no reconoce que a Cristo pertenecen los escudos de los poderosos, pues Él es el Rey de toda la tierra? ¿No gobierna en Israel? Ay, verdaderamente sí reina; y aquellos que no son gobernados por Cristo no son de Israel. Él vino para ser Señor de Israel.

Hermano mío, ¿te has sometido al gobierno de Jesús? ¿Es Señor de tu corazón, o no? Podemos conocer a Israel por esto: Cristo ha venido a sus corazones, para ser Señor de ellos. "¡Oh!" dirá alguien, "yo hago lo que me dé la gana, nunca he estado bajo la servidumbre de nadie." ¡Ah!, entonces odias el señorío de Cristo. "¡Oh!", dirá otro, "yo me someto a mi ministro, a mi clérigo, a mi sacerdote, y pienso que lo que me dice es suficiente, pues él es mi señor." ¿Es así? ¡Ah!, pobre esclavo, no conoces tu dignidad; pues nadie es tu señor legal sino el Señor Jesucristo. "Ay," dice otro, "he profesado Su religión, y soy Su seguidor." Pero, ¿gobierna en tu corazón? ¿Tiene Él el comando de tu corazón? ¿Guía tu juicio? ¿Buscas en Su mano el consejo cuando experimentas dificultades? ¿Estás deseoso de honrarlo, y poner coronas sobre Su cabeza? ¿Es él tu Señor? Si es así, entonces tú eres uno de Israel; pues está escrito: "será Señor en Israel."

¡Bendito Señor Jesús! Tú eres Señor en los corazones de los que son de Tu pueblo, y siempre lo serás; no queremos otro señor salvo Tú, y no nos someteremos a nadie más. Somos libres, puesto que somos siervos de Cristo; estamos en libertad, puesto que Él es nuestro Señor, y no conocemos ninguna servidumbre ni ninguna esclavitud, porque sólo Jesucristo es el monarca de nuestros corazones. Él vino para ser "Señor en Israel;" y fíjense bien, esa misión Suya no está terminada todavía, y no lo estará hasta las glorias postreras. Dentro de poco verán a Cristo venir de nuevo, para ser Señor sobre Su pueblo Israel, y gobernar sobre ellos no sólo como el Israel espiritual, sino también como el Israel natural, pues los judíos serán restaurados a su tierra, y las tribus de Jacob cantarán en las naves de su templo; a Dios serán ofrecidos nuevamente, himnos hebreos de alabanza, y el corazón del judío incrédulo será derretido a los pies del verdadero Mesías.

En breve, Quien en Su nacimiento fue saludado como rey de los judíos por unos orientales, y de Quien en Su muerte un occidental escribió: Rey de los judíos, será llamado Rey de los judíos en todas partes; sí, Rey de los judíos y también de los gentiles; en esa monarquía universal cuyo dominio se extenderá por todo el globo habitable, y cuya duración será sin tiempo. Él vino para ser Señor en Israel, y con toda certeza será Señor, cuando reine gloriosamente en Su pueblo, con todos sus antepasados.

IV. Y ahora, el último punto es, ¿VINO JESUCRISTO ALGUNA VEZ ANTES? Respondemos que sí: pues nuestro texto dice: "sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad."

Primero, *Cristo ha tenido Sus salidas en Su divinidad.* "Desde los días de la eternidad." Él no había sido una persona secreta y silenciosa hasta ese momento. Ese niño recién nacido ha obrado maravillas desde hace mucho tiempo; ese bebé dormido en los brazos de Su madre, es bebé hoy, pero es el Anciano de la eternidad; ese niño que está allí no ha hecho Su primera aparición en el escenario de

este mundo; Su nombre todavía no ha sido escrito en el registro de los circuncidados; pero aunque no lo sepas, “sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.”

1. Desde tiempos antiguos, *Él salió como nuestra cabeza del pacto en la elección*, “según nos escogió en él antes de la fundación del mundo.”

“Cristo sea Mi primer elegido, dijo,

Y luego eligió nuestras almas en Cristo nuestra Cabeza.”

2. Él salió por Su pueblo, *como su representante ante el trono, aun antes que ese pueblo fuera engendrado en el mundo*. Fue desde la eternidad que Sus poderosos dedos tomaron la pluma, y la estilográfica de las edades, y escribió Su propio nombre, el nombre del eterno Hijo de Dios; fue desde la eternidad que firmó el pacto con Su Padre, que pagaría sangre por sangre, herida por herida, sufrimiento por sufrimiento, agonía por agonía, y muerte por muerte, a favor de Su pueblo; fue desde la eternidad que Se entregó a Sí mismo, sin murmurar una palabra, que desde Su cabeza hasta la planta de Sus pies sudaría sangre, que sería escupido, traspasado, se burlarían de Él, sería partido en dos, sufriría el dolor de la muerte, y las agonías de la cruz. Sus salidas como nuestra garantía fueron desde la eternidad.

¡Haz una pausa, alma mía, y asómbtrate! Tú has tenido salidas en la persona de Jesús desde la eternidad. No solamente cuando naciste en este mundo te amó Cristo, pero Sus deleites estaban con los hijos de los hombres antes de que hubieran hijos de los hombres. A menudo pensaba en ellos; desde la eternidad hasta la eternidad Él había puesto Su afecto en ellos. ¡Cómo!, creyente, Él ha estado involucrado en tu salvación desde hace tanto tiempo, y ¿no va a alcanzarla? ¿Desde la eternidad Él ha salido para salvarme, y va a perderme ahora? ¡Cómo!, ¿me ha tenido en Su mano, como Su joya preciosa, y dejará que resbale en medio de Sus preciosos dedos? ¿Me eligió antes que las montañas fueran colocadas, o fueran esculpidos los canales de las profundidades, y va a perderme ahora? ¡Imposible!

“Mi nombre de las palmas de Sus manos

La eternidad no puede borrar;

Grabado en Su corazón permanece,

Con marcas de gracia indeleble.”

Estoy seguro que no me amaría durante tanto tiempo, para luego dejar de amarme. Si tuviera la intención de cansarse de mí, ya se hubiera cansado de mí desde hace mucho tiempo. Si no me hubiera amado con un amor tan profundo como el infierno y tan inexpresable como la tumba, si no me hubiera dado todo Su corazón, estoy seguro que me hubiera abandonado desde hace mucho tiempo. Él sabía lo que yo sería, y Él ha tenido mucho tiempo para considerarlo; pero yo soy Su elegido, y eso es definitivo. Y a pesar de lo indigno que soy, no me corresponde refunfuñar, si Él está contento conmigo. Pero Él está contento conmigo: debe estar contento conmigo; pues Él me ha conocido lo suficiente para conocer mis fallas. Él me conoció antes que yo me conociera; sí, Él me conoció antes que yo existiera. Antes que mis miembros fueran formados, fueron escritos en Su libro: “Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas.” Sus ojos de afecto se enfocaron en esos miembros. Él sabía cuán mal me iba a portar con Él, y sin embargo ha seguido amándome:

“Su amor de tiempos pasados me impide pensar,

Que me dejará al fin en problemas que me hundan."

No; puesto que "sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad," serán "hasta la eternidad."

En segundo lugar, creemos que Cristo *ha salido desde tiempos remotos a los hombres, de tal forma que los hombres lo han visto*. No me detendré para decirles que fue Jesús Quien se paseaba en el huerto del Edén, al aire del día, pues Sus deleites estaban con los hijos de los hombres; ni los voy a demorar señalándoles todas las diversas maneras en que Cristo salió a Su pueblo en la forma del ángel del pacto, el Cordero Pascual, la serpiente de bronce, la zarza ardiendo, y diez mil tipos con los que la historia sagrada está tan repleta; pero prefiero señalarles cuatro ocasiones cuando Jesucristo nuestro Señor ha aparecido en la tierra como un hombre, antes de Su grandiosa encarnación para nuestra salvación.

Y, primero, les ruego que vayamos al capítulo 18 de Génesis, donde Jesucristo apareció a Abraham, de quien leemos: "Después le apareció Jehová en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día. Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra. Pero, ¿ante quién se postró? Dijo: "Señor," solamente a uno de ellos. Había un hombre en medio de los otros dos, de lo más conspicuo debido a Su gloria, pues se trataba del Dios-hombre Cristo; los otros dos eran ángeles creados, que habían asumido la apariencia de hombres temporalmente. Pero éste era el hombre Cristo Jesús. "Y dijo: Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo. Que se traiga ahora un poco de agua, y lavad vuestro pies; y recostaos debajo de un árbol." Notarán que este hombre majestuoso, esta persona gloriosa, se quedó retrasado para hablar con Abraham. En el versículo 22 se dice: "Y se apartaron de allí los varones, y fueron hacia Sodoma;" esto es, dos de ellos, como verán en el siguiente capítulo: "pero Abraham estaba aún delante de Jehová." Notarán que este hombre, el Señor, sostuvo una dulce comunión con Abraham, y le permitió a Abraham interceder por la ciudad que estaba a punto de destruir. Estaba positivamente como un hombre. De tal forma que cuando caminó en las calles de Judea no era la primera vez que era un hombre; lo había sido antes, en "el encinar de Mamre, en el calor del día."

Hay otra instancia; su aparición a *Jacob*, que tenemos registrada en el capítulo 32 de Génesis, en el versículo 24. Toda su familia se había ido, y "Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios." Este era un hombre, y sin embargo era Dios. "porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido." Y Jacob sabía que este hombre era Dios, pues dice en el versículo 30: "Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma."

Encontrarán otro ejemplo en el libro de *Josué*. Cuando Josué atravesó la poco profunda corriente del Jordán, y entró en la tierra prometida, y estaba a punto de sacar a los cananeos, ¡he aquí!, este poderoso hombre-Dios se apareció a Josué. En el capítulo 5, en el versículo 13, leemos: "Estando Josué cerca de Jericó, alzó sus ojos y vio un varón que estaba delante de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano. Y Josué, yendo hacia él, le dijo: ¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos? Él respondió: No; mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora." Y Josué vio de inmediato que había divinidad en Él; pues se postró sobre rostro en tierra, y adoró, y le dijo: "¿Qué dice mi Señor a su siervo!" Ahora, si éste hubiera sido un ángel creado hubiera regañado a Josué,

diciendo: “yo soy un siervo como tú.” Pero no; “el Príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo.”

Otra instancia notable es la que está registrada en tercer capítulo del libro de Daniel, donde leemos la historia cuando Sadrac, Mesac y Abed-nego son echados en medio de un horno de fuego ardiendo, y como lo habían calentado mucho, la llama del fuego mató a aquellos que los habían alzado. Súbitamente el rey preguntó a los de su consejo: “¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego!” Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: “He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses.” ¿Cómo podía Nabucodonosor saber eso? Sólo porque había algo tan noble y majestuoso en la forma en que ese maravilloso Hombre se comportaba, y una terrible influencia lo circundaba que tan maravillosamente quebrantó los dientes consumidores de esa llama devoradora y destructora, de tal forma que ni siquiera podía chamuscar a los hijos de Dios. Nabucodonosor reconoció Su humanidad. No dijo: “veo a tres hombres y a un ángel,” sino que dijo: “veo positivamente a cuatro hombres, y la forma del cuarto es como el Hijo de Dios.” Ven, entonces, lo que significa que Sus salidas son “desde los días de la eternidad.”

Observen aquí por un momento, que cada una de estas cuatro ocurrencias, sucedieron a los santos *cuando ellos estaban involucrados en deberes muy eminentes, o cuando estaban a punto de involucrarse*. Jesucristo no se aparece a Sus santos cada día. Él no vino a ver a Jacob hasta que no estuvo en aflicción; Él no visitó a Josué antes de que estuviera a punto de involucrarse en una guerra santa. Es solamente en condiciones extraordinarias que Cristo se manifiesta así a Su pueblo.

Cuando Abraham *intercedió* por Sodoma, Jesús estaba con él, pues uno de los empleos más elevados y más nobles de un cristiano es ese de la intercesión, y es cuando él está ocupado de esa manera que tendrá la probabilidad de obtener una visión de Cristo. Jacob estaba involucrado en *luchar*, y esa es una parte del deber de un cristiano, que nunca han experimentado algunos de ustedes; consecuentemente, ustedes no tienen muchas visitas de Jesús. Fue cuando Josué estaba *ejercitando la valentía* que el Señor se encontró con él. Lo mismo con Sadrac, Mesac y Abed-nego: ellos se encontraban en los lugares altos de la *persecución* debido a su apego al deber, cuando Él vino a ellos, y les dijo: “estaré con ustedes, pasando a través del fuego.”

Hay ciertos lugares especiales en los que debemos entrar, para encontrarnos con el Señor. Debemos encontrarnos en grandes problemas, como Jacob; debemos estar en medio de grandes trabajos, como Josué; debemos tener una gran fe de intercesión, como Abraham; debemos estar firmes en el desempeño de un deber, como Sadrac, Mesac, y Abed-nego; de lo contrario no lo conoceremos a Él “cuyas salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.” O si lo conocemos, no seremos capaces de “comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento.”

¡Dulce Señor Jesús! Tú, cuyas salidas fueron desde el principio, desde los días de la eternidad, Tú no has abandonado Tus salidas todavía. ¡Oh, que salieras hoy para animar al desmayado, para ayudar al cansado, para sanar nuestras heridas, para consolar nuestras aflicciones! ¡Sal, te suplicamos, para conquistar a los pecadores, para someter corazones endurecidos; para romper las puertas de hierro de las concupiscencias de los pecadores, y cortar las barras de hierro de sus pecados y hacerlas pedazos! ¡Oh, Jesús! ¡Sal; y cuando salgas, ven a mí! ¿Soy un pecador endurecido? Ven a mí; yo te necesito:

“¡Oh!, que tu gracia someta mi corazón;

Quiero ser llevado triunfante también;

Un cautivo voluntario de mi Señor,

Para cantar los honores de Tu palabra.”

¡Pobre pecador! Cristo no ha dejado de salir todavía. Y cuando sale, recuerda, va a Belén. ¿Tienes tú un Belén en tu corazón? ¿Eres pequeño? Él saldrá a ti todavía. Ve a casa y búscalo por medio de una oración sincera. Si has sido conducido a llorar a causa del pecado, y te sientes demasiado pequeño para que te vean, ¡ve a casa, pequeño! Jesús viene a los pequeños; Sus salidas son desde el principio, y Él está saliendo ahora. Él vendrá a tu vieja pobre casa; Él vendrá a tu pobre corazón desdichado; Él vendrá, aunque estés en la pobreza, y estés cubierto de harapos, aunque estés desamparado, atormentado y afligido; Él vendrá, pues Sus salidas han sido desde el principio, desde los días de la eternidad. Confía en Él, confía en Él, confía en Él; y el saldrá y habitará en tu corazón por toda la eternidad.

1

¹Spurgeon, C. H., & Román, A. (2008). *Sermones de Carlos H. Spurgeon*. Bellingham, WA: Logos Research Systems, Inc.

El Púlpito de la Capilla New Park Street

Vete a Casa: Un Sermón de Navidad

NO. 109

Un sermón predicado la mañana del Domingo 21 de Diciembre, 1856

por Charles Haddon Spurgeon

En Music Hall, Royal Surrey Gardens, Londres.

"Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti." Marcos 5:19.

El caso del hombre de quien se hace referencia aquí, es verdaderamente extraordinario: ocupa un lugar entre los hechos memorables de la vida de Cristo, tal vez tan prominente como cualquier otra cosa que haya sido registrada por cualquiera de los evangelistas. Este pobre desventurado, poseído por una legión de espíritus inmundos, había sido llevado a una condición peor que la locura. Tenía su morada en los sepulcros, donde permanecía de día y de noche, siendo el terror de todos los que pasaban por allí. Las autoridades habían tratado de ponerle freno; le habían atado con grillos y cadenas, pero en los paroxismos de su locura había destrozado las cadenas y desmenuzado los grillos. Habían intentado rehabilitarlo, pero nadie le podía dominar. Era peor que las bestias salvajes, pues ellas podían ser domadas; pero su fiera naturaleza no se sometía. Era una calamidad para consigo mismo, pues corría sobre los montes de día y de noche, dando voces y aullando pavorosamente, hiriéndose con piedras filosas y torturando su pobre cuerpo de la manera más terrible.

Jesucristo pasó por allí. Él dijo a la legión: "Sal de este hombre." El hombre fue sanado al instante. Se arrodilló a los pies de Jesús. Se volvió un ser racional, un hombre inteligente, sí, y lo que es más, un hombre convertido al Señor. Por gratitud a su liberador, le dijo: "Señor, yo te seguiré dondequiera que vayas; seré tu constante compañero y tu siervo; permite que lo sea." "No," respondió Cristo, "aprecio tu motivo: es uno de gratitud hacia mí. Pero si quieres mostrar tu gratitud, 'vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.'"

Ahora, esto nos enseña una importante lección, es decir, que la verdadera religión no rompe los lazos de la relación familiar. La verdadera religión raramente se inmiscuye en esa sagrada y casi diría divina institución, llamada *hogar*; no separa a los hombres de sus familias, enajenándolos de su carne y su sangre. La superstición ha hecho eso. Una terrible superstición, que se llama a sí misma cristianismo, ha separado a los hombres de sus semejantes. Pero la verdadera religión nunca ha pedido eso. Vamos, si se me permitiera hacerlo, buscaría al ermitaño en su solitaria caverna, iría a él y le diría: "amigo, si eres lo que profesas ser, un verdadero siervo del Dios vivo, y no un hipócrita, como adivino que eres; si eres un verdadero creyente en Cristo y quieres mostrar lo que Él ha hecho por ti, vuelca ese cántaro, come el último mendrugo de tu pan, abandona esta funesta cueva, lava tu cara, desata tu cinto de hilo de cáñamo; y si quieres mostrar tu gratitud, vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo. ¿Acaso puedes tú edificar a las hojas secas del bosque? ¿Pueden las bestias adorar a ese Dios al que tu gratitud debe esforzarse por honrar? ¿Acaso esperas convertir estas rocas, y convencer a los ecos que canten? No, regresa; mora con tus amigos, recupera tu relación con los hombres y únete otra vez a tus compañeros, pues esta la manera aprobada por Cristo de mostrar gratitud."

Y yo iría a cada monasterio y a cada convento de monjas y les diría a los monjes: “¡salgan, hermanos, salgan! Si son lo que dicen ser, siervos de Dios, váyanse a su casa, a los suyos. ¡Olvídense de esta absurda disciplina; no es el mandamiento de Cristo; están haciendo las cosas de manera diferente a como Él las quiere; váyanse a casa, a los suyos!” Y a las hermanas de la misericordia les diríamos: “sean hermanas de misericordia para sus propias hermanas; váyanse a casa, a los suyos; cuiden a sus ancianos padres; conviertan sus propias casas en conventos; no se queden aquí alimentando su orgullo y desobedeciendo el mandato de Cristo, que dice: “váyanse a casa, a los suyos.” “Vete a casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.” El amor a una vida solitaria y ascética, que es considerada por algunos como una virtud divina, no es ni más ni menos que una enfermedad de la mente. En la época en que había muy poca caridad, y por consiguiente pocas manos que construyeran asilos de locos, la superstición compensaba esa falta de asilos permitiendo a hombres y mujeres insensatos que se entregaran a sus caprichos en solitarias guaridas o en descuidada pereza. Young ha dicho con toda verdad:

“Los primeros síntomas seguros de una mente saludable

Son el descanso del corazón y el placer encontrado en casa.”

Eviten, amigos míos, sobre todas las cosas, esos conceptos románticos y absurdos de la virtud, que son la prole de la superstición y los enemigos de la justicia. Mantengan siempre el afecto natural, y amen a aquellos que están ligados a ustedes por vínculos naturales.

La verdadera religión no puede ser inconsistente con la naturaleza. No puede requerir nunca que me abstenga de llorar cuando se muere mi amigo. “Jesús lloró.” No puede negarme el privilegio de una sonrisa, cuando la Providencia me mira de manera favorable, pues una vez “En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: Yo te alabo, oh Padre.” No conduce al hombre a decir a su padre y a su madre, “ya no soy más su hijo.” Eso no es el cristianismo, sino algo peor de lo que harían las bestias, que nos llevaría a un rompimiento completo con nuestros semejantes, a caminar en medio de ellos como si nouviésemos ningún parentesco con ellos. A todos los que opinan que una vida solitaria debe ser una vida de piedad, yo les diría: “es el más grande engaño.” A todos los que piensan que quienes rompen los vínculos de relación deben ser buenas personas, digámosles: “los que mantienen esos vínculos son los mejores.” El cristianismo hace al esposo un mejor esposo, y a la esposa una mejor esposa de lo que antes eran. No me libera de mis deberes como hijo; me hace un mejor hijo, y a mis padres los hace mejores padres. En vez de debilitar mi amor, me da una razón renovada para fortalecer mi afecto; y a quien antes amaba como mi padre, ahora le amo como mi hermano y colaborador en Cristo Jesús; y a quien reverenciaba como mi madre, ahora la amo como mi hermana en el pacto de gracia, hermana mía para siempre en el estado venidero. ¡Oh!, nadie debe suponer que el cristianismo interfiere en los hogares; tiene el objetivo de fortalecerlos, y hacerlos baluartes que ni la misma muerte puede separar, pues los liga en un vínculo de vida con el Señor su Dios, y reúne a los varios individuos al otro lado del río.

Ahora, voy a decirles por qué elegí este texto. Pensé para mí: hay una gran cantidad de jóvenes que siempre viene para oírme predicar; siempre se apretujan en los pasillos de mi capilla, y muchos de ellos han sido convertidos a Dios. Ahora se aproxima otra vez el día de Navidad, y ellos irán a casa a ver a los suyos. Cuando lleguen a casa querrán cantar un villancico de Navidad en la noche; quisiera sugerirles uno, en especial a quienes han sido convertidos recientemente. Les daré un tema para su discurso en la noche de Navidad; podrá no ser tan divertido como “El Naufragio del María

de Oro,”¹ pero será igual de interesante para el pueblo cristiano. El tema será este: “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho con sus almas, y cómo ha tenido misericordia de ustedes.”

En mi opinión, desearía que hubiesen veinte Navidades en el año. Muy raras veces los jóvenes pueden reunirse con los suyos: Raramente pueden estar unidos como felices familias: Y aunque no guardo ningún respeto por la observancia religiosa de ese día, lo amo como una institución familiar, como uno de los días más brillantes de Inglaterra, el gran Día de reposo del año, cuando el arado descansa en el surco, cuando el estrépito de los negocios guarda silencio, cuando el mecánico y el obrero salen a refrescarse sobre el verde césped de la tierra alegre. Si algunos de ustedes son jefes, discúlpenme la divagación, muy respetuosamente les pido que paguen a sus empleados los mismos salarios en el día de Navidad como si trabajasen. Estoy seguro que alegrarán sus casas si lo hacen así. Es injusto que la única opción que tengan sea o festejar o ayunar, a menos que les den el dinero necesario para que festejen y se alegren en ese día de gozo.

Pero ahora vamos a nuestro tema. Vamos a casa para ver a los nuestros, y esta es la historia que algunos de nosotros tenemos que contar. “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.” Primero, *tenemos aquí lo que deben decir*; luego, en segundo lugar, *por qué deben decirlo*; y después, en tercer lugar, *cómo deben decirlo*.

I. Primero, entonces, TENEMOS AQUÍ LO QUE DEBEN DECIR. Debe ser una historia basada en la propia experiencia. “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.” No deben ir a sus hogares y comenzar a predicar sin dilación. No se les ordena que hagan eso. No deben comenzar a seleccionar temas doctrinales para exponerlos, esforzándose por convencer a las personas sobre sus puntos de vista y sentimientos peculiares. No deben ir a casa con diversas doctrinas aprendidas recientemente, para tratar de enseñarlas. Al menos, no se les ordena que hagan eso; pueden hacerlo, si quieren, y nadie se les opondrá; pero deben ir a casa y decir, no lo que han creído, sino lo que han *sentido*: lo que ustedes verdaderamente saben que les pertenece; no las grandes cosas sobre las que han leído, sino las grandes cosas que el Señor *ha hecho por ustedes*; no únicamente los que han visto que se ha obrado en la gran congregación, y cómo grandes pecadores se han vuelto a Dios, sino lo que el Señor ha hecho por *ustedes*. Y observen esto: nunca hay una historia más interesante que aquella que un hombre relata acerca de sí mismo.

‘La Balada del Viejo Marinero’², genera mucho de su interés porque el hombre que la contó era, él mismo, un marinero. Ese hombre, cuyo dedo era huesudo como el dedo de la muerte, se sentó y comenzó a relatar la lúgubre historia del barco en alta mar en medio de una gran calma, cuando cosas viscosas en verdad arrastraban sus patas en el brillante mar. El invitado de la boda estaba muy quieto, escuchando atentamente, pues el viejo era en sí mismo una historia. Siempre se genera un gran interés por una narrativa personal. Virgilio, el poeta, sabía esto y por ello, sabiamente, hace que Eneas relate su propia historia, y hace que la comience diciendo, “en lo que yo mismo tuve gran participación.” Entonces, si quieren interesar a sus amigos, cuéntenles lo que ustedes mismos sintieron. Cuéntenles cómo ustedes fueron una vez abandonados pecadores perdidos, cómo el Señor los encontró, cómo doblaron sus rodillas, y derramaron su alma delante de Dios, y cómo al final saltaron de

¹ **Nota del traductor:** *The Wreck of the Golden Mary*. Un cuento escrito por Charles Dickens en el que un barco choca con un iceberg, con funestas consecuencias. La historia ocurre en el tiempo de Navidad.

² **Nota del traductor:** *The Rhyme of the Ancient Mariner*. Un poema largo escrito por Samuel Taylor Coleridge.

gozo pues estaban seguros que le oyeron decir interiormente: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo.” Cuenten a sus amigos una historia basada en su propia experiencia personal.

Noten, a continuación, que debe ser una historia de *gracia inmerecida*. No dice: “cuenta a los tuyos cuán grandes cosas has hecho tú mismo,” sino “cuán grandes cosas *el Señor* ha hecho contigo.” El hombre que siempre está convencido del libre albedrío y del poder de la criatura, y niega las doctrinas de la gracia, invariablemente mezcla mucho de lo que él mismo ha hecho, cuando cuenta su experiencia; pero el creyente en la gracia soberana, que sostiene las grandiosas verdades cardinales del Evangelio, ignora esto, y declara: “contaré lo que el Señor ha hecho conmigo. Es verdad que debo contarles primero cómo fui inicialmente conducido a orar; pero lo contaré así:

“La gracia enseñó a mi alma a orar,

La gracia hizo que mis ojos se inundaran.”

Es verdad que debo contarles en cuántas aflicciones y pruebas Dios ha estado conmigo; pero lo contaré así:

“La gracia me ha guardado hasta este día,

Y no me abandonará.”

No cuenta nada acerca de sus propias acciones, o decisiones, u oraciones o búsquedas, sino que todo lo atribuye al amor y a la gracia del grandioso Dios que mira con amor a los pecadores, y los convierte en Sus hijos y herederos de la vida eterna. Vete a tu casa, joven, y cuenta la historia del pobre pecador; vete a tu casa, jovencita, y abre tu diario, y cuenta a tus amigos historias de gracia. Cuéntales las poderosas obras que la mano de Dios ha obrado en ti por Su amor inmerecido, soberano y gratuito. Cuenta una historia de gracia inmerecida junto a la chimenea familiar.

A continuación, el relato de este pobre hombre fue una historia *agradecida*. Yo sé que fue una historia agradecida, porque el hombre dijo: “les contaré cuán grandes cosas el Señor ha hecho conmigo;” y (sin querer involucrar para nada ningún juego de palabras), hago la observación que un hombre que es agradecido está siempre lleno de la grandeza de la misericordia que Dios le ha mostrado; siempre piensa que lo que Dios ha hecho por él es inmensamente bueno y supremamente grandioso. Tal vez, cuando estés contando la historia, alguno de tus amigos preguntará: “y ¿qué con eso?” Y tu respuesta será: “tal vez no es algo grande para ti, pero lo es para mí. Tú dices que arrepentirse es poca cosa, pero a mí me parece todo lo contrario; es algo grandioso y precioso ser conducido a reconocerme como pecador, y a confesarlo; ¿dices tú que es poca cosa haber encontrado un Salvador?” Míralos a la cara y diles: “Si ustedes lo hubiesen encontrado también, no lo considerarían poca cosa. Consideran poca cosa que me haya quitado la carga de mi espalda; pero si ustedes hubieran sufrido con esa carga, y sentido su peso como lo he sentido durante largos años, no considerarían poca cosa ser emancipados y liberados por una mirada a la cruz.” Cuéntales que es una historia grandiosa, y si ellos no pueden ver su grandeza, derrama lágrimas amargas, y cuéntales la historia con gran sinceridad, y yo espero que sean conducidos a creer que al menos tú estás agradecido, aunque ellos no lo estén. Que Dios les conceda que puedan contar una historia agradecida.

Y finalmente, sobre este punto: debe ser una historia contada por un pobre pecador convencido que *no ha merecido* lo que recibió. “Cómo ha tenido *misericordia* de ti.” No fue un simple acto de bondad, sino un acto de misericordia inmerecida hacia uno que se encontraba en la aflicción. ¡Oh!, he oído a hombres que cuentan la historia de su conversión y de su vida espiritual de tal forma, que mi

corazón *los* ha aborrecido tanto a ellos como a su historia, pues han contado sus pecados como si verdaderamente se jactaran de la grandeza de su crimen, y han mencionado el amor de Dios sin una lágrima de gratitud, sin la simple acción de gracias de un corazón realmente humilde, sino, más bien, como si se exaltasen cuando exaltaban a Dios. ¡Oh!, cuando contemos la historia de nuestra propia conversión, quisiera que lo hicieran con profunda tristeza, al recordar lo que solíamos ser, y con grande gozo y gratitud, al recordar cuán poco merecemos estas cosas.

En una ocasión estaba predicando sobre la conversión y la salvación, y sentí dentro de mí, como a menudo lo sienten los predicadores, que no era sino un trabajo estéril decir esta historia, y era para mí un deslucido, deslucido relato; pero súbitamente pasó por mi mente el pensamiento: “vamos, tú mismo eres un pobre pecador perdido; cuenta, cuenta como recibiste la gracia; comienza a contar sobre la gracia de Dios según la has sentido.” Bien, entonces mis ojos se convirtieron en fuentes de lágrimas; aquellos oyentes que estaban cabeceándose comenzaron a iluminarse, y escucharon, porque estaban oyendo algo que el predicador sentía verdaderamente, y que ellos reconocían como verdadero para él, aunque no lo fuera para ellos. Cuenten su historia, mis lectores, como pecadores perdidos. No vayas a tu casa y entres a tu hogar con un aire altivo, como diciendo: “he aquí un santo que viene a casa, a los pobres pecadores, para contarles una historia;” sino que ve a tu casa como pobre pecador que eres tú mismo; y cuando entres, como tu madre recuerda lo que solías ser, no necesitas decirle que has tenido un cambio: ella lo notará, aunque estés con ella solamente un día. Tal vez te pregunte: “Juan, ¿cuál es ese cambio que se ha dado en ti?” Y si es una madre piadosa, comenzarás a contarle la historia, y yo sé (y aunque seas un hombre no te avergonzarás que te lo diga), que rodeará tu cuello con sus brazos, y te dará un beso como no lo hizo nunca antes, pues eres su hijo que ha nacido dos veces, su hijo del que ya no se apartará jamás, aunque la misma muerte los divida por un breve instante. “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.”

II. Pero ahora, en segundo lugar, ¿POR QUÉ DEBEMOS CONTAR ESTA HISTORIA? Pues oigo a muchos miembros de mi congregación que dicen: “señor, yo podría contar esta historia a cualquier persona menos a mis propios familiares; podría venir a su sacristía para contarle algo de lo que he probado y experimentado de la Palabra de Dios; pero no podría contárselo a mi padre, ni a mi madre, ni a mis hermanos, ni a mis hermanas.” Bien, entonces trataré de argumentar con ustedes, para inducirles a que lo hagan, para que pueda enviarlos a casa en este día de Navidad, y que sean misioneros en sus respectivas localidades, y verdaderos predicadores, aunque no lo sean de nombre. Queridos amigos, por favor cuenten esta historia cuando vayan a casa.

En primer lugar, háganlo *por su Señor*. ¡Oh!, yo sé que le aman; estoy seguro que le aman, si tienen la prueba que Él les amó. No podrán pensar nunca en Getsemaní y en Su sudor sangriento, en Gaba-ta y en la espalda lacerada de Cristo, flagelada por el látigo: no podrán pensar nunca en el Calvario y en Sus manos y pies traspasados, sin amarle; y utilizo un argumento muy poderoso cuando les digo, por su amado Señor que les amó tanto, que vayan a casa y lo cuenten. ¡Qué!, ¿acaso piensan que podemos recibir tanto y no contarlo? Cuando hacemos algo por nuestros hijos, no se esperan mucho tiempo para contarlo a todo el mundo: “fulano de tal me dio un regalo, y me hizo tal y tal favor.” Y ¿deberían los hijos de Dios ser remisos en declarar cómo fueron salvados cuando sus pies se apresuraban al infierno, y cómo la misericordia redentora los arrebató como tizones del fuego? ¡Joven, amas a Jesús! Te pregunto, entonces, ¿te rehusarás a contar la historia de Su amor por ti? ¿Se quedarán callados tus labios cuando Su honor está comprometido? ¿Acaso no contarás, doquiera que vayas, que Dios te amó y murió por ti? Se nos informa que este pobre hombre “se fue, y comenzó a publicar en

Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban.” Lo mismo debes hacer tú. Si Cristo ha hecho mucho por ti, no puedes evitarlo: debes contarlo.

Mi estimado amigo, el señor Oncken, un ministro en Alemania, nos contó el pasado lunes por la noche, que tan pronto él fue convertido, el primer impulso de su alma recién nacida fue hacer el bien a otros. Y ¿dónde debería realizarlo? Pensó que debería ir a Alemania. Era su tierra natal, y el mandamiento era “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales.” No había entonces un solo bautista en toda Alemania, ni nadie con quien tuviese afinidad, pues los luteranos se habían desviado de la fe de Lutero, y se habían apartado de la verdad de Dios. Pero fue allí y predicó, y ahora cuenta con setenta u ochenta iglesias establecidas en el continente europeo. ¿Qué lo condujo a hacerlo? Nada sino el amor a su Señor, que hizo tanto por él, le motivó a ir y contar a sus semejantes la maravillosa historia de la bondad divina.

Pero a continuación pregunto: ¿son piadosos sus amigos? Entonces vayan a casa y cuéntenles, para *alegrar sus corazones*. Recibí anoche una breve epístola escrita por una mano temblorosa, por alguien que ha sobrepasado la edad natural del hombre, que vive en el condado de Essex. Su hijo, por la soberanía de Dios, fue convertido al escuchar la Palabra predicada, y el buen hombre no pudo evitar escribir al ministro, agradeciéndole y bendiciendo más que nada a su Dios, porque su hijo había sido regenerado. “Señor,” comienza la carta, “un viejo rebelde escribe para agradecerle, y por sobre todo dar gracias a Dios, porque su amado hijo ha sido convertido.” Prosigue diciendo: “¡continúe su labor, y que el Señor le bendiga!”

Y hubo otro caso que escuché hace algún tiempo, en el que una joven fue a casa de sus padres, y cuando su madre la vio, le dijo: “si el ministro me hubiese regalado todo Londres, no lo hubiera considerado tan valioso como valoro esto: pensar que eres una persona renovada, y que estás viviendo en el temor de Dios.” ¡Oh!, si quieres hacer que el corazón de tu madre salte de gozo, y si quieres alegrar a tu padre, si quieres hacer feliz a tu hermana que te envió tantas cartas que alguna vez leíste junto a un poste de luz, con tu pipa en la boca, vete a casa y cuéntale a tu madre que sus deseos todos se han cumplido, que sus oraciones han sido escuchadas, que no te burlarás más de sus clases en la escuela dominical, ni te reirás de ella porque ama al Señor, sino que irás con ella a la casa de Dios, pues amas a Dios, y has dicho: “tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios, y tengo la esperanza que tu cielo será mi cielo para siempre.” ¡Oh, qué alegría sería si alguien de aquí, que se hubiese descarriado, regresara de esta manera a casa!

Hace poco tiempo, tuve el privilegio de predicar para una noble institución que recibe a mujeres que han llevado vidas negligentes, y antes de predicar el sermón, le pedí a Dios que lo bendijera, y en el sermón impreso notarán que al final hay un relato de dos personas que fueron bendecidas y restauradas por ese sermón. Ahora, déjenme contarles una historia de lo que una vez le sucedió al señor Vanderkist, un misionero de la ciudad, que trabaja arduamente toda la noche para hacer el bien en esa gran obra. Había habido una riña de borrachos en la calle; él se interpuso entre los dos hombres para separarlos, y le dijo algo a una mujer allí presente, concerniente a cuán horrible es que los hombres sean así de borrachos. Ella caminó junto a él unos momentos, y comenzó a contarle una historia de dolor y pecado; de cómo había sido atraída lejos del hogar de sus padres en Somersetshire, y había terminado aquí para el eterno mal de su alma. Él la llevó a casa, y le enseñó el temor y el amor de Cristo; y ¿qué es lo primero que hizo cuando regresó a los senderos de la piedad, y descubrió que Cristo es el Salvador de los pecadores? Dijo: “ahora debo irme a casa, a los míos.” Le escribió a los suyos; ellos fueron a recibirla a la estación de Bristol, y difícilmente pueden concebir cuán feliz fue esa reunión. El padre y la madre habían perdido a su hija; nunca más habían sabido de ella; y allí

estaba, enviada por medio de una institución (el Dormitorio Femenino de Londres) y restaurada al seno familiar.

¡Ah, que hubiese alguien así aquí! No lo sé; en medio de tan grande multitud, es posible que haya alguien así. ¡Mujer! ¿Te has extraviado de tu familia? ¿Los has abandonado desde hace largo tiempo? “Vete a tu casa, a los tuyos,” te lo ruego, antes de que tu padre se aproxime tambaleante hacia su tumba, y antes de que los grises cabellos de tu madre descansen sobre la almohada, blanca como la nieve, de su féretro. ¡Regresa, te lo suplico! Diles que eres una penitente; diles que Dios se ha encontrado contigo; que el joven ministro dijo: “Vete a tu casa, a los tuyos.” Y si es así, no me avergonzaré de haber dicho estas cosas, aunque ustedes piensen que no debí mencionarlas; pues si pudiera ganar aunque fuera un alma de esta manera, bendeciré a Dios por toda la eternidad. “Vete a tu casa, a los tuyos. Vete a tu casa y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo.”

¿Acaso no pueden imaginar la escena cuando el pobre endemoniado mencionado en mi texto regresó a casa? Él había sido un loco de remate; y cuando llegó y tocó a la puerta, imaginen ver a sus amigos comentando los unos a los otros, en medio del terror, “¡oh!, allí viene otra vez,” y a la madre subiendo las escaleras a toda velocidad y poniendo llave a todas las puertas, porque su hijo que estaba perdidamente loco había regresado; y los pequeñitos gritando porque sabían lo que había hecho antes: cómo se hería con piedras, porque estaba poseído de los demonios. Y podrán imaginarse el gozo, cuando el hombre dijo: “¡madre!, Jesucristo me ha sanado; déjame entrar; ahora ya no soy un lunático!” Y cuando el padre abrió la puerta, le dijo: “¡padre!, ya no soy lo que era; todos los espíritus malignos se han ido; ya no viviré más en los sepulcros. Quiero contarles cómo hizo el milagro el hombre glorioso que obró mi liberación: cómo les dijo a los demonios: ‘Salgan de él’ y ellos se precipitaron en el mar por un despeñadero, y he regresado a casa sanado y salvado.” ¡Oh!, si alguien así, poseído del pecado, estuviese aquí hoy, y fuera a casa a los suyos, para contarles de su liberación, me parece que la escena sería muy semejante.

Una vez más, queridos amigos. Me parece que alguien podría decir: “¡ah!, señor, quisiera poder ir a casa y que los míos fueran piadosos! Pero cuando voy a casa voy al peor de los lugares; pues los míos están en medio de quienes nunca conocieron a Dios, y por consiguiente nunca oraron por mí, y nunca me enseñaron nada concerniente al cielo.” Bien, joven amigo, vete a tu casa, a los tuyos. Aunque sean tan malos, son los tuyos. Algunos veces me reúno con jóvenes que quieren ser miembros de la iglesia. Cuando les pregunto acerca de su padre, me responden: “oh, señor, me he separado de mi padre.” Entonces yo les digo: “joven, debes ir y ver a tu padre antes de que yo trate algo contigo; si sientes antipatía por tu padre y tu madre, yo no te recibiré en la iglesia; aunque sean muy malos, *son tus padres*.” Vete a tu casa, con ellos, y cuéntales, no para alegrarlos, pues muy probablemente estén enojados contigo; pero cuéntales para *la salvación de sus almas*. Yo espero que, cuando estés contando la historia de lo que Dios hizo por ti, sean conducidos por el Espíritu a anhelar la misma misericordia para ellos. Pero te daré un consejo. No cuentes esta historia a tus amigos impíos cuando estén todos reunidos, pues se reirán de ti. Tómalos uno a uno, cuando te puedas reunir con cada uno a solas, y comienza a contarles la historia, y te oirán seriamente.

Había una vez una dama muy piadosa que tenía una casa de huéspedes para jóvenes. Todos los jóvenes eran muy alegres y frívolos, y ella quería comentarles algo concerniente a la religión. Introdujo el tema, y fue de inmediato motivo de risa. Ella pensó: “he cometido un error.” A la mañana siguiente, después del desayuno, cuando ya todos se iban, le dijo a uno de ellos: “jovencito, me gustaría hablar contigo por unos momentos,” y llevándolo aparte, a otra habitación, habló con él. La siguiente mañana tomó a otro, y la siguiente, a otro, y le agradó a Dios bendecir su sencillo mensaje,

dado de manera individual: pero, sin duda, si les hubiese hablado a todos juntos, se hubieran apoyado entre sí para burlarse de ella. Redarguye a un hombre cuando esté solo. Un versículo puede impactarle mientras un sermón le deja frío. Ustedes pueden ser el instrumento de llevar a Cristo al hombre que a menudo ha oído la Palabra y únicamente se ha reído de ella, pero que no puede resistir una suave admonición.

En uno de los estados de los Estados Unidos, había un infiel que despreciaba grandemente a Dios, odiaba guardar el día domingo y todas las instituciones religiosas. Los ministros no sabían qué hacer por él. Se reunían y oraban por él. Pero uno de ellos, un tal diácono B, decidió pasar un largo tiempo de oración por el hombre; después de eso se montó en su caballo, y se dirigió a la fragua del hombre, pues era un herrero. Dejó su caballo afuera, y le dijo: “vecino, estoy sumamente preocupado por la salvación de tu alma; te quiero decir que oro día y noche por la salvación de tu alma.” Lo dejó, y regresó a casa a caballo. El infiel entró en su casa después de un minuto o dos, y le dijo a uno de sus amigos fieles: “aquí tenemos un nuevo argumento; tenemos al diácono B, que vino hasta aquí, y no vino a disputar, y no me dijo más palabras que estas: ‘yo digo que estoy sumamente preocupado por tu alma; no puedo soportar que te pierdas.’ ¡Oh!, a ese tipo,” dijo, “no puedo responderle;” y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Fue con su esposa y le dijo: “no puedo entender esto; yo mismo nunca me preocupé por mi alma, pero ese diácono, que no tiene ningún vínculo conmigo, y de quien siempre me he reído, ha cabalgado ocho kilómetros esta mañana, solamente para decirme que está sumamente preocupado por mi salvación.” Después de un poco de tiempo, pensó que ya era tiempo de que se preocupara él también acerca de su salvación. Entró, cerró la puerta, comenzó a orar, y al día siguiente fue a la casa del diácono, y le dijo que él también ya estaba preocupado por su salvación, y le pidió que le dijera qué debía hacer para ser salvo. ¡Oh!, que el eterno Dios use a algunos de los aquí presentes de la misma manera, para que sean inducidos a

“Decir a otros a su alrededor

Cuán amable Salvador han encontrado;

Señalar Su sangre redentora,

Y decir: ¡He aquí el Camino a Dios!”

III. No voy a detenerlos más tiempo; pero hay un tercer punto, sobre el que debemos ser muy breves. ¿Cómo DEBE CONTARSE ESTA HISTORIA?

Primero, *cuéntenla sinceramente*. No digan más de lo que sepan; no cuenten la experiencia de John Bunyan, cuando deben contar la propia. No digan a su madre que han sentido algo que únicamente Rutherford ha sentido. Solamente cuenten la verdad. Cuenten su experiencia sinceramente; pues tal vez una sola mosca en el frasco de ungüento lo echará a perder, y una expresión que no sea verdadera puede arruinarlo todo. Cuenten la historia sinceramente.

A continuación, *cuéntenla muy humildemente*. Ya lo he dicho antes. No se entrometan con quienes son mayores y saben más; sino que cuenten su historia humildemente; no como un predicador, no *ex cathedra*, (desde la cátedra), sino como un amigo y un hijo.

Luego, *cuéntenla seriamente*. Que vean que ustedes lo dicen en serio. No hablen de religión con locuacidad; no harán ningún bien si lo hacen así. No hagan juegos de palabras sobre los textos; no citen la Escritura de manera jocosa: si lo hacen, podrán hablar hasta enmudecer, y no harán ningún bien si les dan la menor oportunidad de que se rían, ya que ustedes mismos se ríen de las cosas santas. Cuéntenla seriamente.

Y, además, *cuéntala muy devotamente*. No trates de contar la historia a ningún hombre mientras no la hayas contado a Dios primero. Cuando estés en casa el día de Navidad, no permitas que nadie vea tu rostro hasta que Dios lo haya visto. Levántate de mañana, lucha con Dios; y si tus amigos no son convertidos, *lucha con Dios por ellos*; y luego descubrirás que es un trabajo fácil *luchar con ellos por Dios*. Trata, si puedes, de reunirte con ellos a solas, uno por uno, y cuéntales la historia. No tengas miedo; piensa únicamente en el bien que posiblemente puedas hacer. Recuerda que quien salva a un alma de la muerte ha cubierto una multitud de pecados, y tendrá estrellas en su corona por siempre y para siempre. Busca someterte a Dios-Salvador, para que en tu familia seas el medio de conducir a tus seres amados a buscar y encontrar al Señor Jesucristo, y entonces un día, cuando se encuentren en el Paraíso, sea un gozo y una bendición que estés allí, y que los tuyos estén también allí, para quienes Dios te hizo el instrumento de salvación. Que tu confianza en el Espíritu Santo sea total y honesta. No confíes en ti; no temas confiar en Él. Él te puede proporcionar palabras. Él puede aplicar esas palabras a sus corazones, y capacitarte para “dar gracia a los oyentes.”

Quiero concluir con un breve y pienso que agradable cambio de perspectiva del texto, para sugerir otro significado. Pronto, queridos amigos, muy pronto para algunos de nosotros, el Señor dirá: “Vete a tu casa, a los tuyos.” Ustedes saben dónde está ese hogar. Está por encima de las estrellas.

*“Donde nuestros mejores amigos, nuestra parentela mora,
Donde Dios nuestro Salvador reina.”*

Aquel hombre de cabellos grises ha enterrado a todos sus amigos; él ha dicho; “yo iré a ellos, pero ellos no regresarán a mí.” Pronto su Señor le dirá; “te has quedado lo suficiente aquí en este valle de lágrimas; ¡vete a tu casa, a los tuyos!” ¡Oh, hora feliz! ¡Oh, momento bendito, cuando esa sea la palabra: “¡Vete a tu casa, a los tuyos!” Y cuando vayamos a casa, a los nuestros, en el Paraíso, ¿qué haremos? Bien, en primer lugar nos dirigiremos a ese bendito asiento donde se sienta Jesús, nos quitaremos la corona y al arrojarémos a Sus pies, y le coronaremos Señor de todo. Y cuando hayamos hecho eso, ¿cuál será nuestra siguiente actividad? Pues, contaremos a los seres benditos del cielo lo que el Señor ha hecho por nosotros, y cómo ha tenido compasión de nosotros. Y ¿acaso tal historia será contada en el cielo? ¿Será ese el villancico de Navidad de los ángeles? Sí, lo será; ha sido publicado allí anteriormente (no se avergüencen de decirlo de nuevo), pues Jesús lo ha contado antes: “Y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido.” Y tú, pobre oveja, cuando seas encontrada, ¿no contarás cómo te buscó tu Pastor, y cómo te encontró? ¿Acaso no te sentarás en las fértiles praderas del cielo, y contarás la historia de tu propia redención? ¿No hablarás con tus hermanos y con tus hermanas para contarles, cómo Dios te amó y cómo te ha traído aquí? Tal vez digas: “será una historia muy breve.” ¡Ah!, lo sería si la escribieras ahora. Un librito podría contener toda tu biografía; pero allá arriba cuando tu memoria sea agrandada, cuando tu pasión sea purificada y tu entendimiento sea aclarado, descubrirás que lo que no era sino un opúsculo en la tierra, será un gigantesco tomo en el cielo. Contarás una larga historia allí sobre la gracia que sostiene, que restringe, y que constriñe, y pienso que harás una pausa para dejar que otro cuente su historia, y luego otro, y después otro, y al fin, después que hayas estado en el cielo mil años, prorrumpirás en exclamaciones: “oh santos, tengo algo más que decir.” Otra vez contarán sus historias, y otra vez los interrumpirás con: “oh, amados, he pensado en otro caso de la misericordia salvadora de Dios.” Y así proseguirás, dándoles temas para himnos, encontrándoles el material para la trama y la urdimbre de sonetos celestiales. “Vete a tu casa,” dirá Él pronto, “vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.” Espera un momento; espera lo que Él quiera, y pronto serás reunido en la tierra del más

allá, en el hogar de los benditos, donde la felicidad sin fin será tu porción. ¡Que Dios nos conceda una bendición, por Su nombre!

²

²Spurgeon, C. H., & Román, A. (2008). *Sermones de Carlos H. Spurgeon*. Bellingham, WA: Logos Research Systems, Inc.

El Pulpito de la Capilla New Park Street

El Primer Villancico de Navidad

NO. 168

Un sermón predicado el 20 de Diciembre de 1857

por Charles Haddon Spurgeon

En Music Hall, Royal Surrey Gardens, Londres.

“¡Gloria a Dios en las Alturas, y en la tierra paz, Buena voluntad para con los hombres!” Lucas 2:14.

Es una superstición adorar a los ángeles; lo correcto es amarlos. Aunque sería un gran pecado y un delito contra la Corte Soberana del Cielo, rendir la más leve adoración al ángel más poderoso, sin embargo, sería poco amable e impropio que no les diéramos a los santos ángeles un lugar en el más ardiente amor de nuestro corazón. De hecho, el que contempla el carácter de los ángeles, y observa sus muchas obras de simpatía con los hombres, y su bondad hacia ellos, no puede resistir el impulso de su naturaleza: el impulso de amarlos. El incidente específico de la historia angélica al que se refiere nuestro texto, es suficiente para soldar nuestro corazón a los ángeles para siempre. ¡Cuán libres de envidia eran los ángeles! Cristo no descendió del cielo para salvar a sus compañeros cuando cayeron. Cuando Satanás, el ángel poderoso, arrastró con él a una tercera parte de las estrellas del cielo, Cristo no se bajó de su trono para morir por ellos; sino que los entregó a prisiones de oscuridad para ser reservados al juicio.

Sin embargo, los ángeles no envidiaron a los hombres. Aunque recordaban que Él no escogió a los ángeles, no murmuraron cuando eligió a la simiente de Abraham; y aunque el bendito Señor no condescendió nunca para tomar la forma de un ángel, ellos no consideraron algo indigno expresar su gozo cuando lo vieron ataviado con el cuerpo de un bebé. ¡Cuán libres eran, también, del orgullo! No se avergonzaron de venir y anunciar las buenas nuevas a humildes pastores. Me parece que tuvieron tanto gozo cantando sus villancicos esa noche delante de los pastores que velaban sobre sus rebaños, como lo habrían tenido si su Señor les hubiera ordenado que cantaran sus himnos en los salones del César.

Hombres engreídos, hombres poseídos de orgullo, consideran un honor predicar delante de reyes y príncipes; y consideran como gran condescendencia tener que ministrar de vez en cuando a las humildes muchedumbres. No así los ángeles. Extendieron sus prestas alas, y abandonaron con premura sus brillantes asientos de arriba, para contar a los pastores que estaban en la llanura, durante la noche, la maravillosa historia de un Dios Encarnado. ¡Y observen cuán bien contaron la historia, y seguramente sentirán amor por ellos! No la contaron con la lengua tartamudeante del que cuenta una historia en la que no tiene ningún interés; tampoco lo hicieron con el interés fingido de un hombre que quiere conmover las pasiones de otros, cuando él mismo no siente ninguna emoción; sino que contaron la historia con el gozo y la alegría que únicamente los ángeles conocen.

Ellos *cantaron* la historia, pues no se podían quedar para contarla en densa prosa. Ellos cantaron, “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Me parece que cuando cantaban, sus ojos brillaban de alegría, y sus corazones ardían de amor y sus pechos estaban llenos de gozo, como si las buenas nuevas para el hombre hubieran sido buenas nuevas para ellos mismos. Y, ciertamente, eran buenas nuevas para ellos, pues el corazón que vibra al unísono convierte las buenas nuevas para otros en buenas nuevas para sí mismo.

¿No aman a los ángeles? Ustedes no se inclinarían ante ellos y están en lo correcto en eso; pero ¿no los amarán? ¿Acaso no es una parte de la expectación que tienen del cielo, que allí morarán con los santos ángeles, así como con los espíritus de los justos hechos perfectos? ¡Oh, cuán dulce es pensar que estos seres santos y amables son nuestros guardianes cada hora! Ellos hacen rondas a nuestro alrededor, tanto en el ardor del mediodía como en la oscuridad de la noche. Ellos nos guardan en todos nuestros caminos; nos llevan en sus manos para que nuestros pies no tropiecen en piedra en ningún momento. A nosotros que somos herederos de la salvación, ellos nos ministran incesantemente; tanto de día como de noche son nuestros guardianes, pues ¿acaso no saben que “El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen”?

Pero vamos a cambiar nuestro enfoque, habiendo pensado en los ángeles por un momento, para considerar más bien este villancico, en lugar de los ángeles mismos. Su cántico fue breve, pero como observa de manera excelente Kitto, fue “muy digno que los ángeles expresaran las verdades más grandiosas y benditas, en tan breves palabras, que para un agudo entendimiento casi se convierten en opresivas por la fecunda plenitud de su significado.” “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Esperando contar con la ayuda del Espíritu Santo, vamos a considerar estas palabras de los ángeles desde cuatro perspectivas. Voy a sugerir simplemente algunos *pensamientos instructivos* que brotan de estas palabras; luego algunos *pensamientos emotivos*; luego unos cuantos *pensamientos proféticos*; y posteriormente, uno o dos *pensamientos preceptivos*.

I. Primero, entonces, en las palabras de nuestro texto, hay muchos PENSAMIENTOS INSTRUCTIVOS.

Los ángeles cantaron algo que los hombres podían entender (algo que los hombres deben entender), algo que hará que los hombres sean mejores si lo entienden. Los ángeles estaban cantando acerca de Jesús que nació en el pesebre. Debemos ver su himno como construido sobre este cimiento. Cantaron de Cristo, y de la salvación que Él vino a traer a este mundo. Y lo que dijeron de esta salvación fue esto: dijeron, primero, que daba gloria a Dios; en segundo lugar, que daba paz al hombre; y, en tercer lugar, que era una señal de buena voluntad de parte de Dios para con la raza humana.

1. Primero, dijeron que esta salvación daba gloria a Dios. Ellos habían estado presentes en muchas augustas ocasiones, y se habían unido en muchos solemnes coros para alabanza de su Creador Todopoderoso. Ellos estuvieron presentes en la creación: “Cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios.” Ellos vieron muchos planetas cuando fueron formados entre las palmas de las manos de Jehová, y fueron puestos a girar por Sus eternas manos a través de la infinitud del espacio. Ellos habían cantado solemnes cánticos sobre muchos mundos que el Grandioso Ser había creado. No dudamos que a menudo habían cantado “Al que está sentado en el trono, ..., sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder,” manifestándose en la obra de la creación. No dudo, tampoco, que sus cantos habían cobrado fuerza a través de las edades. Cuando fueron creados, su primer aliento fue un himno, y así cuando vieron que Dios creaba nuevos mundos, entonces su canto agregó otra nota; ellos ascendieron un poco más en la escala de adoración.

Pero esta vez, cuando vieron que Dios descendía de Su trono para convertirse en un bebé, mecido en el pecho de una mujer, subieron sus notas más todavía; y remontándose a las máximas escalas de la música angélica, cantaron las notas más elevadas de la divina gama de alabanza, y entonaron, “¡Gloria a Dios en las alturas!” pues sentían que Dios no podía tener más bondad. Así dieron su más alta alabanza a Él, en el más elevado acto de Su Deidad. Si es cierto que hay una jerarquía de ángeles, agrupados en rango sobre rango en magnificencia y dignidad (si el apóstol nos enseña que hay “ángeles, tronos, dominios, principados y potestades,” entre los benditos habitantes del mundo supe-

rior), yo puedo suponer que cuando la noticia fue comunicada por primera vez a los ángeles que se encontraban a las orillas del mundo celestial, y vieron desde el cielo y miraron al bebé recién nacido, enviaron las nuevas al punto de donde el milagro había procedido, cantando:

*“Ángeles, desde los dominios de gloria,
Apréstense a volar a la tierra,
Ustedes que cantan la historia de la creación,
Ahora proclamen el nacimiento del Mesías;
Vengan y adoren,
Adoren a Cristo, el Rey recién nacido.”*

Y conforme el mensaje se difundía de rango en rango, al fin, los ángeles de la presencia, esos cuatro querubines que perpetuamente vigilan alrededor del trono de Dios (esas ruedas llenas de ojos), se incorporaron a los acordes, y, recogiendo el canto de todos los grados inferiores de ángeles, se remontaron por encima del pináculo divino de armonía con su propio canto solemne de adoración, sobre el cual las huestes completas clamaron: “los más altos ángeles te alaban.” “¡Gloria a Dios en las alturas!” Ay, no hay mortal que pueda imaginar jamás cuán suntuoso fue ese himno. Luego, observen que si los ángeles cantaron antes de que el mundo fuera hecho y mientras era creado, sus aleluyas fueron más plenos, más fuertes, más grandiosos, y expresados de todo corazón, cuando vieron a Jesucristo nacido de la Virgen María para ser el redentor del hombre: “¡Gloria a Dios en las alturas!”

¿Cuál es la instructiva lección que se debe aprender de esta primera sílaba del canto angélico? Pues es esta: que la salvación es la suprema gloria de Dios. Él es glorificado en cada gota de rocío que destella al sol en la mañana. Él es engrandecido en cada flor del bosque que florece en la maleza, aunque su hermosura no sea vea, y gaste su dulzura en el aire de la floresta. Dios es glorificado en cada pájaro que gorjea en el ramaje; en cada oveja que salta en el prado. ¿Acaso los peces en el mar no le alaban? Desde el diminuto pececillo hasta el gigantesco Leviatán, todas las criaturas que nadan en el agua ¿no bendicen y alaban Su nombre? ¿Acaso no todas las criaturas le enaltecen? ¿Hay algo bajo el cielo, excepto el hombre, que no glorifique a Dios? ¿Acaso no le exaltan las estrellas, cuando escriben Su nombre en el azul del cielo con sus letras doradas? ¿Acaso no le adoran los rayos cuando desparraman su brillo en flechas de luz que atraviesan la oscuridad de la medianoche? ¿No le ensalzan los truenos cuando vibran como tambores en la marcha de los ejércitos de Dios? ¿Acaso no le exaltan todas las cosas, desde lo más diminuto hasta lo más grande? Pero, canta, canta, oh universo, hasta cansarte, aunque tú no puedes aportar un canto tan dulce como el cántico de la Encarnación. ¡Aunque la creación sea un órgano majestuoso de alabanza, no puede alcanzar el compás del cántico de oro: Encarnación! Hay más en la encarnación que en la creación, más melodía en Jesús en el pesebre, de la que hay en mundos sobre mundos que despliegan su grandeza alrededor del trono del Altísimo.

Haz una pausa, cristiano, y considera esto por un minuto. Ve cómo cada atributo es engrandecido aquí. ¡Mira cuánta *sabiduría* hay aquí! Dios se vuelve hombre para que Dios pueda ser justo y justificar al impío. ¡Contempla qué *poder*!, pues ¿hay un mayor poder que el que puede esconder el poder? ¡Cuán grande poder es que la Deidad se desvista y se haga hombre! Contempla cuán grande amor nos es revelado así cuando Jesús se hace hombre. ¡Contempla qué *fidelidad*! ¡Cuántas promesas se han cumplido en este día! ¡Cuántas solemnes obligaciones han sido saldadas en esta hora! Mencionen un atributo de Dios que no esté manifiesto en Jesús, y su ignorancia será la razón del por qué no lo han

visto. El todo de Dios es glorificado en Cristo; y aunque alguna parte del nombre de Dios esté escrito en el universo, aquí es donde se lee mejor: en Él que era el Hijo del Hombre, y, sin embargo, era el Hijo de Dios.

Pero permítanme decir una palabra aquí, antes de abandonar este punto. Debemos aprender de esto que si la salvación glorifica a Dios, y le glorifica en sumo grado, y hace que las más elevadas criaturas le ensalcen, puede agregarse esta reflexión: entonces, no puede ser el Evangelio esa doctrina que glorifica al hombre en la salvación. Pues la salvación glorifica a Dios. Los ángeles no eran arminianos, pues ellos cantaron: “¡Gloria a Dios en las alturas!” Ellos no creen en ninguna doctrina que le quite la corona a Cristo, y la ponga sobre la cabeza de hombres mortales. No creen en ningún sistema de fe que haga que la salvación dependa de la criatura, y, que realmente dé a la criatura la alabanza, pues ¿no estamos hablando de que el hombre se salva a sí mismo si toda la salvación descansa en su propio libre albedrío? No hermanos míos, habrá algunos predicadores que se deleitan en predicar una doctrina que engrandece al hombre; pero los ángeles no se deleitan en ese evangelio. Las únicas buenas nuevas que hicieron cantar a los ángeles, son esas que ponen a Dios primero, a Dios por último, a Dios en medio, y a Dios sin fin, en la salvación de sus criaturas, y ponen la corona entera y únicamente sobre la cabeza de Quien salva sin ayuda. “¡Gloria a Dios en las alturas!” es el canto de los ángeles.

2. Cuando hubieron cantado esto, entonaron lo que nunca habían cantado antes. “¡Gloria a Dios en las alturas!” era un cántico viejo, muy viejo; ellos lo habían cantado desde antes de la fundación del mundo. Pero, ahora lo cantaron como si fuera un cántico nuevo delante del trono de Dios: pues agregaron esta frase: “y en la tierra paz.” No cantaron esto en el huerto. Había paz allí, y era obvio e innecesario que se cantara. Había más que paz allí; pues allí había gloria a Dios. Pero ahora, el hombre había caído, y desde el día en que los querubines sacaron al hombre con espadas encendidas, no había habido paz en la tierra, excepto en el pecho de algunos creyentes, que habían obtenido la paz de la fuente viva de esta encarnación de Cristo. Las guerras se habían propagado en todos los confines de la tierra; los hombres se habían matado entre sí, montones sobre montones. Había habido guerras internas y guerras externas. La conciencia había combatido con el hombre; Satanás había atormentado al hombre con pensamientos de pecado. No había habido paz en la tierra desde que cayó Adán. Pero ahora, cuando hizo su aparición el Rey recién nacido, la banda de los pañales que lo envolvía era la bandera blanca de la paz. El pesebre fue el lugar donde el pacto fue firmado, por medio del cual la guerra entre el hombre y su conciencia, entre la conciencia del hombre y su Dios, debía llegar a un fin. Fue en ese momento, ese día, que la trompeta sonó: “envaina la espada, oh hombre, envaina la espada, oh conciencia, Dios está ahora en paz con el hombre, y el hombre está en paz con Dios.” ¿No sienten, hermanos míos, que el Evangelio de Dios es paz para el hombre? ¿Dónde más se puede encontrar la paz sino en el mensaje de Jesús? Anda legalista, trabaja por la paz con esfuerzo y dolor, y nunca podrás encontrarla. Anda, tú, que confías en la ley: anda al Sinaí; mira a las llamas que vio Moisés, y retrocede y tiembla y desesperate, pues la paz no se puede encontrar en ninguna parte, excepto en Él, de Quien se dice, “Y éste será nuestra paz.” Y ¡qué paz es, amados! Es paz como un río, y justicia como las olas del mar. Es la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, que guarda nuestros corazones y nuestras mentes por medio de Jesucristo nuestro Señor. Esa paz sagrada entre el alma perdonada y el Dios perdonador; esta maravillosa expiación entre el pecador y su juez, esto era lo que los ángeles cantaban cuando dijeron: “Y en la tierra paz.”

3. Y luego, sabiamente terminaron su canción con una tercera nota. Dijeron: “Buena voluntad para con los hombres.” Los filósofos han dicho que Dios tiene una buena voluntad para con el hombre; pero nunca he conocido a algún hombre que obtenga mucho consuelo de esa aseveración filosófica.

Los sabios han pensado, de lo que hemos visto en la creación, que Dios tenía mucha buena voluntad para con el hombre, pues de lo contrario Sus obras nunca habrían sido construidas para su comodidad; pero nunca he oído de algún hombre que arriesgara la paz de su alma sobre una esperanza tan débil como esa. Pero no sólo he oído de miles, sino que los conozco, que están muy seguros que Dios tiene buena voluntad para con los hombres; y si les preguntan su motivo, les darán una plena y perfecta respuesta. Ellos dicen que Él tiene buena voluntad para con el hombre porque dio a Su Hijo. No se puede suministrar una mayor prueba de bondad entre el Creador y sus criaturas que cuando el Creador da a Su Unigénito y bienamado Hijo para entregarlo a la muerte.

Aunque la primera nota es semejante a Dios, y aunque la segunda nota es pacífica, esta tercera nota es la que más derrite mi corazón. Algunos piensan de Dios como si fuese un ser malhumorado que odia a toda la humanidad. Algunos lo conciben como si fuera una subsistencia abstracta sin ningún interés en nuestros asuntos. Escuchen bien, Dios tiene “buena voluntad para con los hombres.” Ustedes saben lo que significa: buena voluntad. Bien, todo lo que significa, y más, Dios lo tiene para con ustedes, hijos e hijas de Adán. Blasfemo, tú has maldecido a Dios; Él no ha cumplido Su maldición en ti; Él tiene buena voluntad para contigo, aunque tú no tienes buena voluntad para con Él. Infiel, tú has pecado duro y tupido contra el Altísimo; Él no ha dicho cosas duras contra ti, pues Él tiene buena voluntad para con los hombres. Pobre pecador, tú has quebrantado Sus leyes; estás medio temeroso de venir al trono de Su misericordia porque te podría desdeñar; escucha esto, y ten consuelo: Dios tiene buena voluntad para con los hombres, tanta buena voluntad que Él ha dicho y lo ha dicho con juramento: “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva.” Tanta buena voluntad que inclusive ha condescendido a decir: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” Y si ustedes preguntaren: “Señor, ¿cómo sabré que Tú tienes esta buena voluntad para conmigo?” Él señala aquel pesebre, y responde: “pecador, ¿si no tuviese una buena voluntad para contigo, me habría separado de mi Hijo? ¿Si no tuviese buena voluntad para con la raza humana, habría entregado a mi Hijo para que se hiciera uno de esa raza y haciéndolo, pudiera redimirla de la muerte?

Ustedes que dudan del amor del Señor, miren ese círculo de ángeles; miren su resplandor de gloria; escuchen su cántico, y que sus dudas se disipen en esa dulce música y que sea enterrada en una mortaja de armonía. Él tiene buena voluntad para con los hombres; Él está deseoso de perdonar; Él pasa por alto la iniquidad, la transgresión, y el pecado. Y fíjense en esto, si Satanás agregara luego: “pero aunque Dios tenga buena voluntad, Él no puede violar Su justicia, y por ello Su misericordia puede ser ineficaz, y tú puedes morir;” entonces escuchen esa primera nota del himno, “¡Gloria a Dios en las alturas!” y repliquen a Satanás y a todas sus tentaciones, que cuando Dios muestra buena voluntad para con un penitente pecador, no solamente hay paz en el corazón del pecador, sino que trae gloria para cada atributo de Dios, y así Él puede ser justo y sin embargo puede justificar al pecador, y glorificarse Él mismo.

No pretendo decir que haya abierto todas las instrucciones contenidas en estas tres frases, pero tal vez puedo guiarlos en un tren de pensamiento que pueda servirles durante la semana. Espero que durante toda la semana tengan ustedes una verdadera feliz Navidad, sintiendo el poder de estas palabras, y conociendo la unción de ellas. “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres.”

II. A continuación debo presentarles algunos PENSAMIENTOS EMOTIVOS. Amigos, ¿acaso este versículo, este cántico de los ángeles, no sacude su corazón de felicidad? Cuando leo eso, y encuentro

a los ángeles cantándolo, pienso en mis adentros: “Si los ángeles presentaron a la grandiosa Cabeza del Evangelio un cántico, ¿no debería predicar yo cantando? Y mis queridos lectores, ¿no deberían vivir con cánticos? ¿No deberían alegrarse sus corazones y regocijarse sus espíritus? Bien, pensé, hay unos fanáticos religiosos sombríos que nacieron en una oscura noche de Diciembre que piensan que una sonrisa en el rostro es algo impío, y creen que es inconsistente que un cristiano se alegre y se regocije. ¡Ah!, sería bueno que estos señores hubiesen visto a los ángeles cuando cantaban junto a Cristo; pues si los ángeles cantaban acerca de Su nacimiento, aunque no les concernía, ciertamente los hombres deberían cantar acerca de ese nacimiento durante toda su vida, cantar acerca de él cuando mueran, y cantar acerca de él cuando vivan en el cielo para siempre. Yo ciertamente anhelo ver en la iglesia una cristiandad mucho más cantora. Los últimos años han estado engendrando en nuestro medio una cristiandad gimiente e incrédula. Ahora, yo no dudo de su sinceridad, pero sí dudo de su carácter saludable. Digo que puede ser verdadera y lo suficientemente real; Dios no quiera que yo hable una palabra contra la sinceridad de quienes la practican; pero es una religión enfermiza.

Watts hizo un comentario muy atinado cuando dijo:

“La religión nunca fue diseñada

Para disminuir nuestros placeres.”

Está diseñada para eliminar algunos de nuestros placeres, pero nos proporciona muchos más, para compensar con creces lo que nos quita; así que no los disminuye. Oh, ustedes, que no ven en Cristo nada, sino un tema para estimular sus dudas y hacer que las lágrimas rueden por sus mejillas; oh, ustedes que siempre están diciendo:

“Señor, qué tierra tan despreciable es esta,

Que no nos pertrecha de vituallas.”

Acérquense y vean a los ángeles. ¿Narran su historia con gemidos, y llantos, y suspiros? Ah, no; gritan fuertemente: “¡Gloria a Dios en las alturas!” Mis queridos hermanos, imítenlos. Si ustedes son profesantes de la religión, traten siempre de tener un talante alegre. Que otros guarden luto; pero:

“¿Por qué razón los hijos de un rey

Se lamentan todos sus días?”

Unjan su cabeza y laven su rostro; no den la impresión de que están ayunando. Siempre regocíjense en el Señor, y otra vez les digo, regocíjense. Especialmente en esta semana, no se avergüencen de estar contentos. No necesitan pensar en algo impío para estar felices. La penitencia, y los flagelos y el infortunio son cosas que no son muy virtuosas, después de todo. Los condenados son miserables; que los salvos sean felices. ¿Por qué habrían de tener comunión con los perdidos, teniendo sentimientos de perpetuo luto? ¿Por qué no, más bien, anticipar los gozos del cielo, y comenzar a cantar en la tierra ese cántico que no necesitarán terminar nunca? Entonces, la primera emoción que necesitamos fomentar en nuestros corazones es la emoción del gozo y la alegría.

Bien, ¿qué sigue? Otra emoción es la *confianza*. No estoy seguro de estar en lo correcto al llamarla una emoción, pero en mí es tan afín a eso, que me aventuraré a equivocarme si es ese el caso. Ahora, si cuando Cristo vino a esta tierra, Dios hubiera enviado a alguna negra criatura del cielo, (si existen tales criaturas allá) para decirnos, “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” y si esa criatura entregara el mensaje con el ceño fruncido y tartamudeando, si yo hubiera estado allí y hubiera escuchado, habría tenido escrúpulos para creerle, pues habría dicho: “no pareces un mensajero que Dios envía, tartamudo como eres, pregonando unas buenas nue-

vas como esas." Pero cuando los ángeles vinieron no había la posibilidad de dudar de la verdad de lo que decían, pues era claro que los ángeles creían lo que decían; lo dijeron porque lo creían, pues lo dijeron cantando, con gozo y alegría.

Si algún amigo, habiendo oído que heredaste un legado, viniera a verte con un rostro solemne, y una lengua que sonara como la campana de un funeral, preguntando: "¿sabes que Fulano de Tal te ha dejado diez mil libras esterlinas!" Pues bien, tú responderías, "¡Ah!, qué atrevido," y te reirías en su cara. Pero si tu hermano súbitamente irrumpiera en tu habitación, y exclamara: "¿qué piensas? ¡Eres un hombre rico; Fulano de Tal te ha dejado diez mil libras esterlinas!" Entonces tú dirías: "pienso que es muy probable que sea verdad, pues se ve muy alegre por ello."

Pues bien, cuando estos ángeles vinieron del cielo proclamaron las nuevas como si las creyeran; y aunque yo a menudo impiamente he dudado de la buena voluntad de mi Señor, pienso que nunca hubiera podido dudarle al oír el canto de estos ángeles. No, yo habría dicho: "los propios mensajeros son una prueba de la verdad, pues parecería que lo han oído de los mismos labios de Dios; no tienen ninguna duda al respecto, pues vean cuán gozosamente proclaman la noticia."

Ahora, pobre alma, tú que estás temerosa que Dios te destruya, y que piensas que Dios no tendrá nunca misericordia de ti, mira a los ángeles cantando y atrévete a dudar. No vayas a la sinagoga de los hipócritas de rostros alargados para oír al ministro que predica con un tonillo nasal, con la aflicción reflejada en su rostro, mientras les dice que Dios tiene buena voluntad para con los hombres; yo sé que no vas a creer lo que él dice, pues no predica con gozo en su rostro; les está diciendo buenas nuevas con un gruñido, y no es probable que ustedes acepten el mensaje. Pero síganse derecho, a la llanura donde los pastores de Belén pernoctan, y cuando oigan que los ángeles cantan el Evangelio, por la gracia de Dios en ustedes, no podrán evitar quedar convencidos que ellos sienten de manera manifiesta el valor de lo que dicen. ¡Bendita Navidad, que trae tales criaturas como los ángeles, para confirmar nuestra fe en la buena voluntad de Dios para con los hombres!

III. Ahora debo presentarles el tercer punto. Hay algunas EXPRESIONES PROFÉTICAS contenidas en estas palabras. Los ángeles cantaron "¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!" Pero yo miro alrededor, y ¿qué es lo que veo en el ancho, ancho mundo? No veo que Dios sea honrado. Veo a los paganos inclinándose ante sus ídolos; observo al católico romano arrojándose sobre los harapos inmundos de sus reliquias, y las horribles figuras de sus imágenes. Miro a mi alrededor, y veo a la tiranía gobernando sobre los cuerpos y las almas de los hombres; veo a Dios olvidado; veo a una raza mundana persiguiendo las riquezas; veo a una raza sangrienta siguiendo a Moloc; veo a la ambición cabalgando como Nimrod sobre la tierra, a Dios olvidado, y Su nombre deshonorado. Y ¿es de todo esto que los ángeles cantaron? ¿Acaso es todo esto lo que los llevó a cantar: "Gloria a Dios en las alturas"? ¡Ah, no! Se acercan días más claros. Ellos cantaron: "Y en la tierra paz." Pero todavía oigo el clarín de guerra; y el horrible rugido del cañón: ¡todavía no han vuelto sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces! La guerra reina todavía. ¿Es de todo esto que los ángeles cantaron? Y mientras veo guerras hasta los confines de la tierra, ¿debo creer que esto es todo lo que los ángeles esperaban?

¡Ah, no!, hermanos; el villancico de los ángeles es grande en profecía; sintió dolores de parto con glorias. Dentro de unos cuantos años, los que vivan la profecía verán por qué los ángeles cantaron; porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Cristo el Señor vendrá otra vez y cuando venga botará a los ídolos de sus tronos; Él hará pedazos toda forma de herejía y cada tipo de idolatría; reinará de polo a polo con ilimitado dominio: reinará cuando como un rollo, aquellos cielos azules hayan pasado. Ninguna contienda vejara el reino del Mesías, la sangre no será entonces de-

ramada; colgarán en alto el yelmo sin usar, y no estudiarán más la guerra. Se aproxima la hora en la que el templo de Jano será cerrado para siempre, y cuando el cruel Marte será corrido de la tierra. Viene el día cuando el león como el buey comerá paja, y el leopardo con el cabrito se acostará; cuando el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid. Se aproxima la hora; los primeros rayos de luz solar han alegrado la era en que vivimos. He aquí, Él viene, con trompetas y con nubes gloria; vendrá el que esperamos con gozosa expectación, cuya venida será gloria para Sus redimidos, y confusión para Sus enemigos. ¡Ah!, hermanos, cuando los ángeles cantaron esto, hubo un eco a lo largo de todos los pasillos de un glorioso futuro. El eco era:

“¡Aleluya! Cristo el Señor

Dios Omnipotente reinará.”

Ay, y sin duda los ángeles oyeron por fe la plenitud del villancico:

“¡Escuchen! El cántico del jubileo

Fuerte como el rugido de potentes truenos,

O como la plenitud del mar,

Cuando rompe sobre la costa.”

“¡Cristo nuestro Dios Todopoderoso reina!

IV. Ahora, tengo una lección más para ustedes, y habré concluido. Esa lección es PRECEPTIVA. Yo deseo que cada quien que guarde la Navidad este año, la guarde como la guardaron los ángeles. Hay muchas personas que, cuando hablan acerca de guardar la Navidad, quieren decir con ello cortar las bandas de su religión por un día del año, como si Cristo fuera el Señor del desgobierno, como si el nacimiento de Cristo debiera celebrarse como las orgías de Baco. Hay algunas personas muy religiosas, que en Navidad no olvidarían nunca ir a la iglesia por la mañana; ellos creen que la Navidad es casi tan santa como el domingo, pues reverencian la tradición de los antepasados. Sin embargo, su forma de pasar el resto del día es muy notable; pues si logran ver su camino por las escaleras para llegar directamente a su cama en la noche, será por accidente. Considerarían que no han guardado la Navidad de manera apropiada, si no se entregaran a la glotonería y a la borrachera. Son muchos los que piensan que la Navidad no puede ser observada, a menos que hayan gritos de alegría y júbilo en la casa, y añadido a eso, la turbulencia del pecado.

Ahora, hermanos míos, aunque nosotros, como sucesores de los puritanos, no guardamos el día en ningún sentido religioso, y no le reconocemos nada especial sino que lo consideramos un día cualquiera: creyendo que cada día puede ser una Navidad, como debe serlo, y deseando hacer que cada día sea una Navidad, si se puede, sin embargo debemos de dar el ejemplo a los demás de cómo comportarse ese día; y especialmente porque los ángeles dieron gloria a Dios: hagamos lo mismo.

Además, los ángeles dijeron: “paz a los hombres:” esforcémonos si podemos por hacer la paz el próximo día de Navidad. Ahora, anciano amigo, tú no aceptas a tu hijo: él te ha ofendido. Invítalo en Navidad. “Paz en la tierra;” ustedes saben: ese es un villancico de Navidad. Lleven la paz a su familia.

Ahora, hermano, has hecho un voto que nunca le vas a hablar otra vez a tu hermano. Búscalo y dile: “oh, mi querido amigo, que no se ponga el sol sobre nuestro enojo.” Invítalo, y dale tu mano. Ahora, señor Comerciante, tienes un competidor en el negocio, y has hablado algunas palabras muy

duras acerca de él últimamente. Si no haces las paces hoy, o mañana, o tan pronto como puedas, hazlo el día de Navidad. Esa es la manera de guardar la Navidad, paz en la tierra y gloria a Dios. Y, oh, si tienes algo en tu conciencia, algo que te impida tener paz en tu mente, guarda la Navidad en tu habitación, pidiéndole a Dios que te dé paz; pues es paz en la tierra, paz en la mente, paz en ti mismo, paz contigo, paz con tus semejantes, paz con tu Dios. Y no pienses que has celebrado bien ese día hasta que puedas decir, “oh Dios,

“Con el mundo, conmigo, y contigo

Quiero estar en paz antes de dormir.”

Y cuando el Señor Jesús se haya convertido en tu paz, recuerda que hay otra cosa, *buena voluntad* para con los hombres. No trates de guardar la Navidad sin guardar buena voluntad para con los hombres. Tú eres un caballero y tienes sirvientes. Bien, intenta encender sus chimeneas con el fuego de un buen trozo de alimento sustancial para ellos. Si ustedes son ricos, tendrán a los pobres en su vecindario. Encuentren algo para vestir al desnudo, y alimentar al hambriento, y alegrar al que se lamenta. Recuerden, es buena voluntad para con los hombres. Traten, si pueden, de mostrarles buena voluntad en esta estación especial; y si hacen eso, los pobres dirán conmigo, que verdaderamente desearían que hubieran seis Navidades en el año.

Que cada uno de nosotros salga de este lugar con la determinación, que si estamos enojados todo el año, esta siguiente semana será una excepción; que si le hemos gruñido a todo el mundo el año pasado, durante este tiempo de Navidad nos esforzaremos para ser amablemente cálidos hacia los demás; y que si hemos vivido todo este año en enemistad con Dios, ruego que por Su Espíritu esta semana nos dé paz con Él; y entonces, ciertamente, hermano mío, será la Navidad más feliz que hayamos tenido jamás en nuestras vidas. Ustedes, jóvenes, van a ir a su casa a reunirse con su padre y su madre; muchos de ustedes irán directamente de su trabajo a su casa. Ustedes recordarán lo que prediqué la Navidad del año pasado. Vayan a casa con sus amigos, y díganles lo que el Señor ha hecho para su alma, y eso hará una bendita ronda de historias junto a la chimenea de Navidad. Si cada uno de ustedes cuenta a sus padres cómo el Señor los encontró en la casa de oración; cómo, cuando dejaron la casa, ustedes eran unos jóvenes gallardos alegres y alborotados, pero que han vuelto a amar al Dios de su madre, y a leer la Biblia de su padre. ¡Oh, cuán feliz Navidad sería!

¿Qué más diré? Que el Señor les dé paz con ustedes mismos; que les dé buena voluntad para con todos sus amigos, con sus enemigos, y con sus vecinos; y que les dé gracia para dar gloria a Dios en las alturas. No agregaré nada más, excepto al concluir este sermón, que deseo a cada uno de ustedes, cuando llegue el día, la más feliz Navidad que hayan tenido jamás en sus vidas.

“Ahora con ángeles alrededor del trono,

Querubines y serafines,

Y la iglesia, que todavía es una,

Elevemos el solemne himno;

¡Gloria al grandioso YO SOY!

Gloria al Cordero victimado.

Bendición, honor, gloria, poder

Y dominio infinito,

Al Padre de nuestro Señor,

*Al Espíritu y al Verbo;
Como fue antes en todos los mundos,
Como es, y como será jamás."*

3

³Spurgeon, C. H., & Román, A. (2008). *Sermones de Carlos H. Spurgeon*. Bellingham, WA: Logos Research Systems, Inc.

El Púlpito de la Capilla New Park Street

Una Pregunta de Navidad.

NO. 291

Un sermón predicado la mañana del Domingo 25 de Diciembre, 1859

por Charles Haddon Spurgeon

En Exeter Hall, Strand, Londres.

"Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado." Isaías 9:6.

En otras ocasiones he explicado la parte principal de este versículo: "y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte." Si Dios me lo permite, en alguna futura ocasión espero predicar sobre los otros títulos, "Padre eterno, Príncipe de paz." Pero esta mañana, la porción en la que pondremos nuestra atención es esta: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado." La frase es doble, pero no contiene ninguna tautología. El lector cuidadoso pronto descubrirá una distinción; y es una distinción que muestra una diferencia. "Porque un *niño* nos es *nacido*, *Hijo* nos es *dado*."

Como Jesucristo fue un niño en Su naturaleza humana, es nacido engendrado por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María. Nació tan verdaderamente siendo un niño, como cualquier otro hombre que haya vivido sobre la faz de la tierra. Él es entonces en Su humanidad, un niño nacido. Pero como Jesucristo es el Hijo de Dios, no es nacido, sino dado, engendrado por Su Padre desde antes de todos los mundos, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre. La doctrina de la eterna condición de Hijo de Cristo, debe recibirse como una verdad indudable de nuestra santa religión. Pero en cuanto a dar una explicación de ello, ningún hombre debería aventurarse a hacerlo, pues permanece en medio de las cosas profundas de Dios: en verdad es uno de esos solemnes misterios que los ángeles no se atreven a mirar ni desean escudriñar. Un misterio que no debemos intentar examinar a fondo, pues está totalmente fuera del entendimiento de cualquier ser finito. Lo mismo podría un mosquito intentar beberse el océano, que una criatura infinita tratara de comprender al Dios Eterno. Un Dios que pudiésemos comprender no sería Dios. Si nosotros pudiéramos asirle, no podría ser infinito: si pudiéramos entenderlo, entonces no sería divino. Por tanto yo digo que Jesucristo, como un Hijo, no nos es nacido, sino dado. Él es una dádiva que se nos concede, "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que *ha enviado* a su *Hijo* unigénito al mundo." Él no nació en este mundo como Hijo de Dios, sino que fue *enviado*, o fue *dado*, de tal forma que ustedes pueden percibir que la distinción es muy sugerente y nos transmite verdad en grandes cantidades. "Porque un *niño* nos es *nacido*, *Hijo* nos es *dado*."

Esta mañana, sin embargo, el principal objetivo de mi sermón, y en verdad el único, es enfatizar la fuerza de esas dos pequeñas palabras, "*nos es*." Porque ustedes percibirán que aquí está concentrada toda la fuerza del pasaje. "Porque un niño NOS ES nacido, Hijo NOS ES dado." Las divisiones de mi sermón son muy simples. Primero, *¿es así?* En segundo lugar, *si es así, ¿qué pasa entonces?* En tercer lugar, *si no fuera así, ¿qué pasa entonces?*

I. En primer lugar, ¿ES ASÍ? ¿Es cierto que un niño *nos es* nacido, Hijo *nos es* dado? Es un hecho que un niño es nacido. No apporto ningún argumento sobre eso. Lo recibimos como un hecho, más plenamente establecido que cualquier otro hecho de la historia, que el Hijo de Dios se hizo hombre, nació en Belén, fue envuelto en pañales, y puesto en un pesebre. Es un hecho también, que un Hijo es

dado. No tenemos ninguna pregunta al respecto. El infiel podrá disputarlo, pero nosotros que profesamos ser creyentes de la Escritura, recibimos como una verdad innegable que Dios ha dado a Su unigénito Hijo, para que sea el Salvador de los hombres. Pero lo que se puede cuestionar es: ¿este niño es nacido para NOSOTROS? ¿Es dado para NOSOTROS? Este es el tema de ávida investigación. ¿Tenemos nosotros un interés personal en el niño que nació en Belén? ¿Sabemos que Él es nuestro Salvador? ¿Ha traído buenas nuevas para nosotros? ¿Sabemos que NOS pertenece, y que nosotros le pertenecemos? Yo afirmo que este es un tema de grave y solemne investigación.

Es un hecho muy evidente que los mejores hombres son a veces turbados por preguntas con relación a su propio interés en Cristo, mientras que los hombres que nunca sienten ninguna turbación acerca del asunto, son con frecuencia engañadores presuntuosos que no tienen parte en el asunto. Con frecuencia he observado que algunas de las personas acerca de las cuales me he sentido muy seguro, fueron precisamente las personas que no tenían la menor seguridad acerca de ellas mismas.

Esto me recuerda la historia de un hombre piadoso llamado Simón Brown, un ministro en tiempos antiguos en la Ciudad de Londres. Su corazón se entristeció tanto, su espíritu se deprimió tanto, que al fin concibió la idea que su alma había dejado de existir. Era totalmente en vano hablar a ese buen hombre, pues no podías persuadirle que tenía un alma; pero todo el tiempo estaba predicando, y predicando, y trabajando, más a semejanza de un hombre que tuviera dos almas en vez de ninguna. Cuando predicaba, sus ojos derramaban abundantes lágrimas, y cuando oraba, había un fervor divino y un predominio celestial en cada petición. Ahora, así sucede con muchos cristianos. Parecen ser el propio retrato de la piedad: su vida es admirable, y su conversación celestial, pero siempre están clamando:

“Es un punto que deseo conocer,

A menudo causa ansioso pensamiento,

¿Amo al Señor o no?

¿Le pertenezco o no?”

Así que ocurre que los mejores hombres se hacen preguntas mientras que los peores presumen. Ay, he visto a los hombres sobre cuyo eterno destino yo tenía serios interrogantes, cuyas inconsistencias de vida era palpables y flagrantes, que han parloteado en lo concerniente a su segura porción en Israel y su esperanza infalible, como si creyeran que los otros serían tan fácilmente embaucados como ellos mismos. Ahora, ¿qué explicación daremos para esta temeridad? Aprendámosla de la siguiente ilustración:

Pueden ver a un grupo de hombres cabalgando a lo largo de un angosto sendero sobre un acantilado junto al mar. Es un paso muy peligroso, pues el camino es abrupto y un tremendo precipicio bordea la senda al lado izquierdo. Si una de las patas de un caballo resbalara, se desplomarían a la destrucción. Vean cuán cautelosamente los jinetes avanzan, y cuán cuidadosamente pisan los caballos. Pero ¿observan a aquel jinete, a qué velocidad avanza, como si corriese una carrera de obstáculos con Satanás? Ustedes sostienen sus manos en alto, en una agonía de terror, temblando porque en cualquier momento la pata de sus cabalgadura podría resbalar, y se precipitarían al abismo; y ustedes se preguntarán: ¿por qué es tan descuidado ese jinete? El hombre es un jinete ciego que cabalga en un caballo ciego. No pueden ver dónde están. Él piensa que atraviesa un camino seguro, y por eso cabalga tan rápido.

O, para variar el cuadro, algunas veces, cuando las personas duermen, se levantan y caminan, y suben a ciertos lugares donde otros ni pensarían aventurarse. Alturas de vértigo que trastornarían nuestro cerebro, les parecen seguras a ellas. Así hay muchos sonámbulos espirituales en nuestro medio, que piensan que están despiertos. Pero no lo están. Su misma presunción en aventurarse a los altos lugares de la confianza en sí mismos, demuestra que son sonámbulos; no están despiertos, sino que son hombres que caminan y hablan en sus sueños. Entonces, afirmo, es realmente un asunto de serio cuestionamiento para todos los hombres que quieren ser salvos al fin, lo relativo a si este niño es nacido para NOSOTROS, y este Hijo es dado para NOSOTROS?

Ahora les voy a ayudar a responder la pregunta.

1. Si este niño que yace ahora delante de los ojos de su fe, arropado en pañales en el pesebre de Belén, es nacido *para ustedes*, entonces *ustedes han nacido de nuevo*. Pues este niño no es nacido para ustedes a menos que ustedes hayan nacido para este niño. Todos los que tienen un interés en Cristo son, en la plenitud del tiempo, convertidos por la gracia, revividos, y renovados. Todos los redimidos no son todavía convertidos, pero lo serán. Ante de que llegue la hora de su muerte, su naturaleza será cambiada, sus pecados serán lavados, y pasarán de muerte a vida. Si alguien me dice que Cristo es su Redentor, aunque no haya experimentado nunca la regeneración, ese hombre expresa algo que desconoce; su religión es vana, y su esperanza es un engaño. Únicamente los hombres que son nacidos de nuevo pueden reclamar que el bebé nacido en Belén les pertenece.

“Pero,” dirá alguno, “¿cómo puedo saber si soy nacido de nuevo o no?” Respondan esta pregunta haciendo a la vez otra pregunta: ¿Ha habido algún cambio obrado por la gracia divina *dentro de ti*? ¿Son tus amores totalmente lo contrario de lo que antes eran? ¿Odias ahora las cosas vanas que una vez admiraste, y buscas esa preciosa perla que en un tiempo despreciabas? ¿Ha sido tu corazón enteramente renovado en sus objetivos? ¿Puedes decir que la propensión de tu deseo ha cambiado? ¿Vuelves tu rostro a Sion, y tus pies están encaminados en el sendero de gracia? Mientras que tu corazón antes anhelaba los profundos sorbos del pecado, ¿ansías ahora ser santo? Y mientras que antes amabas los placeres del mundo, ahora se han vuelto como desperdicios y escorias para ti, pues sólo amas los placeres de cosas celestiales, y ansías gozar más de ellos en la tierra, para que estés preparado para gozar su plenitud en el más allá. ¿Has sido renovado internamente? Pues, observa, mi querido lector, el nuevo nacimiento no consiste en lavar la parte exterior de la copa y del plato, sino en la limpieza del hombre interior. Es totalmente en vano poner la piedra sobre el sepulcro, lavarlo hasta que quede extremadamente blanco, y adornarlo con las flores de la estación; el sepulcro mismo debe ser limpiado. Los huesos del muerto que yacen en ese osario del corazón humano deben ser limpiados. No, deben ser revividos. El corazón no debe ser más una tumba de muerte, sino un templo de vida. ¿Sucede así contigo, lector? Pues recuerda, puedes ser muy diferente en lo exterior, pero si no eres cambiado en lo interior, este niño no es nacido para ti.

Pero hago otra pregunta. Aunque el principal asunto de la regeneración yace en el interior, sin embargo se manifiesta en lo exterior. Dime, entonces, ¿ha habido un cambio en ti en lo exterior? ¿Piensas que otros que te miran se verán forzados a decir: este hombre no es lo que solía ser? ¿Acaso tus compañeros no observan un cambio? ¿No se han reído de ti por lo que consideran tu hipocresía, tu puritanismo, tu severidad? ¿Crees ahora que, si un ángel te siguiera en tu vida secreta, y siguiera tu pista hasta tu aposento y te viera de rodillas, detectaría algo en ti que nunca habría podido ver antes? Pues escucha, mi querido lector, debe haber un cambio en la vida exterior, pues de lo contrario no hay cambio en lo interior.

En vano me muestras el árbol, y me dices que la naturaleza del árbol ha cambiado. Si veo que está todavía produciendo uvas silvestres, es todavía un viñedo silvestre. Y si te comparo con las manzanas de Sodoma y las uvas de Gomorra, todavía eres un árbol maldito y condenado, independientemente de tu experiencia imaginaria. La prueba del cristiano está en su vida. Para otras personas, la prueba de nuestra conversión no es lo que sentimos, sino lo que hacemos. Para ti mismo, tus sentimientos podrán ser una evidencia suficiente, pero para el ministro y para otras personas que te juzgan, el caminar exterior es la guía principal. A la vez, permítanme observar que la vida exterior de un hombre puede ser muy semejante a la de un cristiano, y sin embargo, puede ser que no haya ninguna religión en él.

¿Han visto alguna vez a dos juglares en la calle con espadas, pretendiendo pelear entre sí? Miren cómo cortan y cercenan, y se tajan mutuamente, hasta que llegas a estar medio temeroso que pronto se cometerá un asesinato. Dan la impresión que lo están haciendo en serio, y llegas a pensar en llamar a la policía para que los separe. Mira con qué violencia uno le ha tirado un golpe tremendo a la cabeza del otro, que su camarada evita con destreza, protegiéndose oportunamente. Sólo obsérvalos un minuto, y verás que todos estos cortes y arremetidas siguen un orden preestablecido. La pelea es fingida, después de todo. No pelean tan ferozmente como lo harían si fueran enemigos verdaderos.

De la misma manera, a veces he visto a un hombre que pretendía estar muy airado contra el pecado. Pero obsérvalo un corto tiempo, y verás que es únicamente el truco de un espadachín. No da sus tajos espontáneamente, no hay intención en sus golpes; todo es pretensión, es un teatro de mimos. Los espadachines, después que han terminado su espectáculo, se dan la mano, y dividen las ganancias que la multitud boquiabierta les ha proporcionado; y lo mismo hace este hombre, se da la mano con el diablo en privado, y los dos engañadores comparten el botín. El hipócrita y el diablo son después de todo muy buenos amigos, y se regocijan mutuamente por sus ganancias: el diablo mirando socarronamente porque ha ganado el alma del que profesa la fe, y el hipócrita riéndose porque ha ganado sus riquezas mal adquiridas. Cuiden, entonces, que su vida exterior no sea una mera puesta en escena, sino que su antagonismo contra el pecado sea real e intenso; y den golpes a diestra y siniestra, como si verdaderamente quisieran matar al monstruo, y arrojar sus miembros a los vientos del cielo.

Sólo voy a hacer otra pregunta. Si has nacido de nuevo, hay otro asunto por el que se te puede probar. No sólo se ha alterado tu yo interno, y tu yo externo también, sino que la verdadera raíz y el principio de tu vida deben ser totalmente nuevos. Mientras estamos en el pecado, vivimos para el yo, pero cuando hemos sido renovados, vivimos para Dios. Mientras no hemos sido regenerados, nuestro principio es buscar nuestro propio placer, nuestro propio avance; pero el hombre que no vive con una meta totalmente diferente a esta, no ha nacido de nuevo verdaderamente. Cambien los principios de un hombre, y habrán cambiado sus sentimientos, y habrán cambiado sus acciones. Ahora, la gracia cambia los principios del hombre. Pone el hacha a la raíz del árbol. No corta con sierra alguna rama gruesa, ni trata de alterar la savia; sino que proporciona una nueva raíz, y nos planta en un terreno nuevo. El yo más íntimo del hombre, las profundas rocas de sus principios sobre las que descansa la superficie del terreno de sus acciones, el alma de su condición humana es enteramente cambiada, y él es una nueva criatura en Cristo.

“Pero,” dirá alguno, “no veo ninguna razón para que deba nacer de nuevo.” Ah, pobre criatura, eso es porque nunca te has visto a ti misma. ¿Has visto alguna vez a un hombre en el espejo de la Palabra de Dios? Qué extraño monstruo es. ¿Sabes que un hombre por naturaleza tiene su corazón, donde deben estar sus pies: es decir, su corazón está sobre la tierra, mientras que la debería estar pi-

sando con sus pies; y es un misterio más extraño aún, que sus talones están donde debería estar su corazón: es decir, el está dando coces contra el Dios del cielo, cuando debería estar poniendo sus afectos en las cosas de arriba. El hombre por naturaleza, cuando ve más claro, únicamente mira hacia abajo; puede ver únicamente lo que está por debajo de él, no puede ver las cosas que están arriba; y es extraño decirlo, pero la luz del sol del cielo lo ciega; él no busca la luz del cielo. Él pide su luz en la oscuridad. La tierra es para él su cielo, y ve soles en los charcos de lodo y estrellas en su inmundicia. Él es de hecho, un hombre trastornado. La caída ha arruinado nuestra naturaleza de tal manera que la cosa más monstruosa sobre la faz de la tierra es un hombre caído.

Los antiguos pobladores solían pintar seres míticos grifos, dragones, quimeras y todo tipo de horribles cosas; pero si una mano hábil pudiera pintar al *hombre* con precisión, ninguno de nosotros vería el cuadro, pues es un espectáculo que nadie vio excepto los condenados en el infierno; y esa es una parte de su dolor intolerable, que están forzados a mirarse siempre a sí mismos. Ahora, entonces, ¿no ven que deben nacer de nuevo, y a menos que nazcan de nuevo, este niño no es nacido *para ustedes*.

2. Pero yo sigo adelante. Si este niño es nacido para ustedes, tú eres un *niño*, y surge la pregunta: ¿lo eres? El hombre crece naturalmente desde la niñez hasta la madurez; en la gracia, los hombres crecen de la madurez hasta la niñez; y entre más nos acerquemos a la verdadera niñez, más nos aproximaremos a la semejanza de Cristo. Pues, ¿acaso no fue Cristo llamado “un niño” inclusive después que hubo ascendido al cielo? “Tu santo Hijo Jesús.” (‘thy holy child Jesus’, en la versión King James). Hermanos y hermanas, ¿pueden decir ustedes que han sido vueltos niños? ¿Aceptan la Palabra de Dios tal como es, simplemente porque su Padre celestial así lo dice? Se contentan con creer los misterios sin exigir que se los expliquen? ¿Están preparados a sentarse en la clase con los niños, y convertirse en un pequeñito? ¿Están anuentes a ser sostenidos en el pecho de la iglesia, y mamar la leche sin adulteración de la Palabra, sin cuestionar ni por un instante lo que su divino Señor revela, sino creyéndolo todo por Su propia autoridad, aunque pareciera estar por sobre la razón, o por debajo de la razón, o inclusive contrario a la razón?

Ahora, “Si no os volvéis y os hacéis como niños,” este niño no es nacido para ustedes; a menos que como un niño tú seas humilde, enseñable, obediente, contento con la voluntad de tu Padre y deseoso de atribuirle todo a Él, hay un serio motivo para preguntarse si este niño es nacido *para ti*. Pero qué espectáculo tan agradable es ver a un hombre convertido y que ha sido hecho un pequeñito. Muchas veces mi corazón ha dado saltos de gozo, cuando he visto a un gigante infiel que solía argumentar en contra de Cristo, que no tenía en su diccionario una palabra lo suficientemente mala para el pueblo de Cristo, llegar a creer en el Evangelio por la gracia divina. Ese hombre se sienta y llora, y siente el pleno poder de la salvación, y a partir de ese momento deja todos sus cuestionamientos, y se vuelve lo opuesto a lo que era. Se considera más insignificante que el creyente más insignificante. Se contenta con hacer el más insignificante trabajo para la iglesia de Cristo, y toma su posición: no con Locke o Newton, como un poderoso filósofo cristiano, sino con María, como un simple aprendiz sentado a los pies de Jesús, para oír y aprender de Él. Si no son niños, entonces este niño no es nacido para ustedes.

3. Y ahora tomemos la segunda frase, y hagamos una pregunta o dos acerca de ella. Este hijo ¿nos es dado a NOSOTROS? Hago una pausa por un minuto para pedir su atención personal. Si puedo hacerlo, estoy tratando de predicar de tal manera que los conduzca a cuestionarse ustedes mismos. Les ruego que ninguno de ustedes se exima de la ordalía, sino que cada uno se pregunte, ¿es cierto que un Hijo me es dado? Ahora, si este Hijo *te es* dado, *tú mismo eres un hijo*. “Mas a todos los que le

recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios." "Cristo se hizo hombre para que en todo fuese semejante a Sus hermanos." El Hijo de Dios no es mío para que lo goce, le ame, me deleite en Él, a menos que yo sea también un hijo de Dios.

Ahora, querido lector, ¿tienes un temor de Dios delante de ti: un temor filial, el temor que el niño siente de no afligir a sus padres? Dime, ¿tienes un *amor* de niño para Dios? ¿*Confías* en Él como tu padre, tu proveedor, y tu amigo? ¿Tienes en tu pecho "Es espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!"? ¿Te ocurre a veces, que estando de rodillas, puedes decir: "mi Padre y mi Dios." ¿Da testimonio el Espíritu mismo a tu espíritu de que eres nacido de Dios? Y cuando se da este testimonio, ¿vuela tu corazón al Padre y a tu Dios, en éxtasis de deleite, para asirte a Él, que desde hace tiempo se aferró a ti en el pacto de Su amor, y en los brazos de Su gracia eficaz? Ahora, observa, mi querido lector, si algunas veces no gozas del espíritu de adopción, si no eres un hijo o una hija de Sion, entonces no te engañes, este hijo no es dado para ti.

4. Y, luego, para ponerlo de otra forma: si un Hijo nos es dado, entonces *nosotros somos dados al Hijo*. Ahora, ¿qué respondes a esta nueva pregunta? ¿Son dados ustedes a Cristo? ¿Sientes que no hay nada en la tierra para lo que vivas, sino para glorificarlo a Él? ¿Puedes decir en tu corazón: "Grandioso Dios, si no estoy engañado, yo soy enteramente Tuyo!" ¿Estás listo el día de hoy a escribir de nuevo tu voto de consagración? ¿Puedes decir: "¡tómame! Todo lo que soy y todo lo que tengo, será para siempre Tuyo. Quiero renunciar a todos mis bienes, a todos mis poderes, a todo mi tiempo, y a todas mi horas; y quiero ser Tuyo, enteramente tuyo"? "No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio." Y si este Hijo de Dios les es dado a ustedes, se habrán consagrado plenamente a Él; y ustedes sentirán que Su honra es el objetivo de su vida, que Su gloria es el gran deseo de su espíritu anhelante. Ahora, ¿es así, lector? Hazte esa pregunta. Te ruego que no te engañes a ti mismo en la respuesta.

Únicamente voy a repetir otra vez las cuatro pruebas diferentes. Si un niño me es nacido, entonces he nacido de nuevo; y, es más, en consecuencia de ese nuevo nacimiento, soy un niño. Si, además, un Hijo me ha sido dado, entonces soy un hijo; y también yo soy dado a ese Hijo que me es dado a mí. He tratado de poner estas pruebas en la forma que el texto las sugiere. Oro para que se las lleven a casa. Si no recuerdan las palabras, sin embargo recuerden investigar por ustedes mismos, para que puedan ver, lectores, si pueden decir: "Hijo es dado para mí." Pues, en verdad, si Cristo no es mi Cristo, es de poco valor para mí. Si no puedo decir que Él me amó y se entregó *por mí*, ¿de qué me sirve todo el mérito de Su justicia, o toda la plenitud de Su expiación?

El pan en la tienda está bien, pero si estoy hambriento y no puedo obtenerlo, me moriría de hambre aunque los graneros estén repletos. El agua en el río está bien, pero si estoy en un desierto y no puedo alcanzar el arroyo, si puedo oír su murmullo en la distancia y yo estoy acostado y moribundo de sed, el murmullo del riachuelo, o el fluir del río, ayudan a atormentarme ante lo inalcanzable, mientras muero en negra desesperación. Mejor sería para ustedes, lectores, morir como hotentotes, haber descendido a sus tumbas como habitantes de alguna tierra tenebrosa, que vivir donde el nombre de Cristo es alabado continuamente, y donde Su gloria es ensalzada, y bajar a sus tumbas sin un interés en Él, sin la bendición de Su Evangelio, sin ser lavados por Su sangre, sin haber sido cubiertos por Su manto de justicia. Que Dios les ayude para que puedan ser bendecidos en Él, y puedan cantar dulcemente: "Un niño nos es nacido, Hijo nos es dado."

II. Esto me lleva al mi segundo encabezado, sobre el cual seré breve. ¿Es así? SI ES ASÍ, QUÉ PASA ENTONCES? *Si es así, por qué tengo dudas hoy?* ¿Por qué mi espíritu se está haciendo preguntas? ¿Por qué no me doy cuenta del hecho? Lector, si el Hijo te es dado, ¿cómo es que te estás preguntando hoy

si eres de Cristo o no? ¿Por qué no procuras hacer firme tu vocación y elección? ¿Por qué te demoras en las llanuras de la duda? Sube, sube a las altas montañas de la confianza, y no descanses nunca hasta que puedas decir sin temor de estar equivocado: “Yo sé que mi Redentor vive. Estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.” Puede haber aquí un gran número de personas para quienes es un asunto de incertidumbre saber si Cristo es de ellos o No. Oh, mis queridos lectores, no se contenten a menos que sepan con certeza que Cristo es de ustedes, y que ustedes son de Cristo.

Supongan que vean en el periódico de mañana, (aunque, a propósito, si creyeran todo lo que ven allí, estarían probablemente equivocados) pero supongan que ven una notificación que alguna persona rica les hubiera dejado una inmensa herencia. Supongan que al leerlo, les quedara muy claro que la persona mencionada era un familiar de ustedes, y que es muy probable que fuera verdad. Es posible que convocaran para el día siguiente una reunión familiar, en la que esperan al hermano Juan y a la hermana María y a sus pequeñitos para cenar juntos. Pero me pregunto si no se moverían de la cabecera de la mesa para ir y verificar que el hecho es verdaderamente así. “Oh,” dirían, “estoy seguro que disfrutaría mucho más mi cena de Navidad si estuviera bien seguro acerca de esto;” y si no fueran, todo el día estarían de puntillas por la expectación; estarían, por decirlo así, sentados sobre alfileres y agujas hasta que comprobaran que era así.

Ahora hay una proclamación que ha sido anunciada y es verdadera, también, que Jesucristo ha venido al mundo para salvar a los pecadores. La pregunta para ustedes es si Él los ha salvado, y si ustedes tienen un interés en Él. Les suplico que no den descanso a sus ojos, y no dejen que sus párpados se adormezcan, hasta que hayan leído su “título de propiedad libre de gravamen para mansiones en el cielo.” ¡Cómo, hombre! ¿será tu destino eterno un asunto de incertidumbre para ti? ¡Cómo! ¿Están el cielo y el infierno involucrados en este asunto, y vas a descansar hasta que sepas cuál de los dos será tu porción eterna? ¿Estás contento mientras la pregunta es si Dios te ama, o si Él está airado contigo? ¿Puedes estar tranquilo mientras permaneces en la duda en cuanto a que si eres condenado en el pecado, o justificado por la fe que es en Cristo Jesús?

Levántate, hombre; te suplico por el Dios vivo, y por la propia seguridad de tu alma, levántate y lee los registros. Investiga y mira, y pruébate y examínate para ver si es así o No. Pues si es así, ¿por qué no habríamos de saberlo? Si el Hijo me es dado, ¿por qué no habría de estar seguro? Si el niño es nacido para mí, ¿por qué no habría de saberlo con certeza, para poder vivir desde ahora con el gozo de mi privilegio, un privilegio cuyo valor nunca conoceré a plenitud, hasta que llegue a la gloria?

Además, si es así, tenemos otra pregunta. *¿Por qué estás triste?* Estoy viendo rostros en este momento que parecen ser el reverso exacto del decaimiento, pero tal vez la sonrisa esconda un corazón dolido. Hermano y hermana, ¿por qué estamos tristes esta mañana, si un niño nos es nacido, si un Hijo nos es dado? ¡Escuchen, escuchen el grito! Es, “¡la cosecha ha llegado! ¡La cosecha ha llegado!” Vean a las doncellas danzando, y a los jóvenes disfrutando. Y ¿por qué es este júbilo? Porque están almacenando los preciosos frutos de la tierra, están reuniendo en sus graneros el grano que pronto será consumido. Entonces, qué, hermanos y hermanas, tenemos el pan que permanece para vida eterna, y ¿somos infelices? El mundano se alegra cuando su alimento abunda, y ¿no nos regocijamos nosotros cuando “un niño nos es nacido, Hijo nos es dado”?

¡Escuchen por allá! ¿Qué significa que disparen las armas de la Torre? ¿Por qué todo este sonar de campanas en los campanarios de las iglesias, como si todo Londres estuviera fuera de sí de gozo? Ha nacido un príncipe; por eso hay esta salutación, por eso este repicar de campanas. Ah, cristianos, toquen las campanas de sus corazones y disparen los saludos de sus más gozosos himnos, “Porque un

niño nos es nacido, Hijo nos es dado.” ¡Danza, oh corazón mío, y repica las campanas de la alegría! ¡Ustedes, gotas de sangre de mis venas, dancen cada una de ustedes! ¡Oh!, que todos mi nervios se conviertan en cuerdas de arpa, y que la gratitud las toque con dedos angélicos! Y tú, lengua mía, grita, grita en alabanza a Él, que te ha dicho a ti: “un niño nos es nacido, Hijo nos es dado.” ¡Enjuga esa lágrima! ¡Vamos, deja de suspirar! Callen ese murmullo. ¿Qué importa tu pobreza? “Un niño te es nacido.” ¿Qué importa tu enfermedad? “Hijo te es dado.” ¿Qué importa tu pecado? Pues este niño quitará el pecado, y el Hijo te lavará y te hará idóneo para el cielo. Si así es, yo digo:

“¡Arriba los corazones, arriba las voces,

Regocíjense con estruendo, ustedes santos, regocíjense!”

Pero, una vez más, si es así, ¿entonces qué? ¿Por qué están tan fríos nuestros corazones? Y ¿por qué hacemos tan poco por Él, que ha hecho tanto por nosotros? ¡Jesús, Tú eres mío! ¿Soy salvo? ¿Cómo es que te amo tan poco? ¿Por qué es que cuando predico no lo hago con mayor denuedo, y cuando oro, no soy más intensamente ferviente? ¿Por qué es que damos tan poco a Cristo que se dio a Sí mismo por nosotros? ¿Por qué es que le servimos tan tristemente al que nos sirvió tan perfectamente? Él se consagró enteramente; ¿por qué es que nuestra consagración es viciada y parcial? Continuamente estamos ofreciendo sacrificios al yo y no a Él.

Oh, amados hermanos, sométanse en este día. ¿Qué tienen en el mundo? “Oh,” dirá alguno, “yo no tengo nada; yo soy pobre y no tengo un centavo, y tampoco tengo un techo.” Entrégate a Cristo. Ustedes han oído la historia de los discípulos de un filósofo griego. En un determinado día era la costumbre darle un regalo al filósofo. Uno vino y le dio oro. Otro no pudo traerle oro, pero le trajo plata. Uno le trajo un manto, y otro unos bocadillos de alimento. Pero uno de ellos vino y dijo: “Oh, Solón, yo soy pobre, no tengo nada que darte, pero sin embargo te daré algo mejor de lo que te han dado estos; me doy a ti.” Ahora, si ustedes tienen oro y plata, si tienen alguno de estos bienes del mundo, den en su medida a Cristo; pero por sobre todo, entréguese ustedes mismos a Él, y que su clamor a partir de este día sea:

“¿No te amo mi muy amado Señor?

Oh escudriña mi corazón y ve,

Y arroja cada ídolo maldito

Que se atreva a ser Tu rival.

¿No te amo con toda mi alma?

Entonces no permitas ningún otro amor:

Que muera mi corazón a todo otro gozo,

Sólo Jesús debe estar allí.”

III. Bien, casi he concluido, pero presten su solemne, muy solemne atención cuando abordo mi último encabezado: SI NO ES ASÍ, ¿ENTONCES QUÉ? Querido lector, no puedo decir dónde estás: pero dondequiera que estés en este salón, los ojos de mi corazón te están buscando, y cuando te hayan visto, van a llorar por ti. ¡Ah, miserable desventurado, sin una esperanza, sin Cristo, sin Dios! Para ti no hay alegría navideña; para ti no ha nacido un niño; para ti ningún Hijo es dado. Triste es la historia de los pobres hombres y mujeres que la semana antepasada cayeron muertos en nuestras calles por causa de cruel hambre y el frío cortante. Pero mucho más digna de lástima es su porción, mucho más terrible será su condición en el día en que gritarán pidiendo una gota de agua para refrescar la

lengua ardiente, y les será negada; cuando buscarán la muerte, la muerte fría y horrenda, y la buscarán como se busca un amigo, pero no la encontrarán. Pues el fuego del infierno no los consumirá, ni sus terrores los devorarán. Anhelarán morir, y sin embargo permanecerán en la muerte eterna: muriendo cada hora, sin recibir jamás la tan ansiada bendición de la muerte.

¿Qué les diré a ustedes el día de hoy? ¡Oh!, Señor, ayúdame a decir una palabra oportuna, ahora. Te suplico, mi querido lector, si Cristo no es tuyo hoy, que Dios el Espíritu te ayude a hacer lo que yo te ordeno hacer. En primer lugar, confiesa tus pecados; no a mi oído, ni al oído de ningún hombre viviente. Ve a tu recámara y confiesa que eres vil. Dile que tú eres un ruin desventurado sin Su gracia soberana. Pero no pienses que haya algún mérito en la confesión. No hay ninguno. Toda tu confesión no puede ameritar el perdón, aunque Dios ha prometido perdonar al hombre que confiesa su pecado y lo abandona.

Imaginen que un acreedor tiene un deudor que le debe mil libras esterlinas. Va a visitarlo, y le dice: "exijo mi dinero." "Pero," responde el otro, "yo no le debo nada." Ese hombre sería arrestado y arrojado en prisión. Sin embargo, su acreedor le dice: "quiero tratar misericordiosamente contigo; haz una confesión franca, y yo te perdonaré toda la deuda." "Bien," responde el hombre, "yo en verdad reconozco que le debo doscientas libras esterlinas." "No," dice el acreedor, "eso no sirve de nada." "Bien, señor, yo confieso que le debo quinientas libras esterlinas;" y gradualmente llega a confesar que le debe mil libras esterlinas. ¿Hay algún mérito en esa confesión? No; pero sin embargo, podrían ver que ningún acreedor pensaría en perdonar una deuda que no ha sido reconocida.

Es lo menos que ustedes pueden hacer, reconocer su pecado; y aunque no haya ningún mérito en la confesión, sin embargo, fiel a Su promesa, Dios les otorgará el perdón por medio de Cristo. Ese es un consejo. Les ruego que lo acepten. No lo arrojen a los vientos; no se deshagan de él tan pronto salgan de Exeter Hall. Guárdenlo con ustedes, y que este día sea un día de confesiones para muchos de ustedes. Pero además, cuando hayan hecho una confesión, les suplico que renuncien al yo. Han estado descansando, tal vez, en alguna esperanza que se harán mejores a ustedes mismos, y que así alcanzarán la salvación. Desechen esa imaginación engañosa. Ustedes han visto al gusano de seda: teje, y teje, y teje, y luego muere allí donde ha tejido su sudario. Y sus buenas obras no están sino tejiendo un manto para sus almas muertas. No pueden hacer nada por medio de sus mejores oraciones, de sus mejores lágrimas, o de sus mejores obras, para merecer la vida eterna. Vamos, el cristiano que es convertido a Dios, les dirá que no puede vivir una vida santa por sí mismo. Si el barco en el mar no puede timonearse a sí mismo correctamente, ¿creen ustedes que la madera que está en el astillero se puede ensamblar por sí sola, para convertirse en un barco, y luego ser botada al mar y navegar a los Estados Unidos? Sin embargo, esto es precisamente lo que ustedes imaginan. El cristiano que es la hechura de Dios no puede hacer nada, y sin embargo, tú piensas que puedes hacer algo. Ahora, abandona *el yo*. Que Dios te ayude a tachar cada idea de lo que tú puedes hacer.

Luego, finalmente, y pido a Dios que les ayude en esto, mis queridos lectores, cuando hayas confesado tu pecado y hayas abandonado toda esperanza de salvación propia, ve al lugar donde Jesús murió en agonía. Ve entonces a meditar en el Calvario. Allí está clavado. Es la cruz ubicada en el centro de las tres. Me parece que le veo ahora. Veo Su pobre rostro enjuto, y Su semblante más desfigurado que el de cualquier otro hombre. Veo las gotas de sangre carmesí que todavía permanecen en Sus sienes traspasadas, señales de esa áspera corona de espinas. Ah, veo Su cuerpo desnudo, desnudo para Su vergüenza. Podemos contar cada uno de Sus huesos. Vean allí Sus manos rasgadas con el duro hierro, y Sus pies destrozados por los clavos. Los clavos han rasgado ampliamente Su carne. Allí está ahora no solamente el agujero que abrió el clavo, sino que el peso de Su cuerpo ha caído so-

bre Sus pies, y el hierro está desgarrando toda Su carne. Y ahora el peso de Su cuerpo pende de Sus brazos, y los clavos que están allí están desgarrando sus delicados nervios. ¡Escuchen! ¡La tierra está sobresaltada! Él clama: “Elí, Elí, ¿lama sabactani!” Oh, pecador, ¿hubo alguna vez un grito similar? Dios le ha abandonado. Su Dios ha cesado de abundar en gracia hacia Él. Su alma está muy triste, hasta la muerte. Pero, escuchen otra vez, Él clama: “Tengo sed.” ¡Denle agua! ¿Denle agua! Ustedes, mujeres santas, denle de beber. Pero no, Sus asesinos le torturan. Ellos ponen en Su boca vinagre mezclado con hiel: lo amargo con lo agrio, el vinagre y la hiel.

Por último, escúchalo, pecador, pues aquí está tu esperanza. Veo que inclina Su desfigurada cabeza. El Rey del cielo muere. El Dios que hizo la tierra se ha hecho hombre, y el hombre está a punto de expirar. ¡Escúchale! Clama: “Consumado es,” y entrega el espíritu. La expiación está terminada, el precio ha sido pagado, el sangriento rescate ha sido contado, el sacrificio es aceptado. “Consumado es.” Pecador, cree en Cristo. Arrójate en Él. Ya sea que te hundas o nades, tómallo para que sea tu todo en todo. Abraza con tus brazos temblorosos ese cuerpo sangrante. Siéntate a los pies de esa cruz, y siente sobre ti las gotas de la preciosa sangre. Y cuando salgan de aquí, que cada uno diga en sus corazones:

“Un gusano culpable, débil, indefenso,

Caigo sobre los brazos amables de Cristo,

Él es mi fortaleza y mi justicia,

Mi Jesús, y mi todo.”

Que Dios les conceda gracia por Jesucristo para que lo hagan. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo esté con todos ustedes, por siempre y para siempre. Amén y Amén.

⁴Spurgeon, C. H., & Román, A. (2008). *Sermones de Carlos H. Spurgeon*. Bellingham, WA: Logos Research Systems, Inc.

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Los Dos Advenimientos de Cristo

NO. 430

Sermón predicado la noche del domingo 22 de diciembre, 1861

por Charles Haddon Spurgeon

En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.” Hebreos 9:27, 28.

Hemos de comenzar advirtiendo el paralelo que plantea aquí el apóstol. Las palabras “y de la manera” y “así también” sugieren una comparación entre dos verdades cuya correspondencia se proponía establecer; la una, un hecho generalmente aceptado; la otra, un hecho que estaba ansioso de inculcar. Ahora ustedes notarán que dice: “está establecido para los hombres que mueran *una sola vez*,” y sólo una. Esto es una verdad innegable. La regla es universal; las excepciones son inapreciables. Una o dos personas habrían muerto dos veces; como, por ejemplo, Lázaro, y los demás que fueron resucitados de los muertos por Cristo. Estos, no podemos dudarlo, después de vivir otro poco, regresaron otra vez a la tumba.

Pero en general, hablando de la raza, “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez.” Los asuntos más grandes de la vida se realizan una sola vez. Nacemos naturalmente una vez; nacemos espiritualmente una vez; no hay dos nacimientos naturales, ni tampoco hay dos nacimientos espirituales. Vivimos en la tierra solamente una vez; recibiremos la sentencia final únicamente una vez, y entonces seremos recibidos en el gozo de nuestro Señor una vez para siempre, o echados de Su presencia una vez para no regresar nunca.

Ahora, una parte del paralelo del apóstol radica aquí. De la manera que los hombres mueren sólo una vez, así también Cristo murió sólo una vez. Como la ley requería una sola muerte, Jesucristo, habiendo ofrecido esa única muerte como rescate por Su pueblo, cumplió Su tarea. “Porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”: ese era el castigo; “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”: ese fue el pago. “El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte.” Eso es un *hecho*, el primero. “Pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado.” Eso es un *hecho*, el segundo.

Pero todavía no han recibido todo el peso de la comparación. Después de que el espíritu de un hombre ha estado una vez en la tierra, ha vivido su tiempo, y el cuerpo ha muerto, su alma ha de visitar otra vez esta tierra, pues “Después de esto el juicio”. Todo hombre tendrá dos advenimientos: el advenimiento del que disfruta ahora o que usa ahora indebidamente sobre la tierra; y el advenimiento que espera más allá del presente curso de probación.

Después de que el hombre hubiere descendido a la tumba vendrá aquí otra vez; sus huesos se volverán a unir, cada hueso con su correspondiente; la carne cubrirá el esqueleto y el espíritu regresará, ya sea del cielo en el que se regocia, o del infierno donde aulla, para ocupar el cuerpo una vez más y estar en la tierra. Todos hemos de venir aquí otra vez.

¿Qué pasaría si el lugar que ahora nos conoce no nos conociera nunca más? No obstante eso, en algún lugar de esta tierra estaremos. ¿Qué sucedería si fuéramos incapaces de reconocer alguna semejanza entre eso y el lugar en el que vivíamos, e incapaces de reconocer alguna semejanza entre nosotros y lo que éramos antes? No obstante eso, hemos de regresar aquí para recibir la sentencia dictada.

Ahora, lo mismo sucede con Cristo. Él murió una vez, y ha de venir una segunda vez. Una segunda vez Su cuerpo ha de estar sobre la tierra. ¡Y después de la muerte, el juicio! Sólo que cuando decimos que Cristo vendrá, Él vendrá, no para ser juzgado sino para ser el Juez. Después de la muerte, nuestra recompensa viene con nosotros; después de la muerte Su recompensa viene con Él. Después de nuestra muerte viene nuestra resurrección; la resurrección ya ha acontecido en Cristo. Cuando acontezca una resurrección tanto para el santo como para el pecador, tendrán lugar la audiencia final y el pronunciamiento de la sentencia. También Cristo vendrá para la postrera reunión de Sus elegidos y el final derrocamiento de Sus enemigos, y para Su coronación final, cuando sujete todo bajo Sus pies, y reine eternamente y para siempre.

Habiendo resaltado de esta manera el paralelo del texto, dejaré que sean ustedes quienes reflexionen sobre él. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez. Eso se ejecutó. La secuela es ahora señalada: aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.

Dedicaremos nuestro tiempo en esta noche,—y Dios nos conceda que lo invirtamos provechosamente—observando, primero, *la semejanza entre los dos advenimientos de Cristo*; segundo, *la desemejanza entre ellos*, que es un tema mucho más extenso, y luego haremos algunas observaciones *concernientes a nuestro interés personal en ambos advenimientos*.

I. El texto sostiene muy claramente que, así como estaremos aquí dos veces: una vez en una vida de probación, y una segunda vez en el día del juicio, así también Cristo estará aquí dos veces: una vez en Su vida de sufrimiento, y luego una segunda vez, en Su hora de triunfo, y LAS DOS VENIDAS DE CRISTO TIENEN ALGÚN GRADO DE SEMEJANZA.

Primero, las dos venidas son semejantes entre sí en el hecho de que *ambos son advenimientos personales*. Cristo vino la primera vez, no como un espíritu, pues un espíritu no tiene carne y huesos como Él tenía. Él era un ser que podía ser cobijado por el pecho de una madre; que podía ser sostenido por los brazos de un padre. Fue uno que pudo caminar después en Su propia persona al templo; uno que pudo llevar nuestros pecados en Su propio cuerpo sobre el madero.

Hemos acabado de una vez por todas con las necias ideas de algunos de los primeros herejes, que afirmaban que la apariencia de Cristo sobre la tierra no era sino la de un fantasma. Nosotros sabemos que Él estuvo aquí real, personal y físicamente en la tierra. Pero no está muy claro para algunas personas que Él ha de venir real, personal y literalmente, una segunda vez.

Yo sé que hay algunos individuos que se están esforzando para descartar un reino personal, pero según lo entiendo, el advenimiento y el reino están tan íntimamente ligados, que hemos de tener un advenimiento espiritual si hemos de tener un reino espiritual. Ahora, nosotros creemos y sostenemos que Cristo vendrá súbitamente una segunda vez para levantar a Sus santos en la primera resurrección; esto será el comienzo del gran juicio, y ellos reinarán con Él posteriormente. El resto de los muertos no vivirá sino hasta después de que terminen los mil años. Entonces se levantarán de sus tumbas al sonido de la trompeta, y su juicio vendrá y recibirán sentencia por los actos que hicieron en sus cuerpos.

Ahora, nosotros creemos que el Cristo que se sentará en el trono de Su padre David, y cuyos pies estarán sobre el Monte del Olivar, es un Cristo tan personal como el Cristo que vino a Belén y lloró en el pesebre. Nosotros creemos efectivamente que el propio Cristo cuyo cuerpo colgó sobre el madero se sentará sobre el trono; que la propia mano que sintió el clavo, sostendrá el cetro; que el propio pie que fue clavado a la cruz, aplastará el cuello de Sus enemigos. Nosotros esperamos el advenimiento personal, el reino personal, la audiencia personal y el juicio final de Cristo.

Los dos advenimientos no son menos semejantes en el hecho de que *ambos serán de acuerdo a la promesa*. La promesa de la primera venida de Cristo alegraba a los primeros creyentes. “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó.” El epitafio grabado sobre las losas que cubrían los sepulcros de los antiguos santos, tiene inscrita esta leyenda: “Murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos.”

Y hoy nosotros creemos que Cristo ha de venir de acuerdo a la promesa. Creemos que tenemos una abundante evidencia en las palabras que fueron expresadas por los labios de los inspirados profetas y videntes, y más especialmente en las palabras procedentes de la extasiada pluma de Juan en Patmos. ¿Acaso no testifican que Cristo ha de venir en verdad?

Nosotros ahora, al igual que Abraham, en efecto vemos Su día. Nuestros ojos captan el esplendor venidero. Nuestra alma se encuentra sobrecogida por la gloria que se aproxima. ¿Esperaba el judío al Mesías, al Príncipe? Nosotros también lo esperamos. ¿Esperaba el judío que reinara? Nosotros también esperamos que reine. De hecho, el mismo Príncipe esperado ahora por Israel en toda la dureza de su corazón, es el que esperamos nosotros. Ellos dudan del primer advenimiento del Mesías, y esperan que venga como el señalado entre diez mil, el Príncipe de los Reyes de la tierra. ¡Salve, Israel! En esto tus hermanos gentiles están de acuerdo. Tus hermanos gentiles esperan Su llegada en la misma forma y manera, y cuando Su llegada haya quitado las escamas de los ojos ciegos de los miembros las tribus de Israel, entonces la plenitud de los gentiles, conjuntamente con la simiente de Abraham, alabará y engrandecerá al Cordero que fue una vez inmolado, y que viene la segunda vez como el León de la tribu de Judá. Nosotros creemos que en ambos casos, el advenimiento de Cristo está plenamente prometido.

Pero hemos de notar, a continuación, que el segundo advenimiento de Cristo será semejante al primero *en que será inesperado para la vasta mayoría del pueblo*. Cuando vino anteriormente, sólo había unos cuantos que le esperaban. Simeón y Ana y algunas humildes almas semejantes, sabían que estaba a punto de llegar. Los otros sabían que los patriarcas y los profetas de su nación habían profetizado Su nacimiento; pero la vanidad de sus pensamientos, y la conducta de sus vidas discrepaban tanto del credo en el que habían sido educados, que no le otorgaban ninguna importancia. Los magos llegaron del distante oriente, y los pastores se presentaron de las llanuras vecinas, pero cuán poco impacto generó en las calles de la atareada Jerusalén, en los salones de los reyes, y en las casas de comercio.

El reino de Dios no vino con observación. El Hijo del Hombre no vino en tal honor como en el que pensaron que vendría. Y ahora, aunque tenemos las palabras de la Escritura que nos aseguran que Él vendrá pronto, y que Su recompensa viene con Él, a pesar de ello, ¡cuán pocos le están esperando!

La llegada de algún Príncipe extranjero o la proximidad de algún grandioso evento se esperan y se anticipan desde la misma hora en que el propósito es promulgado entre la gente. Pero en cuanto a Tu venida, Jesús, a Tu glorioso advenimiento, ¿dónde están los que esfuerzan sus ojos para captar los primeros rayos del sol naciente? Hay unos cuantos de Tus seguidores que esperan Tu aparición. Nos

encontramos con unos cuantos individuos que saben que el tiempo es breve, y que el Señor puede venir al canto del gallo, o a la medianoche o al despuntar el alba. Conocemos a unos cuantos discípulos amados que con corazones anhelantes pasan las tediosas horas de espera, mientras preparan cánticos para recibirte, ¡oh Emanuel!

“Extranjeros en la tierra, te esperamos;

Oh, abandona el trono del Padre,

Ven con un grito de victoria, Señor,

Y reivindicarnos como propiedad Tuya.

No buscamos un lugar de reposo en la tierra,

No vemos nada de hermosura,

Nuestra mirada está fija en el trono real,

Preparado para nosotros y para Ti.”

¡Señor, incrementa el número de los que esperan en Ti, y desean, y oran, y están atentos, y vigilan a lo largo de las monótonas horas de la noche, en espera de la mañana que anuncie Tu llegada!

Sin embargo, observen que cuando Él venga, habrá que decir esto al respecto: que *Él vendrá para bendecir a quienes efectivamente le esperan de igual manera que lo hizo al principio*. Bienaventurados fueron los ojos que lo vieron; bienaventurados fueron los corazones que lo amaron; bienaventurados fueron los oídos que lo oyeron; bienaventurados fueron los labios que lo besaron; bienaventurados fueron las manos que quebraron el frasco de alabastro para tributo de Su gloriosa cabeza. Y bienaventurados serán quienes sean considerados dignos de la resurrección y del reino que ha preparado. Bienaventurados aquellos que, habiendo sido nacidos del Espíritu pueden ver el reino de Dios; pero doblemente bienaventurados son aquellos que, habiendo sido nacidos de agua y del Espíritu, entrarán en el reino de Dios.

Pues no a todo el mundo le es dado esto. Hay algunos que todavía no ven el reino, y otros que no pueden entrar porque no obedecen la ordenanza que los convierte en discípulos de Cristo. Triplemente bienaventurados serán aquellos que, con sus lomos ceñidos, siendo siervos obedientes y habiendo hecho Su voluntad, le oirán decir: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.” Él viene para bendecir a Su pueblo.

Pero, luego, hay una semejanza adicional, y con su mención, concluyo este primer punto: Él viene, no únicamente para bendecir a Su pueblo, sino para *ser piedra de tropiezo y roca que hace caer para aquellos que no creen en Él*. Cuando Él vino la primera vez, Él fue como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Así como el fuego purificador quema la escoria, así consumió Él a los fariseos y saduceos; y así como el jabón de lavadores limpia la inmundicia, así lo hizo Él con esa generación cuando la condenó,—como el profeta Jonás lo hizo con los hombres de Nínive—pues condenó a los hombres de Jerusalén debido a que no se arrepintieron.

Así también, cuando venga la segunda vez, a la par que bendecirá a Su pueblo, Su aventador estará en Su mano, y limpiará Su era, y recogerá el trigo en Su granero, y quemará la paja en el fuego que nunca se apagará.

No anhelan la venida de Cristo si no le aman, pues el día del Señor será para ustedes tinieblas y no luz. No pidan el fin del mundo; no digan: “Ven pronto”, pues Su venida será la destrucción de ustedes; Su advenimiento será la llegada del horror eterno para ustedes. Que Dios nos conceda amar

al Salvador y poner nuestra confianza en Él; pero sólo hasta entonces podremos decir: “¡Ven pronto, ven pronto, Señor Jesús!”

II. Ahora vamos a referirnos a la segunda parte de nuestro tema, LA DESEMEJANZA ENTRE LOS DOS ADVENIMIENTOS.

En las profecías de *Su venida* la primera y la segunda vez, hubo una disparidad así como también una correspondencia. Es cierto que en ambos casos Él vendrá acompañado por ángeles, y el cántico será: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Es cierto que en ambos casos los pastores que guardan sus rebaños incluso por la noche, se contarán entre los primeros en aclamarlo con ojos insomnes; bienaventurados son los pastores que vigilan los rebaños de Cristo y que por tanto verán al Grandioso Pastor cuando venga. Sin embargo, cuán diferente será Su venida, yo digo. Al principio vino como un infante de un palmo de longitud; ahora vendrá siendo el Glorioso:

“Ceñido con guirnalda de arcoíris y nubes de tormenta.”

Entonces entró en un pesebre; ahora ascenderá a Su trono. Entonces se sentó sobre las rodillas de una mujer, y descansó en el pecho de una mujer; ahora la tierra estará a Sus pies y el universo entero descansará en Sus hombros eternos. Entonces pareció un infante; ahora el infinito. Entonces nació para experimentar aflicciones como chispas que vuelan a lo alto; ahora viene para gloria como el rayo de un extremo del cielo hasta el otro. Un establo lo recibió entonces; ahora los altos arcos de la tierra y del cielo serán demasiado pequeños para Él. Bueyes de largos cuernos fueron entonces Sus compañeros, pero ahora los carros de Dios que son veinte mil, incluyendo miles de ángeles, estarán a Su diestra. Entonces, en pobreza, Sus padres estuvieron muy contentos de recibir las ofrendas de oro, incienso y mirra; pero ahora, en medio de esplendor, Rey de reyes y Señor de señores, todas las naciones se inclinarán ante Él, y reyes y príncipes le rendirán homenaje a Sus pies. Aun así, Él no necesitará nada de mano de ellos, pues podrá decir: “Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti, porque míos son los millares de animales en los collados.” “Todo lo pusiste debajo de sus pies: ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo.” “De Jehová es la tierra y su plenitud.”

Ni tampoco habrá una simple diferencia en Su venida; habrá una muy clara y evidente diferencia en *Su persona*. Él será el mismo, de tal manera que seremos capaces de reconocerlo como el Hombre de Nazaret, pero, ¡oh, cuán cambiado! ¿Dónde está ahora el vestido de obrero? La realeza se ha puesto ahora su manto de púrpura. ¿Dónde están ahora los pies cansados de caminar que necesitaban ser lavados después de sus largas jornadas de misericordia? Ahora esos pies calzan sandalias de luz y son “semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno.” ¿Dónde está ahora el clamor: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas Yo, el Hijo del Hombre no tengo dónde recostar mi cabeza”? El cielo es Su trono; la tierra es Su estrado.

Me parece que en visiones nocturnas contemplo el despuntar del día. Y al Hijo del Hombre le es dado “dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran.” ¡Ah!, quién pensaría reconocer en el hombre cansado y lleno de dolores, al Rey eterno, inmortal, invisible. Quién pensaría que el humilde hombre, despreciado y rechazado, era el trigo para siembra del cual crecería grano lleno en la espiga, Cristo todo glorioso, delante de Quien los ángeles velan Sus rostros y claman: “¡Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso!”

¡Él es el mismo, y, sin embargo, cuán cambiado está! Ustedes que lo despreciaban, ¿lo despreciarían ahora? Imaginen que el día del juicio ha llegado, y supongan que esta vasta audiencia representa la reunión de la última terrible mañana. ¡Ahora ustedes que despreciaban Su cruz, pasen al frente e

insulten Su trono! ¡Ahora ustedes que decían que era un simple hombre, acérquense y resístanle, mientras Él les demuestra que es su Creador! Ahora ustedes que decían: “no queremos que este hombre reine sobre nosotros”, díganlo ahora si se atreven; ¡repitan ahora, si se atreven, su desafío presuntuoso! ¡Cómo!, ¿se quedan callados? ¿Dan la vuelta y huyen? En verdad, en verdad, eso se dijo de ustedes en el pasado. Los que le odian huirán delante de Él. Sus enemigos lamerán el polvo. Gritarán a las rocas que los cubran y a los montes que los escondan de Su rostro. Cuán cambiado, repito, estará Él en la apariencia de Su persona.

Pero la diferencia será más aparente *en el tratamiento que recibirá entonces*. Ay, Señor mío, Tu recibimiento en la tierra la primera vez no fue tal que te motivara a regresar aquí. “Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: se encomendó a Jehová; líbrele él; sálvele puesto que en él se complacía; me he convertido en vituperio, en la canción del bebedor; me han puesto por burla y escarnio.” “Le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos.” Esta era la opinión del mundo acerca del Ungido de Dios. Así saludaron al Cristo de Jehová cuando vino la primera vez.

Mundo ciego, abre tus ojos mientras los terribles truenos del juicio te sobresaltan de terror y de asombro, y mira a tu alrededor. Este es el hombre en quien no podías ver belleza; ¿te atreverías a decir lo mismo de Él ahora? Tiene ojos como llamas de fuego y de Su boca sale una espada aguda; el pelo de Su cabeza como lana limpia y Sus pies semejantes al oro bruñido. ¡Cuán glorioso es ahora! ¡Cuán diferente es ahora la opinión del mundo acerca de Él! Los malvados lloran y se lamentan por causa de Él. Los piadosos claman: “¡Salve! ¡Salve! ¡Salve!”, y aplauden, e inclinan sus cabezas, y saltan de gozo. A Su alrededor un innumerable grupo de ángeles espera; querubines y serafines con ruedas ardientes le sirven a Sus pies, y alzan siempre su voz a Él, continuamente, continuamente, continuamente, diciendo: “Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso.”

Supongamos de nuevo que el día del juicio ha llegado, y retemos al mundo a que trate al Salvador como lo hizo antes. ¡Entonces, ahora, muchedumbres, arrástrénle para despeñarle desde la cumbre del monte! Den un paso al frente, ustedes fariseos, y tíéntenle y procuren enredarlo en Sus palabras. Herodianos, ¿acaso no tienen ahora un centavo para que puedan hacerle una pregunta difícil para atraparlo? Qué, saduceos, ¿no les queda ningún acertijo? ¡Ajá! ¡Ajá!, ríanse de los escribas y de los hombres sabios; vean cómo el Hombre sabio de Nazaret los ha confundido a todos ellos. ¡Miren cómo el Sufridor ha reducido a nada a los perseguidores! ¡Vamos, Judas, architraidor, véndelo por treinta piezas de plata! ¡Pilato, da un paso al frente y lava tus manos en inocencia y di: “inocente soy yo de la sangre de este justo”! Pongan atención, ustedes padres del Sanedrín, despierten de sus largos sueños y digan otra vez, si se atreven, “Este blasfema”. Soldados, hiéranlo en la mejilla; pretorianos, denle otra vez de puñetazos. Siéntenlo una vez más en la silla y escúpanle el rostro. Tejan su corona de espinas y cíñanla sobre Su cabeza, y pongan la caña en Su diestra. ¡Cómo!, ¿no tienen un viejo manto para arrojarlo nuevamente sobre Sus hombros? ¡Qué!, ¿ya no tienen cantos, ni burlas obscenas, y no hay nadie entre ustedes que se atreva a arrancarle Sus cabellos?

No, ¡véanlos cómo huyen! Sus lomos no están ceñidos; los escudos de los valientes han sido arrojados a los vientos. El valor les ha faltado; los valerosos romanos se han vuelto cobardes, y los fuertes toros de Basán se han alejado presurosamente de sus pastos. Y ahora, ustedes que son judíos, clamen: “¡Muera!”, digan que quieren que Su sangre sea sobre ustedes y sobre sus hijos. Ahora pasen al frente, ustedes que conforman la cuadrilla de libertinos, y burlense de Él como lo hicieron cuando estaba sobre la cruz. Señalen Su heridas; escarnezcan Su desnudez; burlense de Su sed; denigren Su oración;

párense y saquen sus lenguas e insulten Sus agonías si todavía se atreven. ¡Ustedes lo hicieron una vez; se trata de la misma persona; háganlo otra vez!

Pero no; caen postrados sobre sus rostros y un gemido se eleva de la muchedumbre congregada, de naturaleza tal, que no se había escuchado jamás en la tierra, ni siquiera en el día en el que los hijos de Egipto sintieron la espada del ángel; y, un llanto peor que el que se conoció en Boquim; y lágrimas más amargas que las que Raquel derramó cuando no quiso ser consolada por sus hijos.

Sigan llorando, aunque ahora es demasiado tarde para su aflicción. ¡Oh!, si hubiera habido una lágrima de penitencia antes, no existiría el remordimiento que gime ahora. ¡Oh!, si hubiera habido la mirada del ojo de la fe, no habría la marchitez y el asolamiento de sus ojos con horrores que los consumirán por completo. Cristo viene, repito, para ser tratado de manera muy diferente del tratamiento que recibió anteriormente.

La diferencia se presenta una vez más en esto: *Él vendrá de nuevo con un propósito muy diferente*. Él vino la primera vez así: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado.” Él viene una segunda vez para reclamar la recompensa y para repartir despojos con los fuertes. Él vino la primera vez con una ofrenda por el pecado; habiendo presentado esa ofrenda una vez, ya no hay más sacrificio por el pecado. Él viene la segunda vez para administrar justicia. Él fue justo en Su primera venida pero era la justicia de la obediencia. Él será justo en Su segunda venida con la justicia de la supremacía. Él vino para sufrir el castigo; Él viene para obtener la recompensa. Él vino para servir; Él viene para gobernar. Él vino para abrir de par en par las puertas de la gracia; Él viene, no para salvar, sino para pronunciar la sentencia; no para llorar mientras invita, sino para sonreír mientras recompensa; no para temblar en el corazón mientras proclama la gracia, sino para hacer temblar a otros mientras declara su condenación. ¡Oh, Jesús, cuán grande es la diferencia entre Tus dos advenimientos!

III. Ahora debo dedicar los pocos minutos que restan a HACER UNAS CUANTAS PREGUNTAS.

¿Qué tiene que ver esto con nosotros? Tiene algo que ver con cada uno de nosotros, desde el calvo más anciano hasta el sonrosado niño que nos está escuchando con ojos sorprendidos ante el pensamiento que Cristo vendrá, y que todo ojo le verá. Hay muchos espectáculos que únicamente unos cuantos entre los hijos de los hombres pueden ver, pero todo ojo le verá a *Él*. Muchos de nosotros nos habremos ido de esta tierra cuando la siguiente gran exhibición sea vista en Londres, pero todo ojo le verá a *Él*.

Puede haber algunos grandiosos espectáculos por los que no sientan ningún interés; no los verían si pudieran evitarlo, pero a *Él* sí lo verán. Podrías no asistir a ningún lugar de adoración para oírlo, pero le verás. Tal vez asististe a la casa de Dios algunas veces, y cuando te encontrabas allí, hiciste votos de no regresar nunca. ¡Ah!, pero allí estarás en aquel momento, sin que se te pregunte tu preferencia. Y tendrás que permanecer hasta la conclusión, hasta que *Él* pronuncie sobre tu cabeza ya sea la bendición o la maldición. Pues todo ojo le verá. No habrá ninguno de nosotros que estará ausente en el día en que Cristo aparezca; entonces todos tenemos un interés en ello.

¡Ay, es un pensamiento aflictivo que muchos le verán para llorar y lamentar! ¿Te encontrarás dentro de ese número? No, no mires a alrededor tuyo, a tu vecino: ¿te encontrarás *tú* entre ese número? ¡Ay de ti! Si nunca lloras por el pecado en la tierra, estarás entre ellos. Si no lloras por el pecado en la tierra, llorarás por el pecado allí; y, fíjate, si no vuelas a Cristo y confías en *Él ahora*, estarás obligado a huir de *Él* y ser maldecido por *Él entonces*. “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene”; ¡maldito con un anatema! Pablo dijo eso. En el nombre de la Iglesia, por medio de su apóstol más amoroso y tierno, el alma que no ama a Cristo es maldecida. En aquel día el cielo ha de

ratificar solemnemente la maldición con un “Amén”; y el día del juicio trae sus truenos que retumbarán con terribles coros el sonido: “Amén; el que no amare al Señor Jesucristo, sea maldito.”

Pero habrá algunos allí que, cuando Cristo venga, se regocijarán grandemente de verle. ¿Estarás tú entre ese número? ¿Habrá una corona para ti? ¿Participarás de ese magnífico triunfo? ¿Serás un miembro de esa corte real que se deleitará y “verá al Rey en su hermosura” en “la tierra que está lejos”?

Hermana, ¿estarás entre las hijas de Jerusalén que saldrán a recibir al Rey Salomón con la corona que su madre le coronó el día de sus esponsales? Hermano, ¿estarás entre aquellos que saldrán a recibir al Rey cuando venga acompañado de: “Hosanna; Bendito el que viene en el nombre del Señor”?

“Así lo espero”, afirma uno. Yo así lo espero también, pero, ¿estás seguro? “Bueno, pues yo lo espero”. No te contentes con tener una esperanza a menos que sepas que es una buena esperanza por medio de la gracia. ¿Qué dices esta noche: has nacido de nuevo? ¿Has pasado de muerte a vida? ¿Eres una nueva criatura en Cristo Jesús? ¿Ha tenido el Espíritu de Dios algún trato contigo? ¿Has sido conducido a ver la falacia de toda confianza en lo humano? ¿Has sido conducido a ver que ninguna buena obra tuya puede hacerte idóneo para reinar con Cristo? ¿Has sido conducido a desechar tu justicia como trapos inmundos? Alma, ¿podrías decir el día de hoy?:

“Mi fe en verdad apoya su mano

Sobre esa amada cabeza Tuya;

Y allí como un penitente permanezco,

Y confieso mi pecado.”

¿Podrías decir humildemente, débilmente, pero aun así, sinceramente: “Cristo es mi todo; Él es todo lo que deseo en la tierra; Él es todo lo que necesito para el cielo”? Si así fuera, entonces anhela Su venida, pues le verás, y serás glorificado en Él. ¡Pero si no pudieras decir eso!

Nos estamos acercando al fin del año. Esta es la última vez que tendré el placer de dirigirme a ustedes en este año. ¡Oh, que el Señor trajera más personas en la última semana del año que en todas las semanas que han pasado! Es posible; nada es demasiado difícil para Dios. Ciertamente sucederá eso si el Señor despierta sus corazones, hermanos y hermanas, a orar por ello.

¿Acaso no hay jóvenes aquí que todavía no son seguidores del Cordero? ¡Oh, que esta noche, que esta misma noche, el Espíritu de Dios diga a sus corazones: “Volveos, volveos ¿por qué moriréis?”! Y, ¡oh!, que sean conducidos a estar tan intranquilos, que esta noche sean incapaces de dar descanso a sus ojos ni sueño a sus párpados, hasta no haber puesto su confianza en Cristo, y que Él les pertenezca.

Probablemente mañana oirán las armas señalando el momento en el que las cenizas del Príncipe sean colocadas en su lugar de descanso. Que cada disparo sea un sermón para ustedes, y cuando su corazón esté resonando con violencia, que este sea su mensaje:

“Preséntate al juicio,

Preséntate al juicio; ven presto.”

Y que puedan ser capaces de responder conforme oigan ese mensaje: “sí, bendito sea Dios, no tengo miedo de presentarme al juicio, pues:

“Osado estaré en aquel grandioso día;

¿Ya que quién podría acusarme de algo?

Pues, a través de Tu sangre absuelto soy,

De la tremenda maldición y vergüenza del pecado.”

Recuerden que la salvación es por Cristo; no por obras, ni por la voluntad de varón, ni por la sangre, ni por nacimiento; y este es el mensaje que Cristo nos ordena entregar: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¡Oh!, que fueran conducidos a invocar Su nombre por medio la oración y la fe humilde, y serán salvos. “El que en él cree, no es condenado.” ¡Oh!, que creyeran en Él esta misma noche si no lo hubiesen hecho anteriormente. Toca el borde de Su manto, tú que padeces de flujo de sangre. Di: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”, tú que estás ciego. Di: “¡Señor, sálvame, que perezco!”, tú que estás a punto de ahogarte. Y los oídos atentos de Jesús, y las manos prestas del Salvador oirán ahora y bendecirán si el corazón está listo, y si el alma está pidiendo misericordia. Que Dios les conceda las más ricas bendiciones de Su gracia por Cristo nuestro Señor. Amén.

Nota agregada al final del sermón:

‘Tal vez sería impropio desearles desde el púlpito “las felicitaciones de la estación”, pero yo en verdad les deseo la bendición de Dios en todas las estaciones, a tiempo y fuera de tiempo, y esa es mi bendición para ustedes esta noche, que reciban la bendición de Dios mientras vivan, y Su bendición cuando mueran; Su bendición en Su advenimiento, y Su bendición en el juicio. Que el Señor los bendiga más y más; que les conceda una feliz Navidad y el más feliz de los años nuevos, y a Él sea toda la alabanza y la honra.’

5

⁵Spurgeon, C. H., & Román, A. (2008). *Sermones de Carlos H. Spurgeon*. Bellingham, WA: Logos Research Systems, Inc.

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

“Dios con Nosotros”

NO. 1270

Un sermón predicado la mañana del Domingo 26 de Diciembre, 1875.

por Charles Haddon Spurgeon

En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros.” Mateo 1:23.

Esa palabra, “traducido,” es una dulce salutación para mi oído. ¿Por qué es necesario que la palabra hebrea “Emanuel,” sea traducida? ¿Acaso no fue para mostrar que se refiere también a nosotros los gentiles, y por tanto, debe ser traducida necesariamente a uno de los idiomas principales del mundo gentil de aquel entonces, es decir, el griego? Esta palabra “traducido” usada en el nacimiento de Cristo, y los tres idiomas empleados en el título que pusieron sobre la cruz en su muerte, muestran que Él no es únicamente el Salvador de los judíos, sino que también lo es de los gentiles.

Caminando por el muelle de Marsella, observaba los barcos reunidos en el puerto, procedentes de todas las naciones, y me interesé mucho por las inscripciones que vi sobre los talleres y las tiendas. Los anuncios de refrescos o de bienes en general que se podían comprar allí, no solamente estaban escritos en francés, sino también en inglés, en italiano, en alemán, en griego, y a veces en ruso y en sueco. En los talleres de los fabricantes de velas, de los constructores de barcos, de los comerciantes del hierro, o de los distribuidores en las tiendas de barcos, podías leer un anuncio políglota, exponiendo la información a hombres de diversas tierras. Esta era una clara indicación que personas de todas las naciones estaban invitadas a entrar y comprar. Se esperaba que viniesen, y se les informaba que sus necesidades peculiares podían ser satisfechas.

“Traducido” debe significar que diferentes naciones están involucradas. Tenemos el texto expresado primero en el hebreo “Emanuel,” y luego es traducido a la lengua gentil, “Dios con nosotros;” “siendo interpretado,” para que sepamos que somos invitados, que somos bienvenidos, que Dios ha visto nuestras necesidades y ha provisto para ellas, y que ahora podemos venir libremente, inclusive nosotros que éramos pecadores pertenecientes a los gentiles, y que estábamos muy alejados de Dios. Preservemos ambas formas del nombre precioso con amor reverente, y esperemos el feliz día en el que nuestros hermanos judíos unan su “Emanuel” con nuestro “Dios con nosotros.”

Nuestro texto habla de un *nombre* de nuestro Señor Jesús. Se dice, “Y llamarás su nombre Emanuel.” En estos días ponemos a los hijos nombres que no tienen un significado particular. Tal vez son los nombres del padre o de la madre o de algún pariente respetado, pero como regla general, los nombres de nuestros hijos no tienen un significado en especial. No sucedía así en los tiempos antiguos. Entonces los nombres significaban algo. Los nombres que aparecen en la Escritura, como una regla general, contienen una enseñanza, y este es el caso especial de cada nombre atribuido al Señor Jesús. En relación a Él, los nombres indican cosas. “Y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz,” porque realmente Él es todas esas cosas. Su nombre es llamado Jesús, pero no sin un motivo. Con cualquier otro nombre, Jesús no sería tan dulce, pues ningún otro nombre podría describir adecuadamente Su grandiosa obra de salvar de sus pecados a Su pueblo. Cuando se dice de Él, que es llamado esto o lo otro, significa realmente que lo es. No estoy consciente que en ninguna otra parte del Nuevo Testamento, nuestro Señor sea llamado otra vez

Emanuel. No encuentro que Sus apóstoles ni ninguno de Sus discípulos le llamen literalmente con ese nombre; pero descubrimos que de hecho todos ellos lo hacen, pues hablan de Él como “Dios fue manifestado en carne,” y dicen, “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.” Ellos no usan esa propia palabra, pero la interpretan con frecuencia y nos dan traducciones libres e instructivas, cuando proclaman el sentido del augustísimo título y nos informan de diversas maneras lo que significa que Dios esté con nosotros en la persona del Señor Jesucristo. Es un glorioso hecho de la más alta importancia, que debido a que Cristo nació en el mundo, Dios está con nosotros.

Pueden dividir el texto, si quieren, en dos porciones: “Dios,” y luego “Dios con nosotros.” Debemos reflexionar con igual énfasis en cada palabra. No dudemos ni por un momento de la Deidad de nuestro Señor Jesucristo, pues Su Deidad es una doctrina fundamental de la fe cristiana. Puede ser que nunca entendamos plenamente cómo Dios y el hombre se puedan unir en una persona, pues ¿quién puede encontrar a Dios mediante la investigación? Estos grandes misterios de la piedad, estas cosas que representan “aun lo profundo de Dios,” están más allá de nuestra medida: nuestra pequeña barquichuela podría perderse si nos aventuráramos tan lejos en este vasto e infinito océano, como para perder de vista la costa de la verdad claramente revelada. Que permanezca como asunto de fe que Jesucristo, el que yació en un pesebre en Belén, y fue cargado por los brazos de una mujer, y vivió una vida de sufrimiento y murió sobre una cruz de malhechor, fue, sin embargo, “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos,” “quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder.” Él no era un ángel; el apóstol lo ha demostrado abundantemente en el primero y segundo capítulos de la Epístola a los Hebreos: no podría haber sido un ángel, pues le son dispensados honores que nunca les fueron reconocidos a los ángeles.

Él no era una deidad subordinada o un ser elevado a la Deidad, como lo han supuesto absurdamente algunos. Todas estas cosas son sueños y falsedades; Él fue tan ciertamente Dios como puede serlo Dios, uno con el Padre y el siempre bendito Espíritu. Si no fuera así, no solamente desaparecería la gran fortaleza de nuestra fe, sino que en lo relativo a este texto, su dulzura se evaporaría completamente. La propia esencia y gloria de la encarnación es que Él es Dios que fue cubierto con el velo de carne humana: si hubiese sido cualquier otro ser que viniera así a nosotros en carne humana, no vería nada notable en ello, ni ciertamente nada que nos consolara. Que un ángel se convierta en un hombre no es un asunto de grandes consecuencias para mí: que algún otro ser superior asuma la naturaleza de hombre, no trae gozo a mi corazón, ni abre un pozo de consuelo para mí. Pero “Dios con nosotros” es un deleite exquisito. “Dios con nosotros”: todo lo que “Dios” significa, la Deidad, el infinito Jehová con nosotros; esto, esto es digno del estallido del cántico de medianoche, cuando los ángeles sorprendieron a los pastores con sus villancicos, cantando “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Esto fue digno del conocimiento anticipado de los videntes y de los profetas, digno de una nueva estrella en los cielos, digno del cuidado que ha manifestado la inspiración para preservar el registro. Esto, también, fue digno de las muertes por martirio de los apóstoles y de los confesores que no consideraron valiosas sus vidas por causa del Dios encarnado; y esto, hermanos míos, es digno el día de hoy de sus más denodados esfuerzos para difundir las buenas nuevas, digno de una vida santa para demostrar su poder consolador.

Aquí tenemos la primera verdad de nuestra santa fe: “Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne.” El que nació en Belén es Dios, y “Dios con nosotros.” Dios, allí se encuentra la majestad; “Dios con nosotros,” allí se encuentra la misericordia. *Dios*: aquí hay gloria; “*Dios con nosotros*,” aquí hay gracia. Dios a secas podría sobrecogernos de terror; pero “Dios con nosotros” nos inspira esperanza y confianza. Tomen mi texto como un todo, y cárguenlo

en sus pechos como un manojo de dulces especias que perfumen sus corazones con paz y gozo. Que el Espíritu Santo los abra a la verdad, y abra la verdad para ustedes. Con mucho gozo les diré en las palabras de uno de nuestros poetas:

“Con el velo de la carne vean a la Deidad;

¡Salve, a la Deidad encarnada!

Le agradó como hombre aparecerse a los hombres,

Jesús nuestro Emanuel aquí.”

Primero, *admiremos esta verdad; luego considerémosla con mayor detenimiento; y después de eso esforcémonos personalmente para hacerla nuestra.*

I. ADMIREMOS ESTA VERDAD. “Dios con nosotros.” Quedémonos a una distancia reverente de ella, como Moisés se quedó retirado cuando vio a Dios en la zarza, y se quitó el calzado de sus pies, sintiendo que el lugar que pisaba tierra santa era. Este es un hecho maravilloso, Dios el Infinito una vez moró en el frágil cuerpo de un niño, y acampó en la forma sufriente de un hombre humilde. “Dios estaba en Cristo.” “Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres.”

Observen, en primer lugar, la maravilla *de condescendencia* contenida en este hecho, que Dios, que hizo todas las cosas, asumiera la naturaleza de una de Sus propias criaturas. Que Quien existe por Sí mismo se uniera al ser dependiente y subordinado, y que el Todopoderoso se vinculara al débil y al mortal. En el caso que tenemos delante de nosotros, el Señor descendió al propio fondo de la humillación, y constituyó una alianza con una naturaleza que no ocupaba el lugar principal en la escala de la existencia. Ya hubiera sido una gran condescendencia que el infinito e incomprensible Jehová hubiera asumido la naturaleza del algún noble ser espiritual, tal como un serafín o un querubín; la unión de lo divino con un espíritu creado habría sido un abatimiento inmensurable, pero que Dios fuera uno con el hombre es mucho más. Recuerden que en la persona de Cristo la humanidad no era meramente espíritu vivificante, sino también carne y sangre que sufría, que padeció hambre, y que murió. Él tomó para Sí toda esa condición material que conforma un cuerpo, y un cuerpo, después de todo, no es sino el polvo de la tierra, una estructura formada con los materiales que nos rodean. No hay nada en nuestra estructura corporal sino lo que puede ser encontrado en la sustancia de la tierra en la que vivimos. Nos alimentamos con lo que crece de la tierra, y cuando morimos regresamos al polvo de donde fuimos sacados una vez. ¿Acaso no es algo extraño que la parte más ordinaria de la creación, la parte más insignificante, este polvo de la creación, sea, a pesar de ello, tomado en unión con ese Ser puro, maravilloso, incomprensible y divino, del que sabemos tan poco, y del que no comprendemos nada? ¡Oh, la condescendencia que eso conlleva! Lo dejo para las meditaciones de sus momentos de quietud. Reflexionen en ello con temor reverente. Estoy persuadido que nadie tiene la menor idea de cuán maravillosa condescendencia fue que Dios habitara de esta manera en carne humana, y que fuera “Dios con nosotros.”

Sin embargo, para que sea más notable, deben recordar que la criatura, cuya naturaleza Cristo asumió, era un ser que había pecado. Puedo concebir con mayor facilidad que el Señor asumiera la naturaleza de una raza que nunca hubiera caído; pero, he aquí, la raza del hombre se rebeló contra Dios, y sin embargo, Cristo en verdad se hizo hombre, para librarnos de las consecuencias de nuestra rebelión, y elevarnos a algo más alto que nuestra pureza prístina. “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne.” “Oh, profundida-

des,” es todo lo que podemos decir, conforme miramos y nos maravillamos delante de esta condescendencia del amor divino.

Noten, a continuación, cuando ven esta maravilla desde la distancia, qué *milagro de poder* tenemos delante de nosotros. ¿Han pensado alguna vez en el poder manifestado cuando el Señor forma un cuerpo capaz de la unión con la Deidad? El Señor se encarnó en un cuerpo, que era verdaderamente un cuerpo humano, pero sin embargo, de alguna forma maravillosa, estaba preparado para soportar que la Deidad morara en él. El contacto con Dios es terrible; “El mira a la tierra, y ella tiembla; toca los montes, y humean.” Él pone Sus pies en Parán, y se derrite, y el Sinaí se disuelve en llamas de fuego. Esta verdad estaba grabada tan sólidamente en las mentes de los primeros santos, que decían de Él: “No me verá hombre y vivirá.” Y sin embargo, aquí había una humanidad que no solamente vio la faz de Dios, sino que fue habitada por la Deidad. ¡Qué estructura humana era esta en la que podía habitar la presencia de Jehová! “Mas me preparaste cuerpo.” Este era en verdad un cuerpo extrañamente formado, algo santo, un producto especial del poder del Espíritu Santo. Era un cuerpo como el nuestro, con nervios igualmente sensibles y músculos listos para ser ejercitados, con cada estructura formada tan delicadamente como las nuestras, y sin embargo Dios estaba en ese cuerpo. Era una frágil barca para soportar tal peso. ¡Oh, hombre Cristo, cómo pudiste soportar a la Deidad dentro de Ti! No sabemos cómo fue, pero Dios lo sabe. Adoremos esta ocultación del Todopoderoso en la debilidad humana, este contener lo incontenible, esta localización de lo Omnipresente. ¡Ay, no hago sino balbucear! ¿Qué son las palabras cuando tratamos con una verdad tan inefable? Baste decir que el poder divino fue visto maravillosamente en la existencia continuada de la condición material del cuerpo de Cristo, que de otra manera se habría consumido por el contacto prodigioso con la divinidad. Admiren el poder que habitó en “Dios con nosotros.”

Además, cuando reflexionen sobre el misterio, consideren qué *emblema de buena voluntad* debe ser esto para los hijos de los hombres. Cuando el Señor toma a la humanidad en unión Consigo mismo de esta manera sin par, debe significar algo bueno para el hombre. Dios no puede tener la intención de destruir esa raza que de esta manera une en matrimonio con Él. Un matrimonio como este, entre el hombre y Dios, debe significar la paz; la guerra y la destrucción no son nunca predichas de esta manera. Dios encarnado en Belén, siendo adorado por los pastores, no augura otra cosa sino “paz en la tierra y dulce misericordia.” Oh, ustedes que son pecadores que tiemblan al pensar en la ira divina, ustedes pueden levantar sus cabezas con jubilosa esperanza de misericordia y favor, pues Dios está lleno de gracia y misericordia hacia esa raza que distingue de tal manera por encima de todas las demás, tomándola en unión con Él. Tengan ánimo, oh hombres nacidos de mujer, y esperen bendiciones inenarrables “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado.”

Cuando contemplan los ríos, a menudo pueden identificar de dónde proceden, y la tierra sobre la cual han corrido, por su color: los ríos que fluyen desde los glaciares que se deshielan, son reconocidos de inmediato. Hay un texto relativo al río celestial que entenderán si lo contemplan bajo esta luz: “Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero.” Allí donde el trono es ocupado por la Deidad, y el Mediador designado, el Dios encarnado, el Cordero que una vez sangró, el río debe ser puro como el cristal, y un río, no de lava hirviente de ira devoradora, sino un río del agua de vida. Miren a “Dios con nosotros” y verán que las consecuencias de la encarnación deben ser agradables, provechosas, salvadoras y ennoblecedoras para los hijos de los hombres.

Les ruego que mantengan su mirada de admiración, y contemplen a Dios con nosotros una vez más, como una *garantía de nuestra liberación*. Somos una raza caída, estamos hundidos en el cieno, es-

tamos vendidos bajo el pecado, en servidumbre y esclavitud bajo Satanás; pero si Dios viene a nuestra raza, y desposa su naturaleza, entonces debemos ser levantados de nuestra caída, no puede ser posible que las puertas del infierno encierren a quienes tienen a Dios con ellos. Esclavos bajo el pecado y siervos de la ley, oigan la trompeta del jubileo, pues Uno ha venido entre ustedes, nacido de mujer y nacido bajo la ley, que es asimismo Dios poderoso, dado como garantía para liberarlos. Él es un Salvador grandioso: capaz de salvar, pues es Todopoderoso, y dado en garantía para hacerlo, pues se ha enlistado y se ha puesto la armadura para la batalla. El campeón de Su pueblo es Uno que no fracasará ni se desalentará hasta que la batalla esté completamente terminada y sea obtenida la victoria. Jesús, que desciende del cielo, es la garantía que llevará a Su pueblo al cielo, y Su adopción de nuestra naturaleza es el sello de que seremos elevados a Su trono. Si hubiera sido un ángel el que hubiese intervenido, podríamos tener algunos temores; si hubiera sido un simple hombre, podríamos ir más allá del miedo y quedar sumidos en la desesperación; pero si es “Dios con nosotros,” y Dios en verdad ha tomado a la condición humana para unirla a Él mismo, entonces toquemos “las campanas de la gloria” y alegrémonos; vendrán días más brillantes y felices; debe haber salvación para el hombre y gloria para Dios. Calentémonos bajo los rayos del Sol de Justicia, que ha salido ahora para nosotros, una luz que alumbre a los gentiles, y que sea la gloria de Su pueblo Israel.

De esta manera hemos admirado a distancia.

II. Y, ahora, en segundo lugar, acerquémonos y CONSIDEREMOS EL TEMA CON MÁS DETALLE. ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto, “Dios con nosotros”? No pretendo esta mañana poder exponer todo el significado de este breve texto, “Dios con nosotros,” pues me parece, ciertamente, que contiene la historia completa de la redención. Sugiere que el hombre está sin Dios, y que Dios se ha apartado del hombre por culpa del pecado. Parece que me habla de la vida espiritual del hombre, cuando Cristo viene a él, y se forma en él la esperanza de gloria. Dios tiene comunión con el hombre, y el hombre vuelve a Dios, y recibe otra vez la imagen divina como al principio. Sí, el cielo mismo es “Dios con nosotros.” Este texto podría servir para cien sermones diferentes; sí, uno podría continuar ponderando sus múltiples significados, eternamente. En este momento, sólo puedo darles simples sugerencias de líneas de pensamiento que pueden seguir ustedes como gusten, con la ayuda del Espíritu Santo.

Esta gloriosa palabra Emanuel significa, primero, que Dios en Cristo está *con nosotros en una asociación muy cercana*. La partícula griega utilizada aquí es muy vigorosa y expresa la forma más fuerte de “con.” No es simplemente “en compañía de nosotros” como lo expresaría otra palabra griega, sino “con,” juntamente con,” y “compartiendo con.” Esta preposición es un remache ajustado, un vínculo firme, que implica, si no es que declara, un comunión íntima. Dios está íntimamente y peculiarmente “con nosotros.” Ahora, piensen por un momento, y verán que Dios, por medio de un hecho real, se ha acercado a nosotros en una íntima asociación. Debe haberlo hecho, pues *ha asumido nuestra naturaleza*, literalmente nuestra naturaleza: carne, sangre, huesos, todo lo que constituye un cuerpo; mente, corazón, alma, memoria, imaginación, juicio, todo lo que hace racional a un hombre.

Cristo Jesús fue el hombre de los hombres, el segundo Adán, el hombre representativo modelo. No piensen que Él es un hombre deificado, como tampoco deben considerarlo un Dios humanizado, o un semidiós. No confundan las naturalezas ni dividan a la persona: Él es una sola persona, y sin embargo es hombre verdadero como también es Dios verdadero. Entonces piensen en esta verdad, y digan, “El que está sentado en el trono es como yo, con la excepción del pecado.” No, esto es demasiado para decirlo, no voy a hablar de ello; es un tema que me doblega, y temo articular expresiones temerarias. Examinen la verdad desde muchas perspectivas y comprueben que es más dulce que la miel y que el panal.

“¡Oh gozo! Habita en nuestra carne

Sobre un trono de luz,

Uno nacido de una madre humana,

¡Que brilla en perfecta Deidad!”

Estando con nosotros en nuestra naturaleza, Dios estuvo con nosotros en *toda la peregrinación de nuestra vida*. Escasamente podrán encontrar un alto en la marcha de la vida en el que Jesús no haya hecho una pausa, o una cansada legua que Él no haya recorrido. Desde la puerta de entrada hasta la puerta que cierra el sendero de la vida, la huellas de Jesús pueden distinguirse. ¿Estuviste en la cuna? Él estuvo allí. ¿Fuiste un hijo bajo autoridad de los padres? Cristo fue también un niño en la casa de Nazaret. ¿Has entrado a la batalla de la vida? Tu Dios y Señor hizo lo mismo; y aunque no alcanzó la vejez, a través del trabajo pesado e incesante y del sufrimiento, mostraba el semblante estropeado que acompaña a la vejez cansada. ¿Estás solo? También lo estuvo Él, en el desierto, y en la ladera del monte, y en la tenebrosidad del huerto. ¿Te mezclas en círculos públicos? Él también laboró en medio de las densas turbas. ¿Dónde podrías encontrarte, en la cima del monte, o en el valle, en tierra o en el mar, a la luz del día o en la oscuridad, dónde, pregunto, puedes estar sin descubrir que Jesús ha estado allí antes que tú? Lo que el mundo ha dicho de su gran poeta podemos decirlo con mayor verdad de nuestro Redentor:

“Un hombre tan múltiple parecía ser

No uno, sino el epítome de toda la humanidad.”

Él era un hombre armonioso, y sin embargo todas las vidas santas parecen estar condensadas en la Suya. Dos creyentes pueden ser muy disímiles entre sí, y sin embargo, ambos descubrirán que la vida de Cristo contiene puntos de similitud con su propias vidas. Uno podrá ser rico y el otro pobre, uno activamente laborioso y el otro sufre pacientemente, y sin embargo cada uno, al estudiar la historia del Salvador, será capaz de decir: su camino era muy parecido al mío. En todos los puntos Él fue hecho semejante a Sus hermanos. Cuán encantador es el hecho que nuestro Señor es “Dios con nosotros,” no aquí o allá, y de vez en cuando, sino eternamente.

Esto se destaca de manera especial y dulce, cuando es “Dios con nosotros” *en nuestras aflicciones*. No hay dolor que rasgue el corazón, y me atrevería a agregar que ninguno que afecte el cuerpo, en los que Jesús no haya estado con nosotros en todo ello. ¿Sientes las aflicciones de la pobreza? Él “no tuvo dónde recostar la cabeza.” ¿Estás abrumado por las aflicciones del luto? Jesús “lloró” junto a la tumba de Lázaro. ¿Has sido calumniado por causa de la justicia, y la calumnia ha vejado tu espíritu? Él dijo: “El escarnio ha quebrantado mi corazón.” ¿Has sido traicionado? No olvides que también Él tuvo su amigo íntimo que lo vendió por el precio de un esclavo. ¿En cuáles mares de tormenta has sido sacudido que no hayan rugido alrededor de Su barca? No habrá ningún valle estrecho de adversidad tan negro, tan profundo, sin posibilidad aparente de poder ser atravesado, que cuando te agaches no descubras las huellas del Crucificado. En los fuegos y en los ríos, en la noche fría y bajo el sol ardiente, Él clama: “Estoy contigo. No desmayes, pues Yo soy tanto tu compañero como tu Dios.”

Es misteriosamente cierto que cuando ustedes y yo nos acerquemos *a la escena final, a la escena que cierra*, descubriremos que Emanuel ha estado allí. Él sintió los dolores y congojas de la muerte, y soportó el sudor sangriento de la agonía y la sed agobiante de la fiebre. Él conoció la separación entre el espíritu torturado y la carne lánguida, y clamó, como lo haremos nosotros: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” Ay, y Él conoció la tumba, pues allí durmió, y dejó el sepulcro perfumado y

acondicionado para que se convirtiera en un lecho de descanso, y no un recinto de corrupción. Esa nueva tumba en el huerto lo hace Dios con nosotros hasta que la resurrección nos llame para que nos levantemos de nuestras camas de barro, para encontrarlo Dios con nosotros en novedad de vida. Seremos levantados en Su semejanza, y lo primero que verán nuestros ojos será al Dios encarnado. “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios.” “Dios con nosotros.” Yo en mi carne le veré como el hombre, el Dios. Y así, *para toda la eternidad* Él mantendrá la más íntima asociación con nosotros. Mientras las edades se sucedan, Él será “Dios con nosotros.” ¿No ha dicho Él, “Porque yo vivo, vosotros también viviréis”? Tanto Su vida humana como Su vida divina permanecerán para siempre, y lo mismo durará nuestra vida. Él habitará entre nosotros y nos conducirá a fuentes vivas de aguas, y así estaremos para siempre con el Señor.

Ahora, hermanos míos, si ustedes repasan estos pensamientos, encontrarán buena provisión de alimento; de hecho, un festín bajo ese único encabezado. Dios en Cristo es con nosotros en la asociación más cercana posible.

Pero, en segundo lugar, *Dios en Cristo es con nosotros en la reconciliación más plena*. Esto, por supuesto, es verdad, si lo anterior es verdad. Hubo un tiempo en el que estábamos apartados de Dios; estábamos sin Dios, estando enemistados con Él por nuestras obras impías, y Dios también estaba distante de nosotros en razón de la rectitud natural de carácter que arroja a la iniquidad lejos de Él. Él tiene los ojos más puros que no pueden contemplar la iniquidad, ni el mal puede morar con Él. Esa estricta justicia con la que gobierna el mundo exige que esconda Su rostro de una generación pecadora. Un Dios que mira con complacencia a los hombres culpables, no es el Dios de la Biblia, pues en multitud de lugares es manifestado como ardiendo de indignación contra los impíos. “Pero al malo y al que ama la violencia, su alma los aborrece.” Pero ahora, el pecado que nos separaba de Dios ha sido quitado por el bendito sacrificio de Cristo sobre el madero, y la justicia, cuya ausencia creó un golfo entre el hombre injusto y el justo Dios, esa justicia, digo, ha sido encontrada, pues Jesús ha traído justicia eterna. Así que ahora, en Jesús, Dios es con nosotros, reconciliado con nosotros, y el pecado que motivó Su ira, ha sido quitado para siempre de Su pueblo.

Hay algunos que objetan este punto de vista del caso, y yo, al menos, no cederé ni una iota frente sus objeciones. No me sorprende que se opongan a ciertos enunciados necios, que a mí tampoco me gustan más que a ellos; pero, sin embargo, si ellos se oponen a que la expiación recompense a la justicia injuriada, sus objeciones no tendrán fuerza para mí. Es muy cierto que Dios es siempre amor, pero Su severa justicia no se opone a ello. Es también muy cierto que para Su pueblo Él siempre fue, en el sentido más elevado, amor, y la expiación es el resultado y no la causa del amor divino; sin embargo, visto todavía en Su carácter rector, como un juez y legislador, Dios está “airado contra el impío todos los días,” y sin el sacrificio reconciliador de Cristo, Su propio pueblo era “por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.” Hay ira en el corazón de Dios, como juez justo, contra quienes han quebrantado su santa ley, y la reconciliación tiene una relación sobre la posición del juez de toda la tierra así como sobre el hombre.

Yo por lo menos no cesaré de decir: “Cantaré a ti, oh Jehová; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó, y me has consolado.” Dios puede ahora estar con el hombre, y abrazar a los pecadores como Sus hijos, como no lo podría haber hecho con justicia si Jesús no hubiera muerto.

En este sentido, y únicamente en este sentido, el doctor Watts escribió ciertamente algunos de sus himnos que han sido condenados con fiereza. Me atrevo a citar dos versos, y recomendarlos, porque

expresan una gran verdad si el Señor es visto como un juez, y es representado como la conciencia del hombre que ha despertado correctamente le percibe. Nuestro poeta dice acerca del trono de Dios:

*“Una vez fue el asiento de la ira terrible,
Y arrojaba llamas devoradoras;
Nuestro Dios apareció, fuego consumidor,
Y venganza era Su nombre.
Ricas fueron las gotas de la sangre de Jesús,
Que calmaron Su faz airada,
Que rociaban al trono ardiente,
Y convirtieron la ira en gracia.”*

De tal manera que ahora Jehová no es Dios contra nosotros, sino “Dios con nosotros,” y Él “nos reconcilió consigo mismo por la muerte de Su Hijo.”

Un tercer significado del texto “Dios con nosotros” es este, *Dios en Cristo es con nosotros en bendita comunicación*. Es decir, ahora Él se ha acercado tanto a nosotros como para entrar en intercambio con nosotros, y esto lo lleva a cabo en parte por medio de una conversación sagrada. Ahora Él nos habla y habla en nosotros. Él nos ha hablado en estos últimos días por Su Hijo y por el Espíritu Divino con el silbo apacible y delicado de la advertencia, de la consolación, de la instrucción, y de la dirección. ¿Acaso no están conscientes de esto? Desde que sus almas conocieron a Cristo, ¿acaso no han gozado también de una relación con el Altísimo? Ahora, como Enoc, ustedes “caminan con Dios,” y, como Abraham, hablan con Él como un hombre habla con su amigo. ¿Qué son sus oraciones y alabanzas sino la forma de comunicación que se les permite tener con el Altísimo? Y Él les responde cuando Su Espíritu sella la promesa o aplica el precepto, cuando con luz fresca les instruye en la doctrina o les concede una confianza mayor en cuanto a buenas cosas venideras. Oh, sí, Dios está con nosotros ahora, de tal forma que cuando Él clama: “Buscad mi rostro,” nuestro corazón le responde: “Tu rostro buscaré, oh Jehová.”

Estas reuniones de los días domingo, ¿qué significado tienen para muchos de nosotros sino que “Dios es con nosotros”? Esa mesa de la comunión, ¿qué otro significado tiene sino “Dios con nosotros”? Oh, cuán a menudo, cuando partimos el pan y servimos el vino en memoria de Su muerte expiatoria, hemos gozado de Su presencial real, no en un sentido supersticioso, sino en un sentido espiritual, y hemos encontrado que el Señor Jesús es “Dios con nosotros.” Sí, en cada santa ordenanza, en cada acto sagrado de adoración, ahora encontramos que hay una puerta abierta en el cielo y un camino nuevo y vivo por el cual llegamos al trono de la gracia. ¿Acaso no es este un gozo mejor de lo que todas las riquezas de la tierra pudiesen comprar?

Y es no sólo en comunicación que el Señor es con nosotros, sino que Dios está con nosotros ahora por *actos* poderosos así como por medio de palabras. “Dios con nosotros,” es la inscripción en nuestro estandarte real, que llena de terror al corazón del enemigo y alegra a los ejércitos sacramentales de los elegidos de Dios. ¿Acaso no es este nuestro grito de guerra: “Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob”? En cuanto a nuestros enemigos internos, Dios está con nosotros para dominar nuestras corrupciones y debilidades; y en cuanto a los adversarios externos de la verdad, Dios está con Su iglesia, y Cristo ha prometido que estará siempre con ella “hasta el fin del mundo.” No solamente contamos con la palabra y las promesas de Dios, sino que hemos visto

Sus actos de gracia a favor nuestro, tanto en Su providencia como en la obra de Su bendito Espíritu. “Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones.” “Dios es conocido en Judá; en Israel es grande su nombre. En Salem está su tabernáculo, y su habitación en Sion. Allí quebró las saetas del arco, el escudo, la espada y las armas de guerra.” “Dios con nosotros:” oh, hermanos míos, hace que nuestro corazón dé saltos de gozo, nos llena de valor indomable. ¿Cómo podemos estar intimidados cuando el Señor de los ejércitos está de nuestro lado?

No se trata tampoco que Dios esté con nosotros simplemente en actos de poder a favor nuestro, sino en emanaciones de Su propia vida en nuestra naturaleza por las cuales somos primero nacidos de nuevo, y luego sostenidos en la vida espiritual. Esto es todavía más maravilloso. Por el Espíritu Santo, la divina simiente que “Vive y permanece para siempre” es sembrada en nuestras almas, y día a día somos fortalecidos con poder por Su Espíritu en el hombre interior.

Y esto no es todo, pues como obra maestra de la gracia, el Señor, por Su Espíritu, mora en Su pueblo. Dios no encarna en nosotros como lo hizo en Jesucristo, pero después de la encarnación sigue en importancia la habitación del Espíritu Santo en los creyentes. Ahora es “Dios con nosotros” ciertamente, porque Dios habita en nosotros. “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?” “Como Dios dijo: habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.” Oh, las alturas y las profundidades entonces comprendidas en esas pocas palabras, “Dios con nosotros.”

Tenía que decirles muchas cosas más, pero el tiempo me fuerza a condensarlas brevemente. El Señor se convierte en “Dios con nosotros” *por la restauración de Su imagen en nosotros*. “Dios con nosotros” se vio en Adán cuando era perfectamente puro, pero Adán murió cuando pecó, y Dios no es Dios de los muertos sino de los vivos. Ahora nosotros, al recibir otra vez nueva vida y ser reconciliados con Dios en Cristo Jesús, recibimos también la imagen restaurada de Dios, y somos renovados en conocimiento y verdadera santidad. “Dios con nosotros” significa santificación, la imagen de Jesucristo impresa en todos Sus hermanos.

Abandonamos el punto recordando que Dios es con nosotros *en la más profunda identificación*. Hermanos, ¿se encuentran en aflicción? Dios, en Cristo, es compasivo con su dolor. Hermanos, ¿tienen un objetivo grandioso? Yo sé cuál es: es la gloria de Dios; en eso se identifican con Dios, y Dios con ustedes. Permítanme preguntarles: ¿cuál es su más grande gozo? ¿No han aprendido a regocijarse en el Señor? ¿No se gozan en Dios por Jesucristo? Entonces Dios se goza también en ustedes. Él descansa en su amor, y se regocia en ustedes con cánticos, de tal manera que Dios es con nosotros en un sentido muy maravilloso, en tanto que por medio de Jesucristo, nuestras metas y deseos son semejantes a los de Dios. Deseamos lo mismo, nos esforzamos por el mismo objetivo, y nos regocijamos en los mismos objetos de deleite. Cuando el Señor dice: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia,” nuestro corazón responde: “Ay, y nosotros también tenemos complacencia en Él.” El agrado del Padre es el agrado de Sus propios hijos elegidos, pues nosotros también nos gozamos en Cristo; nuestra propia alma se alborozaba al sonido de Su nombre.

III. Debo dejar este deleitoso tema para comentar dos o tres cosas acerca de NUESTRA PERSONAL APROPIACIÓN de la verdad delante de nosotros.

“Dios con nosotros.” Entonces, si Jesucristo es “Dios con nosotros,” vayamos a Dios sin preguntar ni dudar nada. Quienquiera que seas, no necesitas ningún sacerdote ni intercesor para que te presenten a Dios, pues Dios mismo se ha presentado a ti. ¿Son niños ustedes? Entonces vengan a Dios en el niño Jesús, que durmió en el pesebre de Belén. Oh, ustedes señores de cabellos grises, no necesitan

quedarse atrás, sino que como Simeón, vengan y tómenlo en sus brazos, y digan: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación.”

Dios envía un embajador que no inspira ningún miedo: el heraldo del cielo se aproxima a nosotros sin yelmo ni cota de malla, ni llevando lanza, sino que una bandera blanca es sostenida por la mano de un niño, en la mano del elegido del pueblo, en la mano de uno que murió, en la mano de uno que aunque está sentado en la gloria muestra aún la señal de los clavos.

Oh, hombre, Dios viene a ti como uno semejante a ti. No tengas miedo de acercarte al manso Jesús. No te imagines que necesitas estar preparado para una audiencia con Él, o que necesitas la intercesión de un santo, o la intervención de un sacerdote o de un ministro. Cualquiera pudo haberse acercado al bebé en Belén. El buey de cuernos largos, creo que comió del heno sobre el que dormía Él, y no temió. Jesús es el amigo de cada uno de nosotros, independientemente de cuán pecadores e indignos seamos. Ustedes los pobres, no deben temer venir, pues, vean, Él ha nacido en un establo, y tiene por cuna un pesebre. No pueden encontrar peor habitación que esa, y ustedes no son más pobres que Él. Vengan y den la bienvenida al Príncipe de los pobres, al Salvador de los campesinos. No se queden atrás, por miedo a no ser dignos; los pastores vinieron a Él con todo y su desaliño. No leo que se hayan demorado para vestirse sus mejores galas, sino que con la ropas que se cubrían esa fría medianoche, se apresuraron, tal como estaban, para ir a la presencia del bebé. Dios no mira los vestidos, sino los corazones, y acepta a los hombres cuando vienen a Él con espíritus dispuestos, independientemente de que sean ricos o pobres. Vengan, entonces; vengan y sean bienvenidos, pues Dios ciertamente es “Dios con nosotros.”

Oh, pero que no haya demoras al respecto. Cuando meditaba en esto ayer, en verdad me pareció que cualquiera que dijera: “no vendré a Dios,” después que Dios ha venido al hombre en una forma así, sería un acto imperdonable de traición. Tal vez, no conocías el amor de Dios cuando pecabas como lo hacías; tal vez, aunque perseguías a Sus santos, lo hacías ignorantemente en la incredulidad; pero, he aquí que Dios te extiende la rama de olivo de la paz, la extiende en una forma maravillosa, pues Él mismo viene aquí para nacer de una mujer, para poder reunirse contigo que naciste de una mujer también, y salvarte de tu pecado. ¿Acaso no prestarás atención ahora que habla por medio de Su Hijo? Puedo entender que pidas no oír más Sus palabras cuando Él habla con el sonido de trompeta, tornándose excesivamente fuerte y prolongado, desde los flameantes riscos del Sinaí; no me sorprende que tengas miedo de acercarte cuando la tierra tiembla y se tambalea delante de Su tremenda presencia; pero ahora Él se restringe a Sí mismo y pone un velo al esplendor de Su rostro, y viene a ti como un niño de humilde facha, como el hijo de un carpintero. Oh, si Él viene de esta manera, ¿le volverás la espalda? ¿Acaso puedes menospreciarlo? ¿Qué mejor embajador puedes desear? Esta embajada de paz es enviada de manera tan tierna, tan bondadosa, tan amable, tan conmovedora, que seguramente no podrás tener el corazón de resistirla. No, no te vayas, que tus oídos no rechacen el lenguaje de Su gracia, sino di: “si Dios es con nosotros, nosotros seremos con Él.” Dilo, pecador, dilo: “Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado.”

En cuanto a ti que has perdido toda esperanza, tú que te consideras tan degradado y caído que no puede haber futuro para ti: hay todavía esperanza para ti, pues eres un hombre, y lo siguiente después de Dios es el hombre. El que es Dios es también hombre, y hay algo acerca de ese hecho que debe conducirte a decir: “sí, tal vez todavía puedo descubrir hermandad con el Hijo del hombre que es el Hijo de Dios, yo, inclusive yo, puedo ser levantado para estar entre los príncipes, los príncipes de Su pueblo, en virtud de mi humanidad regenerada que me lleva a una relación con la humanidad de Cristo, y de esta manera a una relación con la Deidad.” No te deseches tú mismo, oh hombre, eres

algo demasiado esperanzador, después de todo, para servir de alimento para el gusano que nunca morirá, y alimentar el fuego que nunca se apagará. Vuélvete a tu Dios con pleno propósito de corazón, y descubrirás que te espera un grandioso destino.

Y ahora, hermanos míos, para ustedes la última palabra es: seamos con Dios puesto que Dios es con nosotros. Les doy como consigna para el año entrante, “Emanuel, Dios con nosotros.” Ustedes, los santos redimidos por la sangre, tienen derecho a todo esto en el más pleno sentido, beban de ello y llénense de valor. No digan: “no podemos hacer nada.” ¿Quiénes son ustedes que no pueden hacer nada? Dios es con ustedes. No digan: “la iglesia es débil y atraviesa malos tiempos,” no, “Dios es con nosotros.” Necesitamos el valor de aquellos antiguos soldados que estaban dispuestos a considerar las dificultades únicamente como piedra aguzadera para afilar sus espadas. Me gusta el comentario de Alejandro Magno cuando le dijeron que habían muchos miles, tal vez, muchos millones de persas. “Muy bien,” respondió, “hay buena siega cuando la mies es abundante. Un carnicero no le tiene miedo a mil ovejas.” También me gusta el comentario del viejo Gascon, que respondió cuando le preguntaron: “¿Pueden tú y tus tropas entrar en esa fortaleza? Es inexpugnable.” “¿Puede entrar el sol en ella!” preguntó. “Sí.” “Bien, nosotros podemos entrar donde el sol pueda ir.” Ante el mandamiento de Dios, el cristiano puede hacer lo posible y lo imposible, pues Dios es con nosotros. ¿Acaso no creen que las palabras, “Dios con nosotros,” eliminan de la existencia la imposibilidad? Los corazones que de ninguna otra manera pudiesen ser quebrantados, serán quebrantados si Dios es con nosotros. Errores que no podrían ser refutados de ninguna otra manera, pueden ser eliminados por “Dios con nosotros.” Las cosas que son imposibles para los hombres, son posibles para Dios. John Wesley murió con eso en su lengua, y vivamos con esto en nuestros corazones: “lo mejor de todo es Dios con nosotros.” Bendito Hijo de Dios, te damos gracias porque Tú nos has dado esa palabra. Amén.

⁶Spurgeon, C. H., & Román, A. (2008). *Sermones de Carlos H. Spurgeon*. Bellingham, WA: Logos Research Systems, Inc.

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

El Gozo Nacido en Belén

NO. 1026

Sermón predicado el domingo 24 de diciembre de 1871

por Charles Haddon Spurgeon

En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres

“Mas el ángel les dijo: No temáis, porque he aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo que serán para todo el pueblo; porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Y esto os servirá de señal: hallaréis a un niño envuelto en pañales yacostado en un pesebre.” Lucas 2:10, 11 y 12 (La Biblia de las Américas)

No tenemos un respeto supersticioso por los tiempos y las estaciones. Ciertamente no creemos en la presente disposición eclesiástica llamada Navidad; primero, porque de ninguna manera creemos en la misa, sino que la aborrecemos, ya sea hablada o cantada en latín o en inglés. Y en segundo lugar, porque no encontramos ninguna base en la Escritura para guardar algún día como el del nacimiento del Salvador.

Y entonces, como no es por autoridad divina, su observancia es una superstición. La superstición ha fijado de la manera más concluyente el día del nacimiento de nuestro Salvador, aunque no exista la posibilidad de descubrir cuándo ocurrió realmente.

Fabricio nos da un catálogo de 136 diferentes opiniones de eruditos sobre el asunto. Y diferentes teólogos inventan diversos argumentos de peso para abogar por una fecha en cada mes del año.

No fue sino hasta mediados del siglo tercero que una parte de la iglesia celebró la natividad de nuestro Señor; y no fue sino mucho tiempo después que la iglesia de occidente había puesto el ejemplo, que la iglesia oriental adoptó esa celebración. Puesto que el día es desconocido, la superstición lo ha determinado. A pesar de que el día de la muerte de nuestro Salvador podría determinarse con mucha seguridad, la superstición mueve la fecha de su observancia cada año. ¿Acaso existe un método en la locura de los supersticiosos? Probablemente los días santos fueron establecidos para ajustarse a los festivales paganos. Nos aventuramos a afirmar que si hay algún día del año del cual podemos estar muy seguros que no fue el día en que nació el Salvador, es el veinticinco de diciembre.

Sin embargo, como la corriente de los pensamientos de la gente ya está encauzada por ese camino y yo no veo ningún mal en esa corriente en sí misma, orientaré la barca de nuestro sermón hacia esta corriente y haré uso de ese hecho, que no voy a justificar ni condenar, intentando conducir los pensamientos de ustedes en la misma dirección.

Puesto que es legítimo y digno de elogio meditar en la encarnación del Señor en cualquier día del año, no está en el poder de las supersticiones de otros hombres, convertir tal meditación en impropia el día de hoy. Entonces, sin importar el día, demos gracias a Dios por el don de Su Hijo amado.

En nuestro texto tenemos ante nosotros el sermón del primer evangelista bajo la dispensación del Evangelio. Ese predicador era un ángel, y convino que así fuera, pues el más grandioso y último de todos los Evangelios será proclamado por un ángel, cuando se toque la trompeta de la resurrección y los hijos de la regeneración se levanten en la plenitud de su gozo. La nota esencial de este Evangelio angélico es el gozo: “No temáis, porque he aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo.”

La naturaleza teme en la presencia de Dios; los pastores estaban tremendamente atemorizados. La propia ley servía para ahondar este sentimiento natural de desánimo; viendo que los hombres eran pecadores, y que la ley vino al mundo para revelar el pecado, su tendencia era hacer que los hombres temieran y temblaran bajo cada revelación divina. Los judíos creían unánimemente que, cualquier hombre que contemplara apariciones supernaturales, seguramente moriría, de tal forma que lo que la naturaleza dictaba, la ley y las creencias generales de aquellos que estaban bajo la ley también lo estimulaban.

Pero la primera palabra del Evangelio terminó con todo esto, porque el evangelista angélico dijo: “No temáis, porque he aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo.” A partir de ese momento no debe ser una cosa terrible para el hombre acercarse a su Hacedor. El hombre redimido no debe temer cuando Dios descorre el velo del esplendor de Su majestad, pues Él ya no aparece como un juez sobre Su trono de terror, sino como un Padre confiable en sagrada familiaridad con Sus propios hijos amados.

El gozo del que este primer predicador habló no era insignificante, pues dijo: “os traigo buenas nuevas”; eso en sí era gozo, y no solamente buenas nuevas de gozo, sino “buenas nuevas de gran gozo.” Cada palabra es enfática, como para mostrar que el Evangelio está dirigido, sobre todas las cosas, a promover y a crear sobreabundantemente el gozo más grande posible en el corazón humano en donde es recibido.

El hombre es como un arpa que tiene sus cuerdas desajustadas y por ello, la música de las cuerdas vivas de su alma es discordante, toda su naturaleza gime de dolor. Pero el Hijo de David, ese poderoso arpista, ha venido a restaurar la armonía de la humanidad, y allí donde Sus dedos graciosos se mueven entre las cuerdas, el toque de los dedos de un Dios encarnado produce una música dulce como la de las esferas, una rica melodía como el cántico de un serafín. Quiera Dios que todos los hombres sientan esa mano divina.

Al intentar abrir este discurso angélico el día de hoy, haremos un comentario sobre tres cosas: el gozo del que se habla. En seguida, las personas a quienes viene ese gozo. Y luego, en tercer lugar, la señal, la cual es para nosotros como lo fue para esos pastores, una señal del nacimiento y fuente de gozo.

I. Primero, entonces, consideramos EL GOZO, que es mencionado en nuestro texto: ¿de dónde viene, y qué es?

Ya hemos dicho que es un “gran gozo”; “buenas nuevas de gran gozo.” El gozo de la tierra es pequeño, su júbilo es trivial, pero el cielo nos ha enviado un gozo inmensurable, apropiado para mentes inmortales. Ya que no se agrega ninguna nota sobre el tiempo, y no hay ninguna indicación de que el mensaje alguna vez será revocado, podemos decir que es un gozo perdurable, un gozo que resonará a través de las edades, cuyos ecos se escucharán hasta que la trompeta traiga la resurrección. Sí, y posteriormente, por siempre y para siempre.

Pues cuando Dios envió al ángel en su esplendor para anunciar, “os traigo buenas nuevas de gran gozo que serán para todo el pueblo,” Él también dijo, “Desde ahora y para siempre habrá gozo para los hijos de los hombres. Habrá paz para la raza humana, y buena voluntad hacia los hombres por siempre y para siempre, mientras se dé gloria a Dios en las alturas.” ¡Oh bendito pensamiento! La Estrella de Belén nunca se ocultará. Jesús, el más hermoso entre diez mil, el más amable entre los bellos, es un gozo para siempre.

Puesto que este gozo está expresamente asociado con la gloria de Dios, por las palabras, “Gloria a Dios en las alturas,” podemos estar convencidos que es un gozo puro y santo. Ningún otro gozo podría haber sido proclamado por un ángel, y, ciertamente, ningún otro gozo es gozo.

El vino obtenido de las uvas de Sodoma puede burbujear y ser espumoso, pero al final es amargura, y su sedimento es muerte. Sólo el que proviene de los racimos de Escol es el verdadero vino del reino, que hace feliz al corazón de Dios y del hombre. El gozo santo es el gozo del cielo, y ese gozo, pueden estar seguros, es la verdadera crema del gozo. El gozo del pecado es una fuente de fuego, que tiene su origen en el ardiente suelo del infierno, que enloquece y consume a aquellos que beben su agua ardiente. De tales deleites no deseamos beber.

Ser feliz en el pecado es peor que estar condenado, pues el principio de la gracia hace que una persona se sienta miserable en el pecado, y la consumación de la gracia es haber escapado completamente del pecado, y estremecerse aun al pensar en él. Es un infierno vivir en pecado y en miseria, y es caer aún más bajo todavía cuando los hombres pueden derivar gozo del pecado. ¡Dios nos libre de una paz impura y de un gozo impío! El gozo anunciado por el ángel de la natividad es muy puro y duradero, muy santo y muy grande. Debemos creer siempre, en lo que concierne a la religión cristiana, que tiene gozo en sí misma y que celebra sus fiestas dentro de sus propios recintos puros, una fiesta en la que todos sus manjares delicados crecen en suelo santo.

Hay quienes mañana pretenderán exhibir gozo al recordar el nacimiento de nuestro Salvador, pero no buscarán su placer en el Salvador: necesitarán muchas adiciones a la fiesta antes que puedan estar satisfechos. El gozo en Emmanuel sería un pobre tipo de alegría para ellos. En este país, demasiado a menudo, si uno no estuviera consciente del nombre, uno podría creer que el festival de la Navidad es una fiesta de Baco o de Ceres, ciertamente no una conmemoración del nacimiento divino.

Sin embargo, hay causa suficiente para el santo gozo en el Señor mismo, y razones suficientes para el éxtasis en Su nacimiento entre los hombres. Es de temer que la mayor parte de los hombres imaginan que en Cristo sólo hay seriedad y solemnidad, y consecuentemente fatiga, tristeza y descontento. Por consiguiente buscan más allá de lo que Cristo permite: arrancan manjares de las mesas de Satanás, con los cuales adornan el banquete que se tiene en honor de un Salvador. Que no sea así entre ustedes. El gozo que proporciona el Evangelio no es prestado, sino que florece en su propio jardín. Podemos decir en verdad, con el lenguaje de uno de nuestros más dulces himnos:

“No necesito salir en busca de gozo,

Tengo una fiesta en casa;

Mis suspiros ahora son canciones,

Mi corazón ya no anda errante.

Llegando de arriba, la Paloma Bendita

Ha venido a mi pecho,

Para testificar Su eterno amor,

Y dar descanso a mi espíritu.”

Que nuestro gozo sea agua viva proveniente de aquellas fuentes sagradas que el Señor mismo ha excavado. Que su gozo habite en nosotros, para que sea pleno. Del gozo de Cristo no podemos poseer demasiado. No tememos excedernos cuando Su amor es el vino que bebemos. ¡Oh, estar sumergidos en esta corriente pura de deleites espirituales! ¿Pero por qué la venida de Cristo a este mundo

es ocasión de gozo? La respuesta es como sigue: primero, porque es por siempre un hecho gozoso que Dios esté en alianza con el hombre, especialmente cuando la alianza es tan cercana que Dios toma en verdad nuestra humanidad en unión con Su divinidad; de manera que Dios y el hombre constituyen una divina y misteriosa persona.

El pecado había separado al hombre de Dios. Pero la encarnación tiende un puente en esa separación: es un preludio del sacrificio de expiación, y es un preludio lleno de la más rica esperanza. De aquí en adelante, cuando Dios mira al hombre, Él recuerda que Su propio Hijo es un hombre. A partir de este día, cuando Él observa al pecador, si Su ira arde, Él recordará que Su propio Hijo, como hombre, se puso en el lugar del pecador, y llevó la condenación del pecador. Como en el caso de una guerra la contienda se termina cuando las partes opuestas llegan a un acuerdo, así ya no hay más guerra entre Dios y el hombre, porque Dios ha tomado al hombre en íntima unión con Él mismo. Aquí, entonces, hubo una causa de gozo.

Pero hubo algo más que eso, porque los pastores estaban conscientes que habían habido promesas desde antaño que habían sido la esperanza y el consuelo de los creyentes de todos los tiempos, y esas iban a ser cumplidas ahora. Existía esa antigua promesa hecha en el umbral del Edén a los primeros pecadores de nuestra raza: que la simiente de la mujer heriría en la cabeza a la serpiente. Hubo otra promesa, hecha al padre de los fieles, que en su simiente serían benditas todas las naciones de la tierra, y muchas promesas salidas de las bocas de los profetas y de los santos desde que comenzó el mundo.

Ahora, el anuncio del ángel del Señor a los pastores, fue una declaración de que el pacto había sido cumplido, que ahora en el cumplimiento del tiempo Dios redimiría Su Palabra, y el Mesías, que iba a ser la gloria de Israel y la esperanza del mundo, había venido realmente ahora.

Alégrense cielos, y alégrate, oh tierra, pues el Señor lo ha hecho, y en misericordia Él ha visitado a Su pueblo. El Señor no ha permitido que Su palabra falle, sino que ha cumplido Sus promesas a Su pueblo. El tiempo para favorecer a Sión, sí, el tiempo fijado, ha llegado. ¡Ahora que el cetro se ha apartado de Judá, observen que viene Siloh, el Mensajero del pacto súbitamente aparece en Su templo!

Pero el cántico del ángel tenía, en sí, una razón más plena para el gozo. Pues nuestro Señor, que había nacido en Belén, vino como un Salvador. "Porque os ha nacido hoy un Salvador." Dios había venido a la tierra antes, pero no como un Salvador. Recuerden esa terrible venida cuando fueron tres ángeles a Sodoma al anochecer, pues el Señor dijo, "Descenderé ahora y veré si han hecho en todo conforme a su clamor, el cual ha llegado hasta mí."

Él había venido como espía para ser testigo del pecado humano, y como un vengador para levantar Su mano al cielo y ordenar que el fuego encendido descendiera y quemara las ciudades malditas de la planicie. Horror para el mundo cuando Dios desciende así. Si el Sinaí humea cuando la ley es proclamada, la tierra misma se derretirá cuando las violaciones a la Ley sean castigadas. Pero ahora, Dios ha venido, no como un ángel de venganza sino como un hombre lleno de misericordia. No para espiar nuestro pecado, sino para quitarlo. No para castigar nuestra culpa, sino para perdonarla.

El Señor podría haber venido con rayos en ambas manos. Podría haber venido como Elías para traer fuego del cielo. Pero no, Sus manos están llenas de dones de amor, y Su presencia es la garantía de la gracia.

El bebé nacido en el pesebre podría haber sido otro profeta de lágrimas, u otro hijo del trueno, pero Él no fue así; Él vino en mansedumbre, Su gloria y Su trueno los hizo a un lado:

*“Era la misericordia la que llenaba el trono,
Y la ira permaneció silenciosa a un lado,
Cuando Cristo vino en Su bondadosa misión
De morir por los pecadores sentenciados.”*

Regocíjense, ustedes que se sienten perdidos. El Salvador de ustedes viene a buscarlos y a salvarlos. Tengan buen ánimo ustedes que están en prisión, porque Él viene a ponerlos en libertad. Ustedes que sufren de hambre y están a punto de morir, gócense porque Él ha consagrado un Belén para ustedes, una casa de pan, y Él ha venido para ser el pan de vida para sus almas. Regocíjense, oh pecadores, en todas partes, porque ha nacido el Restaurador de los perdidos, el Salvador de los caídos ha nacido. Únanse al gozo ustedes los santos, porque Él es el preservador de los salvos, librándolos de innumerables peligros, y Él es el seguro perfeccionador de aquellos a quienes Él preserva.

Jesús no es un Salvador parcial, que comienza una obra y no la concluye; no, sino que restaurando y sosteniendo, Él también perfecciona y presenta a los salvos sin mancha ni arruga ni ninguna cosa parecida ante el trono de Su Padre. Regocíjense en voz alta todos los pueblos, que resuenen las colinas y los valles con gozo, porque un Salvador que es poderoso para salvar, ha nacido entre ustedes.

Y este no fue todo el júbilo santo, pues la siguiente palabra tiene también una plenitud de gozo, “un Salvador, que es Cristo,” o el Ungido. Nuestro Señor no era un Salvador aficionado que descendió del cielo en una misión que no había sido autorizada. Sino más bien, Él fue elegido, ordenado y ungido por Dios. Él podía decir verdaderamente, “el Espíritu del Señor está sobre Mí, porque el Señor me ha ungido.” Aquí hay gran consuelo para todos los que necesitan un Salvador. Para ellos no es un consuelo insignificante que Dios mismo haya autorizado a Cristo para salvar a los necesitados. No puede haber temor de una fisura entre el mediador y el juez, no hay peligro de la falta de aceptación de la obra de nuestro Salvador. Dios ha comisionado a Cristo para hacer lo que Él ha hecho, y, al salvar pecadores, Él tan sólo está ejecutando la propia voluntad de Su Padre.

Cristo es aquí llamado, “el Ungido.” Todo Su pueblo es ungido, y hubo sacerdotes según el orden de Aarón que fueron ungidos, pero Él es el Ungido por excelencia, “ungido con óleo de alegría más que a tus compañeros.” Tan abundantemente ungido que, como la unción en la cabeza de Aarón, la sagrada unción de la Cabeza de la iglesia se destila en copiosos torrentes, hasta que nosotros que somos como los faldones de sus vestiduras, somos dulcificados con el rico perfume. Él es “el Ungido” en un triple sentido: como Profeta para predicar el Evangelio con poder; como Sacerdote para ofrecer sacrificio; como Rey para regir y gobernar. En cada uno de estos oficios Él es preeminente. Él es tal Maestro, Sacerdote, y Gobernante como nunca se había visto antes. En Él hubo una rara conjunción de oficios gloriosos, porque jamás entre los hijos de los hombres se había reunido el oficio de profeta, sacerdote y rey en una persona, ni volverá a ocurrir.

Triple es la unción de Él que es: un Sacerdote según el orden de Melquisedec, un Profeta como Moisés, y un Rey cuyo dominio no tiene fin. En el nombre de Cristo, el Espíritu Santo es glorificado al ser visto cuando unge al Dios encarnado. En verdad, amados hermanos, si tan sólo entiendiéramos esto y lo recibiéramos en nuestros corazones, nuestras almas darían saltos de alegría en este domingo, al pensar que ha nacido entre nosotros un Salvador, quien es ungido del Señor.

Toquemos bien y oigamos bien una nota más, que es la más sonora: “que es Cristo el Señor.” Ahora bien, la palabra Señor, o Kurios, que es usada aquí, equivale a Jehová. No podemos dudar de

eso, porque es la misma palabra que es usada dos veces en el versículo nueve, y en ese versículo nadie puede cuestionar que quiere decir Jehová.

Óiganlo, “Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor.” Y, si esto no es suficiente, lean el versículo veintitrés, “Como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al Señor.” Ahora bien, la palabra Señor, aquí ciertamente se refiere a Jehová, el único Dios. Nuestro Salvador es Cristo, Dios, Jehová. Ningún testimonio de Su divinidad podría ser más claro; es indisputable. Y qué gozo hay en esto; pues supongamos que un ángel hubiera sido nuestro Salvador. Él no habría sido capaz de llevar la carga de mis pecados ni los de ustedes. O si algo menos que Dios se hubiera establecido como la base de nuestra salvación, se hubiera manifestado como un fundamento demasiado frágil.

Pero si Él que se encarga de salvarnos no es otro que el Infinito y el Todopoderoso, entonces la carga de nuestra culpa puede ser llevada por esos hombros. La tremenda tarea de nuestra salvación puede ser lograda por ese Obrero, y con mucha facilidad, pues todas las cosas son posibles para Dios, y Él es capaz de salvar totalmente a aquellos que vienen a Dios por Él. Hijos de los hombres, perciban aquí el tema de su gozo. El Dios que los creó, y a Quien han ofendido, ha descendido del Cielo y ha tomado sobre Sí la naturaleza de ustedes para poder salvarlos.

Él ha venido en la plenitud de Su gloria y en lo infinito de Su misericordia para redimirlos. ¿No le dan la bienvenida a esta noticia? ¡Cómo! ¿No estarán agradecidos sus corazones por esto? ¿Acaso este amor incomparable no despierta gratitud?

Si no fuera por este divino Salvador, la vida de ustedes aquí hubiera sido de infelicidad, y la existencia futura de ustedes habría sido una aflicción sin fin. Oh, yo ruego que ustedes adoren al Dios encarnado, y confíen en Él. Entonces bendecirán al Señor por librarlos de la ira venidera, y en la medida en que se aferren a Jesús y encuentren la salvación en Su nombre, entonarán canciones para Su alabanza, y se alegrarán con el gozo sagrado. Aquí concluyo lo concerniente a ese gozo.

II. Présteme atención mientras hablo brevemente de EL PUEBLO a quien le viene este gozo. Observen cómo comienza el ángel, “he aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo; porque os ha nacido hoy.” Así, entonces, el gozo comenzó con los primeros que lo oyeron, los pastores. “Os,” dice el ángel, “porque os ha nacido.” Amado oyente, ¿comenzará hoy el gozo contigo? De poco beneficio será que Cristo haya nacido, o que Cristo haya muerto, a menos que para ti haya nacido un niño, y que por ti haya derramado Su sangre. Un interés personal es el punto principal. “Pero soy pobre,” dice alguien. Así lo eran los pastores. Oh, ustedes los pobres, por ustedes nació este misterioso niño.

“A los pobres se les anuncia el evangelio.” “Haga él justicia a los afligidos del pueblo, salve a los hijos de los pobres, y aplaste al opresor.” “Pero soy insignificante y desconocido,” dice alguien. Así eran los vigilantes en la llanura de medianoche. ¿Quién conocía a los hombres que soportaban un trabajo agotador y custodiaban sus rebaños en las noches? Pero ustedes, desconocidos de los hombres, son conocidos por Dios, ¿no se dirá, que, “os ha nacido un niño”.

El Señor no toma en cuenta la grandeza de los hombres, pero sí tiene respeto por los humildes. Pero ustedes son analfabetas, dicen ustedes, y no pueden entender mucho. Aunque así sea, Cristo nació para los pastores, y su sencillez no les impidió que lo recibieran, sino que más bien les ayudó. Que así sea contigo: recibe gustosamente la sencilla verdad que está en Jesús. El Señor ha exaltado a alguien escogido del pueblo. No es un Cristo aristocrático el que tengo que predicarles, sino al Salvador del pueblo, el amigo de publicanos y pecadores.

Jesús es el verdadero “amigo de los pobres.” Él ha sido puesto “por pacto al pueblo,” dado para ser “por jefe y por maestro a las naciones.” A ustedes se les ha dado Jesús. Oh, que cada corazón pudiera en verdad decir, para mí ha nacido Jesús. Pues si yo en verdad creo en Jesús, para mí ha nacido Cristo, y puedo estar tan seguro de ello como si un ángel lo anunciara, pues la Escritura me dice que, si yo creo en Jesús, Él es mío.

Después que el ángel dijo “os traigo,” continuó diciendo, “que serán para todos los pueblos.” Pero nuestra traducción no es precisa (hace referencia a la Versión King James). El griego dice, “que serán para todo el pueblo.” Esto se refiere con certeza a toda la nación judía; no hay duda al respecto. Si alguien va al original no encontrará una expresión tan amplia y comprensiva como la que nos es dada por los traductores. Se debe traducir “para todo el pueblo.” ¡Por cuánto tiempo y cuán pecaminosamente ha despreciado la iglesia cristiana a la más honorable entre todas las naciones! ¡Cuán bárbaramente ha sido tratado Israel por la así llamada iglesia! Sentí que mi espíritu hervía de indignación en Roma cuando estuve en el barrio judío y escuché las crueles indignidades que los Papas ha amontonado sobre los judíos, aún en tiempos recientes. En nuestra época todavía hay una iglesia que está construida justo enfrente de la entrada del barrio judío, y allí eran forzados a entrar en ciertas ocasiones los infelices judíos. A esa iglesia eran obligados a afiliarse, observen, a afiliarse, ellos que adoran al único Dios invisible, para apoyar un sistema que está tan leproso de idolatría como lo estaban los cananeos a quienes aborrecía el Señor.

El paganismo no es más degradante que el catolicismo romano. En la puerta de esta iglesia están colocadas, en su propia lengua, en hebreo, estas palabras. “Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor.”

¿Cómo, por medio de un insulto tal, pueden esperar convertir al judío? El judío observó por todos lados ídolos que su alma aborrecía y detestaba el nombre de Cristo, porque lo asociaba con la adoración a los ídolos, y no me sorprende que lo haya hecho así. Alabo al judío que no podía renunciar a su propio teísmo simple, ni a la adoración del verdadero Dios, por una superstición tan baja y degradante como era la que Roma le presentaba.

En lugar de pensar que es una maravilla de incredulidad que el judío no sea cristiano, lo honro por su fe y su brava resistencia a un paganismo fascinante. Si el catolicismo romano es cristianismo, yo no soy, ni podría ser, un cristiano. Sería algo más valiente ser un simple creyente en un único Dios, o aun ser alguien que duda honestamente de todas las religiones, que adorar a tales multitudes de dioses y diosas que han establecido los Papas, e inclinarse como esa iglesia lo hace, ante huesos podridos y sudarios.

Que la verdadera iglesia cristiana piense con amor en el judío, y con denuedo respetuoso le diga el verdadero Evangelio. Que barra la superstición, y ponga ante él al único Dios misericordioso en la Trinidad de Su divina Unidad. Y el día vendrá cuando los judíos, que fueron los primeros apóstoles para los gentiles, los primeros misioneros que fueron lejos, serán reunidos de nuevo. En tanto que eso no suceda, la plenitud de la gloria de la iglesia nunca podrá darse.

Beneficios incomparables para el mundo están unidos con la restauración de Israel. Su reunión será como vida salida de la muerte. Jesús el Salvador, es el gozo de todas las naciones, pero que no se le niegue a la raza escogida su porción peculiar de cualquier promesa que la Sagrada Escritura ha registrado con una consideración especial para ellos. Los infortunios que sus pecados les trajeron han caído sobre ellos duro y tupido. Pero aún así que las bendiciones más abundantes se destilen sobre ellos.

Aunque nuestra traducción no es correcta literalmente, ella sin embargo, expresa una gran verdad, que se enseña claramente en el contexto. Y, por consiguiente, daremos un paso más. La venida de Cristo es una alegría para todos los pueblos. Y así es, pues el versículo catorce dice, “Y en la tierra paz,” la cual es una expresión amplia y hasta ilimitada. Agrega, “paz entre los” —no dice judíos sino— “hombres” —todos los hombres. La palabra es el nombre genérico de la raza entera, y no hay duda que la venida de Cristo trae alegría a todo tipo de personas.

Trae una medida de gozo inclusive a aquellos que no son cristianos. Cristo no los bendice en el sentido más elevado y verdadero, pero la influencia de Su enseñanza imparte beneficios de un tipo inferior, tales como son capaces de recibir. Porque dondequiera que el Evangelio es proclamado, no es pequeña la bendición para todo el pueblo. Observen este hecho, no hay país bajo el sol en donde esté una Biblia abierta y un Evangelio predicado, donde un tirano pueda sostenerse por largo tiempo en su lugar. No importa quién sea, papa o rey. Que el púlpito se utilice adecuadamente para la predicación de Cristo crucificado, que la Biblia sea abierta por todos los hombres, y no habrá tirano que gobierne en paz por mucho tiempo.

Inglaterra debe su libertad a la Biblia. Y Francia nunca poseerá libertad perdurable y bien establecida, hasta que llegue a reverenciar el Evangelio que durante demasiado tiempo ha rechazado. Hay gozo para toda la humanidad, allí donde Cristo viene. La religión de Jesús hace pensar a los hombres, y hacer pensar a los hombres es siempre peligroso para el poder de un déspota. La religión de Jesús libera de superstición al hombre. Cuando él cree en Jesús, ¿qué le preocupan las excomuniones papales, o si los sacerdotes dan o retienen su absolución? Ese hombre no se acobarda ni se dobliga. Ya no está dispuesto a ser conducido de la nariz, como bestia, sino que al aprender a pensar por sí mismo y convertirse en hombre, desdeña los temores infantiles que alguna vez lo tuvieron en la esclavitud.

Por consiguiente, donde viene Jesús, aun si los hombres no lo reciben como el Salvador, y con ello se pierden del gozo más pleno, sin embargo obtienen una medida de beneficio. Y ruego a Dios que por todas partes así sea proclamado Su Evangelio, y que muchos puedan ser movidos por el espíritu de ese Evangelio para que sea lo mejor para la humanidad. Si los hombres reciben a Cristo ya no habrá más opresión; el verdadero cristiano trata a otros como él quisiera que ellos lo trataran a él, y ya no hay más enfrentamiento de clases, ni se trituran los rostros de los pobres.

La esclavitud debe derrumbarse donde gobierna el cristianismo, y observen, si alguna vez el catolicismo romano es destruido, y el cristianismo puro llega a gobernar a todas las naciones, la guerra misma debería llegar a un fin. Pues si hay algo que este Libro denuncia y considera como el más grande de todos los crímenes, es el crimen de la guerra.

Guarda tu espada en su vaina, pues, ¿no ha dicho Él, “No matarás,”? y Él no quiso decir que era pecado matar a uno, pero que era gloria matar a un millón; Él quiso decir que derramar sangre en la escala más pequeña o más grande era pecado. Que gobierne Cristo, y los hombres romperán el arco y harán pedazos la lanza, y quemarán el carro de combate en el fuego. Es gozo para todas las naciones que Cristo es nacido, el Príncipe de la Paz, el Rey que gobierna en justicia. Pero, amados hermanos, el gozo más grande es para quienes conocen a Cristo como un Salvador. Aquí el canto se eleva a una nota mayor y más sublime. Ciertamente nos ha nacido un Niño, si podemos decir que Él es nuestro “Salvador, que es CRISTO el Señor.”

Déjenme hacerles a cada uno de ustedes unas cuantas preguntas personales. ¿Han sido perdonados sus pecados por causa de Su nombre? ¿Ha sido herida la cabeza de la serpiente en el alma de

ustedes? ¿Reina con poder santificador la simiente de la mujer en la naturaleza de ustedes? Oh, entonces, ustedes tienen el gozo que es para todos en su verdadera forma y, queridos hermanos, entre más se sometan a Cristo el Señor, y más plenamente lo conozcan y sean semejantes a Él, la felicidad de ustedes será más plena.

Hay un gozo superficial para quienes viven donde se predica el Salvador. Pero las grandes profundidades, las grandes profundidades insondables de gozo solemne que brillan y relucen con deleite son para los que conocen al Salvador, obedecen al Ungido, y tienen comunión con el propio Señor.

El hombre más gozoso es el hombre más cercano a Cristo. Yo quisiera que algunos cristianos fueran cristianos más verdaderos, pues son cristianos y algo más. Sería mucho mejor si fueran solamente cristianos.

Tal vez ustedes conozcan la leyenda, o, tal vez la historia auténtica del despertar de San Agustín. Soñó que se moría e iba a las puertas del cielo, y el guardián de la puerta le preguntó, ¿quién eres tú? Él respondió, “Christianus sum,” soy un cristiano. Pero el portero replicó, “no, no eres cristiano, eres un ciceroniano, porque tus pensamientos y estudios fueron fundamentalmente dirigidos hacia los trabajos de Cicerón y los clásicos, y desatendiste la enseñanza de Jesús. Aquí juzgamos a los hombres por lo que más absorbió sus pensamientos, y eres juzgado como que no eres cristiano, sino ciceroniano.”

Cuando despertó Agustín, hizo a un lado a los clásicos que había estudiado, y la elocuencia a la que aspiraba, y dijo, “seré un cristiano y un teólogo.” Y desde ese momento dedicó sus pensamientos a la Palabra de Dios, y su pluma y su lengua a la instrucción de otros en la verdad.

Oh, no quisiera yo que se dijera de alguno de ustedes: “bien, puede ser más o menos un cristiano, pero es con mucho, un comerciante dedicado a hacer dinero.” Yo no quisiera que se dijera de alguno de ustedes: “bien, tal vez él es un cristiano, pero es mucho mejor político.” “Tal vez es un cristiano, pero se siente más a gusto cuando habla de ciencia, agricultura, ingeniería, caballos, minería, navegación, o viajes de placer.”

No, no, nunca conocerán la plenitud del gozo que Jesús trae al alma a menos que bajo el poder del Espíritu Santo, ustedes tomen al Señor como su Todo en todo, y lo hagan la fuente de su deleite más intenso. “Él es mi Salvador, mi Cristo, mi Señor” que sea esto de lo que más se gloríen. Entonces conocerán el gozo que el cántico del ángel les predice a los hombres.

III. Pero debo seguir adelante. Lo último en el texto es LA SEÑAL. Los pastores no pidieron una señal, pero se les dio gratuitamente una. Algunas veces es pecaminoso que nosotros solicitemos como una evidencia, lo que la ternura de Dios considera dar como una ayuda para la fe. La incredulidad obstinada no recibirá señal, pero la fe débil tendrá ayuda compasiva.

La señal de que el gozo del mundo había venido fue esta: debían ir al pesebre para hallar al Cristo en él, y Él iba a ser la señal. Cada circunstancia es por consiguiente instructiva. El bebé fue hallado “envuelto en pañales.” Ahora observen, al mirar a este infante, que no existe aquí ni la más remota apariencia de poder temporal. Observen los débiles bracitos de un bebé que debe ser cargado.

Ay, las naciones de la tierra buscan el gozo en el poder militar. ¿Por qué medios podemos hacer una nación de soldados? El método prusiano es admirable. Debemos tener millares y millares de hombres armados y grandes cañones y buques acorazados para matar y destruir al por mayor. ¿Acaso no es el orgullo de una nación ser gigante en armas?

¡Qué orgullo sonroja las mejillas del patriota cuando recuerda que su nación puede asesinar más rápido que cualquier otra! Ah, insensata generación, están buscando a tientas en las llamas del infierno para encontrar su cielo, rastrillando entre la sangre y los huesos buscando la cosa inmunda que ustedes llaman gloria.

El gozo de una nación nunca puede descansar en la desdicha de otros. El asesinato no es la senda a la prosperidad, los armamentos inmensos son una maldición para la propia nación, así como para sus vecinos. El gozo de una nación es una arena dorada la cual nunca ha sido empapada por un arroyo de sangre. Sólo se encuentra en ese río cuyas corrientes alegran la ciudad de Dios. La debilidad de la ternura sumisa es poder verdadero.

Jesús funda Su imperio eterno no en la fuerza sino en el amor. Aquí, todos ustedes, vean su esperanza. El apacible Príncipe pacífico, cuya gloria es Su propio sacrificio, es nuestro verdadero benefactor. Pero miren de nuevo, y no observarán ninguna pompa que los deslumbre. ¿Acaso está envuelto el niño en púrpura y lino fino? Ah, No. ¿Duerme en una cuna de oro? Únicamente el pesebre es Su refugio. El bebé no tiene una corona en Su cabeza, ni una diadema rodea la frente de la madre. Una joven sencilla de Galilea, y un niño pequeño envuelto en pañales ordinarios, es todo lo que ustedes ven,

“No te protejas en cortesano techo,

Ni en el soleado salón del poder,

Pasa rápido ante Babel, y busca la tierra sagrada.

De los ropajes de púrpura de Tiro

Aparta tus ojos sin que se deslumbren y dirígelos

Al prado de Belén, y permanece junto al pesebre.

Ay, las naciones son deslumbradas por un espectáculo vano. La pompa de los imperios, los desfiles de los reyes son su deleite. Cómo pueden admirar esas ostentosas cortes en las que muy a menudo las gloriosas vestimentas, las decoraciones y los rangos sociales sustituyen a la virtud, la castidad, y la verdad de Dios. ¿Cuándo cesará la gente de ser tan aniñada?

¿Anhelen siempre ardientemente esa música marcial que estimula la violencia, y se deleitarán en gastos derrochadores que los cargan de impuestos? Estas cosas no hacen a una nación grande o gozosa. ¡Bah! Cómo se ha roto la burbuja en aquel mar angosto. Un imperio de burbuja se ha colapsado. Diez mil bayonetas y millones en oro resultaron ser una cimentación de arena para un trono de Babel. Vanos son los hombres que buscan gozo en la pompa. El gozo se encuentra en la verdad y en la justicia, en la paz y en la salvación, de todo lo cual aquel recién nacido, Príncipe en ropas de un niño campesino, es el símbolo verdadero.

Tampoco se podían ver riquezas en Belén. Aquí en esta quieta isla, las masas buscan confortablemente sus miles de pesos por medio del comercio y las fábricas. Somos personas sensatas que seguimos la mayor oportunidad y no nos dejamos engañar por ideas de gloria. Estamos haciendo todo el dinero que podemos, y nos maravillamos que otras naciones desperdicien tanto en la guerra. El pilar principal y la motivación del gozo de Inglaterra se debe encontrar, como algunos nos dicen, en los porcentajes de rendimiento, en la posesión de colonias, en el desarrollo de la maquinaria, y en incrementar regularmente nuestro capital.

¿No es Mamón una deidad sonriente? Pero aquí, en la cuna de la esperanza del mundo en Belén, veo mucho más pobreza que riqueza. No percibo los destellos del oro, ni los adornos brillantes de la plata. Sólo percibo a un bebé pobre, tan pobre, verdaderamente tan pobre, que Él fue colocado en un pesebre. Y su madre es la esposa de un obrero, una mujer que no usa ni seda ni joyas. No será en su oro, oh, ingleses, donde descansen su gozo jamás, sino en el Evangelio disfrutado por todas las clases. El Evangelio predicado gratuitamente y recibido con gozo. Jesús, al elevarnos a la riqueza espiritual, nos redime de las cadenas de Mamón, y en esa libertad nos da gozo.

Y aquí, tampoco, veo superstición. Sé que el artista pinta ángeles en los cielos, y rodea a la escena con una luz misteriosa, de la cual una tradición de falsedad ha dicho que hizo que la medianoche fuera tan brillante como el mediodía. Esto es meramente una ficción. No hubo allí nada más que un establo, la paja que comía el buey, y tal vez las propias bestias, y el niño envuelto como cualquier otro niño, de la manera más sencilla y más simple. Los querubines eran invisibles y no había aureolas. Alrededor de este nacimiento de gozo no hubo señal de superstición: ese demonio no se atrevió a introducir sus trucos ni sus fingimientos en el espectáculo sublime, habría estado allí tan fuera de lugar como un arlequín en el santo de los santos.

Un Evangelio sencillo, un Evangelio claro, tan claro como ese niño envuelto en los vestidos más comunes, es este día la única esperanza de los hombres. Sean sabios y crean en Jesús, y aborrezcan todas las mentiras de Roma, y las invenciones de aquellos que imitan sus abominaciones detestables.

Tampoco descansa el gozo del mundo en la filosofía. No podrían haber hecho de Belén un enigma de hombres doctos aunque lo hubieran intentado. Sólo se trataba de un niño en el pesebre y de una mujer judía cuidándolo y alimentándolo, y un carpintero junto a ella. No había allí ninguna dificultad metafísica, de la que los hombres pudieran decir: “se necesita de un doctor en teología para explicarlo, y una asamblea de teólogos debe exponerlo.”

Es verdad que los magos llegaron allí, pero sólo para adorarlo y ofrecer regalos; oh, que todos los hombres sabios fueran tan sabios como ellos. Ay, la sutileza humana ha disputado acerca del pesebre, y la lógica ha oscurecido el consejo con sus palabras. Pero esta es una de las muchas invenciones del hombre, la obra de Dios fue sublimemente simple. Aquí es, “el Verbo fue hecho carne,” para habitar entre nosotros, un misterio para la fe, pero no un tema para debatir. Un tema misterioso, y, sin embargo, la más grande simplicidad jamás hablada a los oídos humanos, y vista por ojos mortales. Y así es el Evangelio, que cuando lo predicaba el Apóstol decía, “usamos de mucha franqueza.”

Márchense lejos, lejos, lejos con sus sermones eruditos, y su fina conversación, y sus pretenciosas filosofías. Éstas nunca crearon ni un ápice de alegría en este mundo. Las teorías finamente tejidas son agradables para contemplarlas, y confundir a los insensatos, pero no son de utilidad para los hombres prácticos. No consuelan a los hijos del trabajo agotador, ni alegran a las hijas del dolor. El hombre de sentido común que siente la rutina y el desgaste diario de este pobre mundo, necesita un consuelo más rico que lo que las nuevas teologías, o neologías, puedan darle.

En un Cristo simple, y en una fe simple en ese Cristo, hay una paz profunda y duradera. En un sencillo Evangelio para el hombre pobre, hay un gozo y una felicidad inexpresables, de la cual miles pueden hablar, y hablar con confianza, también, porque declaran lo que ciertamente saben, y testifican lo que han visto.

Yo les digo entonces a ustedes, que quisieran conocer la única paz verdadera y el gozo perdurable, vengan al bebé de Belén, en días posteriores el Varón de Dolores, el Sacrificio sustitutivo para los pecadores. Vengan, ustedes niños, muchachos y muchachas, vengan. Pues Él también fue un mucha-

cho. “El santo niño Jesús” es el Salvador de los niños, y aun dice todavía, “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis.” Vengan aquí, jovencitas, ustedes que todavía están en la alborada de su belleza, y, como María, regocíjense en Dios su Salvador. La virgen lo llevó a Él en su seno; así vengan y llévenlo en sus corazones, diciendo, “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado.”

Y ustedes, ustedes hombres en la plenitud de su vigor, recuerden cómo José cuidó de Él, y vigiló con solicitud reverente sus tiernos años. Sean ustedes para Su causa como un padre y protector. Santifiquen el vigor de ustedes para Su servicio. Y ustedes mujeres, avanzadas en años, ustedes matronas y viudas, vengan como Ana y bendigan al Señor porque han visto la salvación de Israel. Y ustedes que peinan cabellos canos, que como Simeón están listos para partir, vengan y tomen al Salvador en sus brazos, adorándolo como el Salvador de ustedes y el todo de ustedes. Ustedes pastores, de corazón sencillo, que trabajan duro por el pan diario, vengan y adoren al Salvador. Y no se queden atrás ustedes los sabios, que saben por experiencia y quienes por la meditación contemplan la verdad profunda, vengan y como los magos del Oriente inclínense profundamente ante Su presencia, y hagan que su honor consista en rendir honor a Cristo el Señor.

En lo que a mí respecta, el Dios encarnado es toda mi esperanza y mi confianza. He visto la religión del mundo allí donde está su manantial, y mi corazón se ha enfermado dentro de mí. Regreso a predicar, con la ayuda de Dios, aún más seriamente el Evangelio, el Evangelio sencillo del Hijo del Hombre. ¡Jesús, Señor, te tomo para que seas mío para siempre! Que todos en esta casa, por medio de la rica gracia de Dios, sean conducidos a hacer lo mismo, y que todos ellos sean Tuyos, grandioso Hijo de Dios, en el día de Tu venida, por causa de Tu amor. Amén

7

⁷Spurgeon, C. H., & Román, A. (2008). *Sermones de Carlos H. Spurgeon*. Bellingham, WA: Logos Research Systems, Inc.

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Jesús, el Rey de la Verdad.

NO. 1086

Un sermón predicado la noche del Jueves 19 de Diciembre, 1872

por Charles Haddon Spurgeon

En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.” Juan 18:37.

Ya casi ha llegado la época en la que, por costumbre, nuestros conciudadanos son impulsados a recordar el nacimiento del santo niño Jesús, nacido “Rey de los judíos.” Sin embargo, yo no los voy a guiar a Belén, sino al pie del Calvario; allí aprenderemos de los propios labios del Señor, algo relativo al reino del que Él es monarca, y de esta manera seremos motivados a valorar mucho más, el gozoso evento de Su nacimiento.

El apóstol Pablo nos informa que nuestro Señor Jesucristo dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato. Fue una buena profesión en cuanto a su forma, pues nuestro Señor fue veraz, benigno, prudente, paciente, manso, y, al mismo tiempo, fue firme y valiente. Su espíritu no se acobardó delante del poder de Pilato, ni se exasperó frente a sus miradas de desprecio. En Su paciencia señoreaba en Su alma, estableciéndose como el testigo modelo a favor de la verdad, tanto en Su silencio como en Su palabra. Dio también testimonio de la buena profesión, en cuanto a su contenido; pues, aunque habló poco, lo que dijo fue lo necesario. Reclamó Sus derechos a la corona, y, al mismo tiempo, declaró que Su reino no era de este mundo, ni sería sustentado por la fuerza. Él vindicó tanto la espiritualidad como la veracidad esencial de Su soberanía. ¡Si alguna vez nos encontráramos en circunstancias semejantes, que seamos capaces también de dar testimonio de la buena profesión! Tal vez no tengamos que dar testimonio nunca ante un Nerón, como Pablo; pero si tuviéramos que hacerlo, ¡que el Señor nos ayude y nos dé la fortaleza para que nos comportemos como hombres valientes delante del león! En nuestras familias, o entre nuestros conocidos del trabajo, podríamos tener que enfrentarnos a algún pequeño Nerón, o responder a algún insignificante Pilato; que, entonces, demos también testimonio de la buena profesión. ¡Oh, que tengamos la gracia de quedarnos prudentemente callados o de ser mansamente francos, según lo requiera el caso, y en cualquiera de ambas circunstancias, ¡que seamos fieles a nuestra conciencia y a nuestro Dios! ¡Que el doliente rostro de Jesús, el fiel y verdadero Testigo, el Príncipe de los reyes de la tierra, esté a menudo delante de nuestros ojos, para sofocar el primer brote de indecisión, y para inspirarnos un intrépido valor!

Tenemos para nuestra consideración, en las palabras del texto, una parte de la buena profesión de nuestro Salvador, relacionada con Su reino.

I. Observen, primero que nada, que nuestro Señor AFIRMÓ SER UN REY. Pilato dijo: “¿Luego, eres tú rey!” haciendo la pregunta con una sorpresa burlona, ya que el pobre hombre que estaba frente a él, tenía pretensiones de realeza. ¿Se sorprenden que Pilato se hubiera maravillado grandemente al descubrir pretensiones de realeza asociadas con una condición tan deplorable? El Salvador respondió, en efecto, “Tú dices que yo soy rey.” La pregunta fue sincera a medias; la respuesta fue comple-

tamente solemne: “Yo soy rey.” Nada fue expresado jamás por nuestro Señor, con mayor certeza y sinceridad.

Ahora, fíjense que la afirmación de nuestro Señor de ser rey, la hizo sin la menor ostentación ni deseo de sacarle algún provecho. Hubo otras ocasiones en la que si hubiese dicho: “Yo soy rey,” habría sido llevado en hombros por el pueblo, y coronado en medio de aclamaciones generales. Sus paisanos fanáticos en una ocasión le habrían hecho rey de buen grado; y leemos que una vez “iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey.” En esas oportunidades Él hablaba muy poco acerca de Su reino y lo que llegaba a decir, lo expresaba en parábolas, que luego explicaba únicamente a Sus discípulos cuando se encontraban a solas. Muy poco se refería en Su predicación a lo concerniente a Sus derechos de nacimiento como Hijo de David y como vástago de la casa real de Judá, pues rehuía los honores del mundo, y desdeñaba las glorias frívolas de una diadema temporal. El que vino en amor para redimir a los hombres, no tenía ninguna ambición por las insignificancias de la soberanía humana. Pero ahora, habiendo sido traicionado por Su discípulo, acusado por Sus paisanos, estando en manos de un gobernante injusto, y cuando no puede beneficiarse de ello, sino que le acarrearía escarnio en vez de honor, entonces declara abiertamente y responde a Su interrogador: “Tú dices que yo soy rey.”

Observen bien la claridad de la declaración de nuestro Señor. No había forma de malinterpretar Sus palabras: “Yo soy rey.” Cuando ha llegado el tiempo para que la verdad sea publicada, nuestro Señor no es remiso en declararla. La verdad tiene momentos oportunos para el discurso y ocasiones en las que el silencio resulta más conveniente. No debemos echar nuestras perlas delante de los cerdos, pero cuando llega la hora de hablar, no debemos dudar, sino que debemos hablar con la voz de una trompeta, emitiendo un claro sonido que ningún hombre pueda malinterpretar. Así, aunque era un prisionero condenado a muerte, el Señor declara valerosamente Su realeza, sin importarle que Pilato le cubriera de escarnio a consecuencia de ello. Oh, que tengamos la prudencia del Señor para hablar la verdad en el momento oportuno, y el valor del Señor para predicar la verdad llegado su momento. Soldados de la cruz, aprendan de su Capitán.

La afirmación de realeza por parte de nuestro Señor, debe haber sonado como algo muy extraño al oído de Pilato. Jesús, indudablemente, estaba muy agobiado, triste y debilitado en Su apariencia externa. Él había pasado la primera parte de la noche en el huerto, en medio de una agonía. En horas de la medianoche había sido llevado a rastras de Anás a Caifás, y de Caifás a Herodes; ni siquiera se le había permitido descansar al despuntar el día, de tal forma que, de puro cansancio, se vería muy lejos del parecer de un rey. Si tomaran a alguna pobre criatura andrajosa de la calle, y le preguntaran: “¿Luego, eres tú rey?” difícilmente la pregunta podría ser más sarcástica. Pilato, en su corazón, despreciaba a los judíos como tales, pero aquí tenía frente a sí a un pobre judío, perseguido por los de Su propia raza, desvalido y sin amigos. Sonaba a burla hablar de un reino vinculado a Él. ¡Sin embargo, la tierra no vio jamás a un rey más verdadero! Nadie del linaje de Faraón, de la familia de Nimrod, o de la raza de los Césares era tan intrínsecamente imperial en sí mismo como lo era Él, reconocido muy merecidamente como rey en virtud de Su linaje, Sus logros y Su carácter superior. El ojo carnal no podía ver esto, pero para el ojo espiritual es tan claro como la luz del mediodía.

Hasta este día, en su apariencia externa, el cristianismo puro es igualmente un objeto sin atractivo, y muestra en su superficie pocas señales de realeza. Es sin parecer ni hermosura, y cuando los hombres lo ven, no encuentran una belleza deseable para ellos. Ciertamente, hay un cristianismo nominal que es aceptado y aprobado por los hombres, pero el Evangelio puro, es despreciado y desechado todavía. El Cristo real de hoy, es desconocido e irreconocible entre los hombres, de la misma manera

que lo fue en Su propia nación hace mil ochocientos años. La doctrina evangélica está en rebaja, la vida santa es censurada, y la preocupación espiritual es escarnecida. “¿Qué,” preguntan ellos, “tú llamas verdad regia a esta doctrina evangélica? ¿Quién la cree en nuestros días? La ciencia la ha refutado. No hay nada grandioso acerca de ella; podrá proporcionar consuelo a las viejas, y a todos aquellos que no tengan suficiente capacidad para pensar libremente, pero su reino ha terminado, y no regresará jamás.”

En cuanto a vivir separados del mundo, califican eso de Puritanismo, o algo peor. Cristo en doctrina, Cristo en espíritu, Cristo en la vida: en estas áreas, el mundo no puede soportarlo como rey. El Cristo alabado con himnos en las catedrales, el Cristo personificado en prelados altaneros, el Cristo rodeado por los que pertenecen a las casas reales, *Él* sí es aceptable; pero al Cristo que debe ser honestamente obedecido, seguido, y adorado en simplicidad, sin pompa o liturgias deslumbrantes, a ese Cristo no le permitirán que reine sobre ellos. Pocas personas, hoy en día, estarán de parte de la verdad por la que dieron la vida sus antepasados. El día del compromiso de seguir a Jesús en medio de la maledicencia y de la vergüenza, ha pasado. Sin embargo, aunque los hombres se nos acerquen para preguntarnos: “¿acaso llaman a su evangelio divino? ¿Son ustedes tan ridículos como para creer que su religión viene de Dios y que someterá al mundo?” Nosotros respondemos valerosamente: “¡sí!” ¡Así como debajo del vestido de un campesino y del rostro pálido del Hijo de María, podemos discernir al Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, así también bajo la sencilla forma de un Evangelio despreciado, percibimos los regios lineamientos de la verdad divina. A nosotros no nos importa la ropa o la morada externa de la verdad; la amamos por ella misma. Para nosotros, los palacios de mármol y las columnas de alabastro no tienen importancia. Valoramos mucho más el pesebre y la cruz. Estamos satisfechos de que Cristo reine donde *Él* quería reinar, y ese lugar no es en medio de los grandes de la tierra, ni entre los poderosos y los sabios, sino entre lo vil del mundo y lo que no es, que deshará lo que es, pues a estos ha elegido Dios, desde el principio, para que sean Suyos.

Debemos agregar que la declaración de nuestro Señor, de ser rey, será reconocida un día por toda la humanidad. Cuando, de acuerdo a nuestra versión, Cristo le dijo a Pilato: “Tú dices que yo soy rey,” virtualmente profetizó la confesión futura de todos los hombres. Algunos que han sido enseñados por Su gracia, se regocijan en *Él* en esta vida como su Rey todo codiciable. Bendito sea Dios, el Señor Jesús podría mirarnos a los ojos a muchos de nosotros, y decimos: “tú dices que yo soy rey,” y nosotros responderíamos: “lo decimos gozosamente.” ¡Pero vendrá el día cuando *Él* se siente en Su gran trono blanco, y entonces, cuando las multitudes tiemblen en la presencia de Su temible majestad, gente incluso como Poncio Pilato, y Herodes, y los principales sacerdotes, reconocerán que *Él* es rey! ¡Entonces, a cada uno de Sus aterrados e irresistiblemente convencidos enemigos les dirá: “ahora, oh despreciador, tú dices que yo soy rey,” pues ante *Él* se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará que *Él* es el Señor!

Recordemos en este punto que cuando nuestro Señor dijo a Pilato: “tú dices que yo soy rey,” *Él* no se estaba refiriendo a Su dominio divino. Pilato no estaba pensando en eso para nada, ni nuestro Señor, me parece, se refirió a eso: sin embargo, no se olviden que, como divino, *Él* es el Rey de reyes y Señor de señores. No debemos olvidar nunca que, aunque murió en debilidad como hombre, *Él* vive eternamente y gobierna como Dios. Y tampoco creo que se refería a Su soberanía mediadora, que posee sobre la tierra en relación a Su pueblo; pues al Señor toda potestad le es dada en el cielo y en la tierra, y el Padre le ha dado potestad sobre toda carne para que dé vida eterna a todos los que le fueron dados. Pilato no estaba aludiendo a eso, en primer lugar, ni nuestro Señor tampoco. *Él* se estaba refiriendo a ese gobierno que personalmente ejerce en las mentes de los fieles, a través de la verdad.

Ustedes recordarán el dicho de Napoleón: “yo he fundado un imperio mediante la fuerza, y se ha desvanecido; Jesucristo estableció Su reino en el amor, y permanece hasta este día, y permanecerá.” Ese es el reino al que la palabra del Señor se refiere, el reino de la verdad espiritual en el que Jesús reina como Señor sobre aquellos que son de la verdad. Él afirmaba ser un rey, y la verdad que reveló, y de la cual Él era la personificación, es, por lo tanto, el cetro de Su imperio. Él gobierna mediante la fuerza de la verdad sobre aquellos corazones que sienten el poder de la rectitud y de la verdad, y por tanto se someten voluntariamente a Su guía, creen en Su palabra, y son gobernados por Su voluntad. Cristo reclama soberanía entre los hombres como Señor espiritual; Él es rey de las mentes de los que le aman, de los que confían en Él, y le obedecen, porque ven en Él la verdad que desean sus almas con vehemencia. Otros reyes gobiernan nuestros cuerpos, pero Cristo gobierna nuestras almas; aquellos gobiernan por la fuerza, pero Él gobierna por los atractivos de la justicia; la de aquellos reyes es, en gran medida, una realeza ficticia, pero la Suya es verdadera y encuentra su fuerza en la verdad.

Suficiente, entonces, en relación a las afirmaciones de Cristo relativas a ser un rey.

II. Ahora, observen, en segundo lugar, que NUESTRO SEÑOR DECLARÓ QUE ESTE REINO ERA EL PRINCIPAL PROPÓSITO DE SU VIDA. “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo.” La razón por la que nació de la virgen fue para establecer Su reino. Era necesario que naciera para ser Rey de los hombres. Él siempre fue Señor de todo; no necesitaba nacer para ser un rey en ese sentido, pero para ser rey a través del poder de la verdad, era esencial que naciera en nuestra naturaleza. ¿Por qué? Yo respondo, primero, porque no es natural que un gobernante sea de naturaleza diferente a la del pueblo al que gobierna. Un rey angélico de los hombres sería algo impropio; no podría darse la identificación que es el cemento de un imperio espiritual. Jesús, para gobernar únicamente por la fuerza del amor y de la verdad, se volvió de la misma naturaleza que la humanidad; fue un hombre entre los hombres, un hombre real, pero un hombre verdaderamente noble y de condición regia, y así, un Rey de los hombres.

Pero, además, el Señor nació para salvar a Su pueblo. Los súbditos son esenciales a un reino; un rey no puede ser rey si no tiene a nadie a quien gobernar. Pero todos los hombres habrían perecido por el pecado, si Cristo no hubiera venido al mundo y no hubiera nacido para salvar. Su nacimiento fue un paso necesario para Su muerte redentora. Su encarnación fue necesaria para la expiación.

Además, la verdad no ejerce nunca tanto poder como cuando se encarna. La verdad hablada puede ser derrotada, pero la verdad actuada en la vida de un hombre es omnipotente, por medio del Espíritu de Dios. Ahora, Cristo no habló simplemente la verdad, sino que Él *era* la verdad. Si hubiera sido la verdad venida en una forma angélica, habría poseído muy poco poder sobre nuestros corazones y nuestras vidas; pero la verdad perfecta en una forma humana, tiene un regio poder sobre la humanidad regenerada. La verdad venida en carne y sangre tiene poder sobre carne y sangre. De aquí que nació para este propósito. Así que cuando oigan las campanas que tañen en la Navidad, piensen en el motivo por el que nació Cristo. No sueñen con que vino a aderezar sus mesas y a llenar sus copas. En su júbilo, miren por encima de todas las cosas terrígenas. Cuando oigan que en ciertas iglesias hay pomposas celebraciones y espectáculos eclesiásticos, no piensen que Jesús nació para este propósito. No; sino que miren dentro de sus corazones, y piensen que para esto nació: para ser Rey, para gobernar por medio de la verdad en las almas de un pueblo que es, por gracia, conducido a amar la verdad de Dios.

Y luego agregó: “Y para esto he venido al mundo;” esto es, salió del seno del Padre para establecer Su reino, declarando cosas escondidas desde la fundación del mundo. Ningún hombre puede revelar el consejo de Dios, sino Uno que ha estado con Dios; ¡y el Hijo que ha salido de los palacios

de marfil de la alegría, nos anuncia las buenas nuevas de gran gozo! Por esta causa vino también al mundo, desde el oscuro retiro del taller de José, donde, durante muchos años estuvo escondido como una perla en su concha. Era necesario que la verdad a la que vino a dar testimonio, fuera dada a conocer, y que resonara en los oídos de la multitud. Puesto que iba a ser Rey, debía abandonar Su retiro, y salir a combatir por Su trono. Tenía que predicar a las multitudes sobre la ladera del monte. Tenía que hablar en la costa del mar. Tenía que reunir a Sus discípulos, y enviarlos de dos en dos para publicar desde los tejados los secretos de la verdad poderosa. No salió porque le encantara ser visto de los hombres, o porque buscara la popularidad; sino con este propósito: que Él pudiera establecer Su reino, habiendo publicado la verdad. Era necesario que saliera al mundo y enseñara, pues de otra manera la verdad no sería conocida, y por consiguiente no podría operar. El sol debe elevarse como esposo que sale de su tálamo, pues de lo contrario el reino de la luz nunca será establecido. El Espíritu debe salir del depósito de los vientos, o la vida nunca reinará en el valle de los huesos secos.

Durante tres años, nuestro Señor vivió conspicuamente, y enfáticamente “vino al mundo.” Él fue visto por los hombres de manera tan cercana que pudo ser visto con los ojos, contemplado, tocado y palpado con las manos. Él tenía el propósito de ser un modelo, y por lo tanto, era necesario que fuera visto. La vida de un hombre que vive en absoluto retiro puede ser admirable para sí mismo y aceptable para Dios, pero no puede ser ejemplar para los hombres: por esta razón el Señor vino al mundo, para que todo lo que iba a hacer, influenciara a la humanidad. Sus enemigos tuvieron permiso para vigilar cada una de Sus acciones, y se les permitió que se esforzaran para sorprenderle en alguna palabra, para probarle. Sus amigos le veían en privado, y sabían lo que hacía en la soledad. Así, su vida entera pudo ser reportada: fue observado en la fría ladera de la montaña a medianoche, así como en medio de la gran congregación. Esto fue permitido para que la verdad fuera conocida, pues cada acción de Su vida era verdad, y contribuía a establecer el reino de la verdad en el mundo.

Hagamos una pausa aquí. Cristo es rey, un rey por la fuerza de la verdad en un reino espiritual; con este propósito nació; por esta causa vino al mundo. Alma mía, hazte esta pregunta: ¿Ha sido cumplido en ti este propósito del nacimiento y de la vida de Cristo? Si no es así, ¿cuál es el provecho de la Navidad para ti? Los miembros del coro cantarán: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado.” ¿Es cierto eso para ti? ¿Cómo podría serlo a menos que Jesús reine en ti, y sea tu Salvador y tu Señor? Los que verdaderamente pueden regocijarse en Su nacimiento son aquellos que le conocen como el Señor de sus corazones, que gobierna su entendimiento por la verdad de su doctrina, su admiración por la verdad de Su vida, y sus afectos por la verdad de Su persona. Para esa gente, Él no es un personaje que deba ser retratado con una corona de oro y un manto de púrpura, como los reyes comunes y teatrales de los hombres; sino ¡Alguien más resplandeciente y más celestial, cuya corona es real, cuyo dominio es incuestionable, que gobierna con verdad y amor! ¿Conocemos a este rey?

Esta pregunta se podría aplicar muy bien a nosotros, pues, amados, hay muchos que dicen: “Cristo es mi Rey,” pero que no saben lo que dicen, pues no le obedecen. El que es siervo de Cristo, confía en Cristo, y camina conforme a la mente de Cristo, y ama la verdad que Jesús ha revelado: todos los demás son meros hipócritas.

III. Pero debo continuar. Nuestro Señor, en tercer lugar, REVELÓ LA NATURALEZA DE SU PODER REAL. Ya he hablado de eso, pero debo hacerlo otra vez. Podría pensarse que el texto fuera de esta manera: “Tú dices que yo soy rey; Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para establecer mi reino.” Las palabras no son esas, pero deben significar eso, pues Jesús no era incoherente en su discurso. Nosotros concluimos que las palabras empleadas tienen el mismo significado que esas que el contexto sugiere, aunque está expresado de manera diferente. Si nuestro Señor hubie-

ra dicho: "Para establecer un reino," Pilato podría haberlo malinterpretado; pero cuando se valió de la explicación espiritual, y dijo que Su reino era la verdad, y que el establecimiento de Su reino era por medio de dar testimonio a la verdad, entonces, aunque Pilato no le entendió (pues estaba muy por encima de su comprensión), sin embargo, de todas maneras, no fue conducido a una mala interpretación.

Nuestro Señor, en efecto, nos dice que la verdad es la característica preeminente de Su reino, y que Su poder real en los corazones de los hombres, es a través de la verdad. Ahora, el testimonio de nuestro Señor entre los hombres, fue enfáticamente sobre asuntos vitales y reales. No trató con ficción, sino con hechos reales; no con trivialidades, sino con realidades infinitas. No habla de opiniones, puntos de vista, o especulaciones, sino de verdades infalibles. ¡Cuántos predicadores desperdician su tiempo sobre lo que puede o no puede ser! El testimonio de nuestro Señor fue preeminentemente práctico y positivo, lleno de verdades y certezas.

Algunas veces, al estar escuchando un sermón, he deseado que el predicador fuera al grano, y que tratara con algo realmente relacionado con el bienestar de nuestras almas. ¿Qué importancia tienen los miles de temas triviales que revolotean a nuestro alrededor, para hombres que se están muriendo? Tenemos al cielo o al infierno delante de nosotros, y la muerte a tiro de piedra; por Dios, no malgasten el tiempo con nosotros, sino ¡dígnanos la verdad de una vez! Jesús es rey en las almas de Su pueblo, porque Su predicación nos ha bendecido de la manera más grande y real, y nos ha dado el descanso en asuntos de ilimitada importancia. Él no nos ha dado piedras bien labradas, sino pan real. Hay mil cosas que ustedes tal vez no sepan, y se habrán perdido de muy poco por no saberlas; pero, oh, si ustedes no conocen lo que Jesús ha enseñado, no les irá bien. Si ustedes son enseñados por el Señor Jesús, tendrán un descanso de sus afanes, un bálsamo para sus aflicciones, y la satisfacción de sus deseos. Jesús da la verdad que necesitan conocer los pecadores que creen en Él: la garantía del pecado perdonado por medio de Su sangre, el favor asegurado por Su justicia, y el cielo obtenido por Su vida eterna.

Además, Jesús tiene el poder sobre Su pueblo porque Él da testimonio no a símbolos, sino a la propia sustancia de la verdad. Los escribas y los fariseos eran muy versados acerca de los sacrificios, las ofrendas, las oblaciones, los diezmos, los ayunos, y cosas semejantes; pero, ¿qué influencia podría tener todo eso sobre los corazones adoloridos? Jesús tiene un poder imperial sobre los espíritus contritos, porque les habla de Su único y verdadero sacrificio y de la perfección que ha obtenido para todos los creyentes. Los sacerdotes perdieron su poder sobre la gente porque no fueron más allá de la sombra, y tarde o temprano, todos aquellos que descansan en el símbolo harán lo mismo. El Señor Jesús retiene Su poder sobre Sus santos porque Él revela la sustancia, pues la gracia y la verdad son por Jesucristo. Cuánta pérdida de tiempo implica debatir sobre la forma de una copa, o la manera de celebrar la comunión, o el color apropiado para la vestiduras del clérigo en la época de Adviento, o la fecha precisa de la Pascua. ¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad! Todas esas trivialidades nunca ayudarán a establecer un reino eterno en los corazones de los hombres. Cuidémonos de no poner nosotros también mucho peso en las cosas externas, y perder de vista lo esencial, la vida espiritual de nuestra santa fe. ¡El reino de Cristo no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo!

El poder del Rey Jesús en los corazones de Su pueblo descansa en gran manera en el hecho de que Él pone de manifiesto la verdad sin mezcla, sin la contaminación del error. Él nos ha entregado una luz pura y no tinieblas; Su enseñanza no es una combinación de la palabra de Dios y de las invenciones del hombre; no es una mezcla de inspiración y de filosofía; plata sin escorias es la riqueza que Él

da a Sus siervos. Los hombres enseñados del Santo Espíritu para amar la verdad, reconocen este hecho y rinden sus almas a la influencia real de la verdad del Señor, y los hace libres, y los santifica; nada puede conducirles a repudiar a tal soberano, pues como la verdad vive y mora en sus corazones, así Jesús, quien es la verdad, mora también en ellos. Si saben lo que es la verdad, ustedes se someterán tan naturalmente a las enseñanzas de Cristo, como los niños se someten siempre a la autoridad de sus padres.

El Señor Jesús enseñó que la adoración tiene que ser verdadera, espiritual y nacida del corazón, pues de lo contrario no sirve de nada. Él no tomó partido por el templo en Gerizim o por el templo en Sion, sino que declaró que la hora había llegado cuando los que adoran a Dios le adorarán en espíritu y en verdad. Ahora, los corazones regenerados sienten el poder de esto, y se regocijan que los emancipe de los miserables elementos del ritualismo carnal. Ellos aceptan de buen grado la verdad de que las palabras piadosas de la oración o de la alabanza serían pura vanidad, a menos que el corazón tenga una adoración viva dentro de sí. En la grandiosa verdad de la adoración espiritual, los creyentes poseen una Carta Magna, tan amada como la vida misma. Nos rehusamos a estar nuevamente sujetos al yugo de servidumbre, y nos adherimos a nuestro rey emancipador.

Nuestro Señor enseñó, también, que vivir falsamente es ruin y aborrecible. Él expresó desprecio por las filacterias ensanchadas de los hipócritas y los extendidos flecos de los mantos de los opresores de los pobres. Para Él, las limosnas ostentosas, las largas oraciones, los ayunos frecuentes, y el diezmo de la menta y del comino no eran nada cuando eran practicados por aquellos que devoraban las casas de las viudas. No le importaban para nada los sepulcros blanqueados y los platos limpiados por fuera. Él juzgaba los pensamientos y las intenciones del corazón. ¡Qué interjecciones utilizó para denunciar a los formalistas de Su día! Debe haber sido un grandioso espectáculo haber visto al humilde Jesús, indignado, tronando en un repique tras otro, Sus denuncias contra la hipocresía. Elías no invocó jamás fuego del cielo que fuera ni la mitad de grandioso. “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas”, es el más estruendoso retumbo de la artillería del cielo! Vean cómo, como un nuevo Sansón, Jesús ataca las imposturas de su época y las apila en un montón sobre otro, para que se pudran para siempre. ¿Acaso Aquel que nos enseña la vida verdadera no será rey de todos los hijos de la verdad? Saludémosle ahora como Señor y Rey.

Además, amados, nuestro Señor no sólo vino para enseñarnos la verdad, sino que fluye de Él un misterioso poder, a través de ese Espíritu que reposa en Él sin medida, que somete a los corazones elegidos a la verdad, y luego guía a los corazones verdaderos a la plenitud de la paz y del gozo. ¿Acaso no han percibido nunca, al haber estado con Jesús, que el sentido de Su pureza los ha conducido a desear vivamente ser purificados de toda hipocresía y de todo camino falso? ¿Acaso no han sentido vergüenza de ustedes mismos al salir de oír Su palabra, de contemplar Su vida, y, sobre todo, de gozar de Su comunión, porque no han sido más reales, más sinceros, más verdaderos, más rectos, súbditos más leales del verdadero Rey? Sé que lo han sentido. Nada acerca de Jesús es falso o siquiera ambiguo. Él es transparente. De la cabeza a los pies Él es la verdad en público, la verdad en privado, la verdad en palabra, y la verdad en hechos. Por esta razón Él tiene un reino sobre los puros de corazón, y Él es vehementemente enaltecido por todos aquellos que están colocados sobre la justicia.

IV. Y ahora, en cuarto lugar, nuestro Señor **EXPLICÓ EL MÉTODO DE SU CONQUISTA.** “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, *para dar testimonio a la verdad.*” Cristo no ha establecido Su reino por la fuerza de las armas. Mahoma sacó la espada, y convirtió a los hombres exigiéndoles que eligieran entre la muerte o la conversión; pero Cristo dijo a Pedro: “Mete tu espada en la vaina.” La compulsión no debe ser usada con nadie para inducirle a aceptar cualquier opinión, mucho

menos para conducirlo a aceptar la verdad. La falsedad requiere del potro de tormento de la Inquisición, pero la verdad no necesita de esa ayuda indigna. Su propia belleza, y el Espíritu de Dios, son su fortaleza. Además, Jesús no usó las artes de las supercherías sacerdotales, ni los trucos de la superstición. Los insensatos son persuadidos por un dogma, por el hecho de que es promulgado por un sabio doctor de alto nivel, pero nuestro Raboni no tiene resonantes títulos de honor. La gente vulgar imagina que un enunciado debe ser correcto si emana de una persona que usa largas mangas, o proviene de un lugar donde los estandartes son de costosa hechura, y la música es de lo más dulce: estas cosas son buenos argumentos para quienes no son reformables; pero Jesús no le debe nada a Su ropa, y no influencia a nadie mediante arreglos artísticos. Nadie puede afirmar que Él reina sobre los hombres por el resplandor de la pompa, o por la fascinación de ceremonias sensuales. Su hacha de combate es la verdad; la verdad es tanto Su flecha como Su arco, Su espada y Su adarga. Créanme, ningún reino es digno del Señor Jesús sino aquel que tiene sus cimientos cifrados en verdades indisputables. Jesús despreciaría reinar con la ayuda de una mentira.

El cristianismo verdadero nunca fue promovido mediante política o engaño, haciendo lo malo, o diciendo lo falso. Incluso exagerar la verdad corresponde a engendrar error, y así derribamos la verdad que pretendíamos establecer. Hay algunos que dicen: “presenta una línea de enseñanza, y nada más, para que no parezcas inconsistente.” ¿Qué tengo yo que ver con eso? Si es la verdad de Dios, estoy obligado a presentarla toda, y a no guardarme nada de ella. La política, como un velero que depende del viento, vira por aquí y por allá; pero el hombre verdadero, como un barco que tiene su propia fuerza motriz, va en línea recta hacia delante aun en medio del huracán. Cuando Dios pone la verdad en las almas de los hombres, les enseña a no desviarse ni a adaptarse, sino a sostenerse a riesgo de lo que sea. Esto es lo que Jesús siempre hizo. Él dio testimonio a la verdad, y allí dejó el asunto; fue cándido como una oveja.

Aquí será apropiado responder la pregunta: “¿a cuál verdad dio testimonio? Ah, mis hermanos, ¿a cuál verdad no dio testimonio? ¿Acaso no reflejó toda la verdad en Su vida? Vean cuán claramente expresó la verdad que Dios es amor. Cuán melodioso, cuán semejante a repiques de campanas de Navidad fue Su testimonio a la verdad que “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” También dio testimonio de que Dios es justo. ¡Cuán solemnemente proclamó ese hecho! Sus heridas sangrantes, Sus moribundas agonías sonaron esa solemne verdad, como un tañido fúnebre que incluso los muertos pudieron oír. Dio testimonio a la exigencia de Dios por la verdad en lo íntimo; pues a menudo hizo la disección de los hombres y los desnudó, y abrió sus secretos pensamientos y los descubrió para ellos mismos, y les hizo ver que el ojo de Dios soporta únicamente la sinceridad. ¿Acaso no dio testimonio a la verdad que Dios había resuelto hacer para Sí un pueblo nuevo y un verdadero pueblo? Acaso no estaba siempre hablando de Sus ovejas que oyen Su voz, del trigo que recogería en el granero, y de las cosas preciosas que serían atesoradas cuando los malos fueran arrojados fuera? En eso estaba dando testimonio que lo falso debe morir, que lo irreal debe ser consumido, que la mentira debe cubrirse de herrumbre y pudrirse; pero que lo verdadero, lo sincero, lo lleno de gracia, lo vital debe soportar cualquier prueba, y debe durar más que el sol.

En una época de fingimientos, siempre estaba barriendo con las pretensiones y estableciendo la verdad y la rectitud como Sus testigos. Y ahora, amados, esta es la manera en la que el reino de Cristo será establecido en el mundo. Por esta causa nació la iglesia y por este propósito vino ella al mundo, para establecer el reino de Cristo dando testimonio a la verdad.

Yo anhele, amados míos, ver que todos ustedes den testimonio. Si aman al Señor, den testimonio a la verdad. Deben hacerlo personalmente; deben hacerlo colectivamente. Nunca se unan a una iglesia cuyo credo no crean entera y sinceramente, pues si lo hicieran estarían actuando una mentira, y serían, además, partícipes del error de los testimonios de otros hombres. Yo no diría, ni por un instante, nada que retardara la unidad cristiana, pero hay algo antes de la unidad, y es, “la verdad en lo íntimo” y honestidad delante de Dios. Yo no me atrevería a ser miembro de una iglesia cuya enseñanza yo supiera que es falsa en puntos vitales. Preferiría ir al cielo solo, que engañar mi conciencia por tener compañía. Ustedes podrán decir: “pero yo protesto contra el error de mi iglesia.” Queridos amigos, ¿cómo podrían protestar consistentemente en contra de ese error cuando profesan estar de acuerdo con él, siendo miembros de una iglesia que lo avala? Si eres un ministro de una iglesia, en efecto estás diciéndole al mundo: “yo creo y enseño las doctrinas de esta iglesia;” y si subes al púlpito y dices que no crees en ellas, ¿qué concluirá la gente? Dejo que juzguen por ustedes mismos.

Vi la torre de una iglesia el otro día, con un reloj en ella, que me sorprendió al marcar las diez y media cuando yo pensaba que eran las nueve aproximadamente; sin embargo, me tranquilicé cuando vi que otra cara del reloj indicaba las ocho y quince. “Bien,” pensé, “cualquiera que sea la hora, ese reloj está equivocado, pues se contradice a sí mismo.” Así que cuando oigo a un hombre que dice algo de acuerdo a la membresía de su iglesia y luego otra cosa en contra, de conformidad a su criterio personal, vamos, independientemente de lo que sea correcto, ciertamente no es consistente consigo mismo.

Demos testimonio a la verdad, puesto que hay gran necesidad de hacerlo ahora mismo, pues dar testimonio no goza de buena fama. La época no ensalza ninguna virtud tanto como la “liberalidad”, y no condena ningún vicio tan fieramente como la intolerancia, *alias* la honestidad. Si creen en algo y lo sostienen con firmeza, todos los perros les van a ladrar. Déjenlos que ladren: dejarán de hacerlo cuando se cansen. Ustedes son responsables ante Dios, y no ante hombres mortales. Cristo vino al mundo para dar testimonio a la verdad, y Él te ha enviado para que hagas lo mismo; cuídate de hacerlo, sin importar que ofendas o agrades; pues es únicamente mediante este proceso que el reino de Cristo va a ser establecido en el mundo.

Ahora, lo último es esto. Nuestro Salvador, habiendo hablado de Su reino y de la manera de establecerlo, DESCRIBIÓ A SUS SÚBDITOS: “Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.” Es decir, dondequiera que el Espíritu Santo ha convertido a un hombre en un amante de la verdad, ese hombre siempre reconocerá la voz de Cristo y se someterá a ella. ¿Dónde está la gente que ama la verdad? Bien, no necesitamos investigarlo arduamente. No necesitamos la lámpara de Diógenes para encontrar a esas personas, pues saldrán a la luz; y, ¿dónde está la luz sino en Jesús? ¿Dónde están esos hombres consistentes, que son lo que parecen ser? ¿Dónde están los hombres que desean ser verdaderos en secreto y delante del Señor? Pueden ser encontrados allí donde el pueblo de Cristo es descubierto; serán encontrados escuchando a aquellos que dan testimonio a la verdad. Quienes aman la verdad pura, y saben lo que es Cristo, se enamorarán con seguridad de Él y oirán Su voz. Juzguen ustedes, entonces, en este día, hermanos y hermanas, si son de la verdad o no; pues si aman la verdad, ustedes conocen y obedecen la voz que les pide que se alejen de sus viejos pecados, de los falsos refugios, de los malos hábitos, de todo aquello que no sea conforme a la mente del Señor. Le han oído en su conciencia, cuando les riñe por todo lo falso que permanece en ustedes; y también cuando alienta en ustedes la parte de la verdad que está luchando allí. Habré concluido, cuando les haya transmitido una o dos exhortaciones.

La primera es, amados, ¿nos atrevemos a ponernos del lado de la verdad en esta hora de su humillación? ¿Reconocemos la realeza de la verdad de Cristo cuando la vemos deshonrada cada día? Si la verdad del Evangelio fuera honrada en todas partes, sería fácil decir “la creo;” pero ahora, en estos días, cuando no tiene honor entre los hombres, ¿nos atrevemos a adherirnos a ella a toda costa? Están dispuestos a caminar con la verdad a través del lodazal y a través del pantano? ¿Tienen el valor de profesar una verdad que no está de moda? ¿Están dispuestos a creer la verdad contra la cual la falsamente llamada ciencia ha desfogado su rencor? ¿Están dispuestos a aceptar la verdad aunque se diga que sólo los pobres y las personas sin educación la reciben? ¿Están dispuestos a ser los discípulos del Galileo, cuyos apóstoles fueron pescadores? De cierto, de cierto les digo que en aquel día en el que la verdad en la persona de Cristo se manifieste en toda su gloria, les irá muy mal a quienes se avergonzaron de reconocerla y de reconocer a su Señor.

A continuación, si hemos oído la voz de Cristo, ¿reconocemos el propósito de nuestra vida? ¿Sentimos que “nosotros para esto hemos nacido, y para esto hemos venido al mundo, para dar testimonio a la verdad!” No creo que tú, mi querido hermano, viniste al mundo para ser un lencero, o un subastador, y nada más. No creo que Dios te haya creado, hermana mía, para que seas simplemente una costurera, o una enfermera, o una ama de casa. Las almas inmortales no fueron creadas para simples propósitos mortales. Para este propósito nací, para que, con mi voz en este lugar, y en todas partes, dé testimonio a la verdad. Ustedes reconocen eso. Entonces les ruego, a cada uno de ustedes, que reconozcan que ustedes también tienen una misión similar. “Yo no podría ocupar el púlpito,” dirá alguien. No te preocupes por eso: da testimonio a la verdad allí donde estás, y en tu propia esfera. Oh, no desperdicien el tiempo ni la energía, sino testifiquen de inmediato a favor de Jesús.

Y ahora, por último, ¿reconocen, amados, la dignidad superlativa de Cristo? ¿Ven qué Rey es Cristo? ¿Es Él un Rey para ti como no podría serlo nadie más? No fue sino ayer que un príncipe entró a una de nuestras grandes ciudades, y la gente llenó todas sus calles para darle la bienvenida, y sin embargo, no era sino un hombre mortal. Y luego, en la noche, iluminaron su ciudad, e hicieron que los cielos resplandecieran como si el sol se hubiera levantado antes de la hora señalada. Pero, ¿qué había hecho este príncipe por ellos? Eran súbditos leales, y esa era la razón de su gozo. Pero, oh, amados, no necesitamos preguntar: “¿qué ha hecho Cristo por nosotros?” Deberíamos preguntarnos: “¿qué no ha hecho por nosotros?” ¡Emanuel, todo lo debemos a Ti! ¡Tú eres nuestro nuevo creador, nuestro Redentor del más profundo abismo del infierno! ¡En Ti, esplendoroso y todo codiciable, Tus hermosuras promueven nuestra admiración! ¡Tú viviste por nosotros, te desangraste por nosotros, moriste por nosotros; y Tú estás preparando un reino para nosotros, y vas a regresar para llevarnos para estar contigo allí donde Tú estás! Todo esto infunde amor en nosotros. ¡Todos te aclamen! ¡Todos te aclamen! ¡Tú eres nuestro Rey, y te adoramos con toda nuestra alma!

Amados, les suplico que amen a Cristo, y que vivan para Él mientras puedan. Trabajen mientras haya oportunidad. Cuando he tenido que guardar reposo, y no he sido capaz de hacer algo, el gran dolor de mi corazón ha sido mi incapacidad de servirle a Él. Oía a mis hermanos gritando en el campo de batalla, y veía a mis camaradas marchando al combate, y yo estaba tirado como un soldado herido en una zanja, y no me podía mover, excepto que entre suspiros decía una oración para que todos ustedes sean fuertes en el Señor y en el poder de Su fuerza. Este era mi pensamiento: “¡oh, que hubiese predicado mejor cuando podía predicar, y que hubiese vivido más para el Señor mientras podía servirle!” ¡No incurran en esos remordimientos en el futuro por causa de la haraganería presente, sino vivan ahora para Él, que murió por ustedes!

Si alguien presente en esta reunión no ha obedecido nunca a nuestro Rey, que venga a confiar en Él ahora; pues es un tierno Salvador, y está dispuesto a recibir al pecador más grande y más negro que venga a Él. Quienquiera que confíe en Él, nunca descubrirá que le fallará; pues Él puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios. Que los traiga a Sus pies, y reine sobre ustedes en amor. Amén.

Porción de la Escritura leída antes del Sermón: Salmo 85.

8

⁸Spurgeon, C. H., & Román, A. (2008). *Sermones de Carlos H. Spurgeon*. Bellingham, WA: Logos Research Systems, Inc.

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

El Verdadero Evangelio No Es Un Evangelio Encubierto

NO. 1663

Sermón predicado el Domingo 4 de junio de 1882

por Charles Haddon Spurgeon

En el Tabernáculo Metropolitano, Newington

“Pero aun si nuestro evangelio está encubierto, entre los que se pierden está encubierto. Pues el dios de esta edad presente ha cegado el entendimiento de los incrédulos, para que no les ilumine el resplandor del evangelio de la gloria de Cristo, quien es la imagen de Dios.” 2 Corintios 4:3, 4.

Pablo había estado hablando acerca de Moisés, de cuando se cubría su cara con un velo. Nuestro evangelio no tiene ningún velo, sino que muestra a los hijos de los hombres toda la gloria de su rostro. Oh que pudieran mirarlo fijamente, y ver en él su propia salvación y la gloria del Señor.

Observen de entrada la confianza con la que Pablo habla. Es evidente de manera categórica que no tiene la menor duda que el evangelio que él proclama es verdaderamente cierto; más aún, que es verdadero de manera tan manifiesta que si los que lo han escuchado no lo aceptan, debe ser porque el dios de este mundo ha cegado sus mentes. El acento de la convicción hace que cada palabra sea muy enfática. Él cree y está seguro y plenamente convencido que aquellos que no creen deben estar bajo la esclavitud del diablo. Este no es el estilo ordinario en que el evangelio es predicado hoy en día. Escuchamos a muchos hombres que se disculpan cortésmente por afirmar algo como cierto, pues temen que se piense de ellos que son fanáticos y de mente estrecha: tratan de demostrar cosas que son tan claras como la luz del día, y de apoyar con argumentos lo que el propio Dios ha dicho; como si el sol necesitara de velitas para ser visto, o como si Dios necesitara el apoyo del razonamiento humano. Él apóstol no asumió una posición defensiva de ninguna manera: llevó la guerra a las filas enemigas y puso sitio a los incrédulos. Traía una revelación de Dios, y cada una de sus palabras planteaba un reto a los hombres: “Esta es la palabra de Dios, tienen que creerla; porque si no lo hacen incurrirán en pecado, y probarán que están perdidos, y que están bajo la influencia del diablo.”

Cuando el evangelio era predicado en ese estilo real, prevalecía con poder y aniquilaba toda oposición. Por supuesto que algunos ponían objeciones. “¿Qué va a decir este charlatán!” era una pregunta común; pero los mensajeros de la cruz ponían un alto a los que objetaban, pues simplemente seguían declarando el evangelio glorioso. Su única palabra era: “Esto viene de Dios: si creen serán salvos, si lo rechazan serán condenados.” No mostraban escrúpulos al respecto, sino que hablaban como hombres que creían en su mensaje, y estaban convencidos que el mensaje dejaba a los incrédulos sin excusa alguna. Nunca alteraron su doctrina o suavizaron el castigo por rechazarlo. Como fuego en medio de la hojarasca, el evangelio consumía todo lo que estaba a su alrededor cuando se predicaba como la revelación de Dios. Hoy no se propaga con la misma velocidad porque muchos de sus maestros han adoptado, según ellos, métodos más sofisticados: tienen menos certidumbre y más indiferencia, y por lo tanto razonan y argumentan allí donde deberían proclamar y afirmar.

Algunos predicadores pasan el rastrillo sobre toda la tontería sobre lo que el hombre científico o no científico quiere comentar, y se pasan la mitad de su tiempo tratando de responder. ¿Qué sentido tiene desatar los nudos que son atados por los escépticos? Simplemente van a atar más. No le corresponde a mi mensajero discutir acerca de mi mensaje, sino entregarlo fielmente como mensaje mío, y

dejar las cosas así. Si regresamos a la vieja plataforma, y hablamos con el mensaje de Dios, no habremos hablado en vano, ya que Él honrará su propia palabra.

El predicador debe hablar en nombre de Dios o mejor que se calle. Hermano mío, si el Señor no te ha enviado con un mensaje, vete a la cama, o a la escuela, o dedícate a tus cultivos; porque ¿qué importa lo que tú tienes que decir si sólo sale de ti? Si el cielo te ha dado un mensaje, proclámalo como tiene que hacerlo el que es llamado a ser la boca de Dios. Si inventamos nuestro propio evangelio en el camino, producto de nuestras cabezas, y componemos nuestra propia teología, como los boticarios preparan sus compuestos de medicinas, tenemos una tarea sin término frente a nosotros, y el fracaso nos mira a la cara. ¡Ay de la debilidad del ingenio humano y de la falacia del razonamiento de los mortales! Pero si tenemos que entregar lo que Dios declara tenemos una simple tarea, que nos llevará a grandiosos resultados, pues el Señor ha dicho: “Así será mi palabra que sale de mi boca: No volverá a mí vacía.”

¿Dónde aprendió el apóstol a hablar de manera tan positiva? En el primer versículo de este capítulo nos dice: “Por esto, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que nos fue dada, no desmayamos.” Él mismo había sido una vez un perseguidor; y había sido convencido de su error cuando se le apareció el Señor Jesús. Este fue un gran acto de misericordia. Ahora él sabía que sus pecados le habían sido perdonados; él sentía en su propio corazón que era un hombre regenerado, cambiado, limpiado, creado de nuevo y esto era para él una evidencia contundente que el evangelio era de Dios. Para él de cualquier manera el evangelio era una verdad comprobada, que no necesitaba ninguna otra demostración que el efecto maravilloso que había ejercido sobre él. Habiendo recibido él mismo la misericordia, juzgaba que otros hombres también necesitaban esa misericordia igual que él, y que el mismo evangelio que había traído luz y consuelo a su propia alma les traería la salvación también a ellos. Esto le animaba para su trabajo. Esta conciencia que tenía le impulsaba a hablar como alguien que tiene autoridad. No dudaba en lo más mínimo, pues hablaba lo que había experimentado. Ah, amigos, nosotros no solamente entregamos un mensaje que creemos que es de Dios, sino que decimos lo que ha sido probado y comprobado dentro de nuestras propias almas. Para un predicador no convertido debe ser un aprieto terrible, pues no tiene la evidencia de la verdad que proclama. Un hombre que no conoce el efecto del evangelio en su propio corazón debe soportar mucha ansiedad cuando predica el evangelio. ¿En realidad, qué sabe del evangelio si nunca ha sentido su poder? Pero si ha sido convertido por su mediación entonces tiene mucha confianza y no será perturbado por las preguntas y estratagemas de los que se le oponen. Su conciencia más íntima lo fortalece durante la predicación del mensaje. Nosotros debemos sentir también la influencia de la palabra para que podamos decir lo que conocemos, y dar testimonio de lo que hemos visto. Habiendo recibido misericordia no podemos sino hablar de esa misericordia positivamente, como una cosa que hemos probado y experimentado: y sabiendo que es Dios quien nos ha dado la misericordia, no podemos sino hablar deseando ansiosamente que otros también puedan participar de la gracia divina.

Ahora vamos a reflexionar sobre nuestro texto. Nuestra primera observación será: *el evangelio es en sí mismo una gloriosa luz*, pues en el versículo cuatro Pablo habla de la luz del evangelio glorioso de Cristo; en segundo lugar, *este evangelio es en sí mismo comprensible y sencillo*; en tercer lugar, *si lo predicamos como debemos predicarlo lo mantendremos comprensible*, y no lo mancharemos con sabiduría del mundo; y en cuarto lugar, si es en sí mismo una gran luz, y si es en sí mismo claro, y si la predicación es clara, entonces *si los hombres no lo ven es porque están perdidos*: es un signo fatal que los hombres no puedan percibir la luz del evangelio de la gloria de Jesucristo.

I. En primer lugar, pues, EL EVANGELIO ES EN SÍ MISMO UNA GLORIOSA LUZ. En innumerables lugares en el Nuevo Testamento es descrito de esa manera. Ésta es la luz que ha venido al mundo. “Porque las tinieblas van pasando y la luz verdadera ya está alumbrando.” Observen que esta luz *revela la gloria de Cristo*. Así lo traducen claramente las nuevas versiones de la Biblia: “El resplandor del evangelio de la gloria de Cristo.” Los judíos tenían una forma diferente de expresarse que los griegos, y las traducciones antiguas, teñidas de la forma judía de ver las cosas, presentaban el versículo así: “el evangelio glorioso de Cristo”; pero si se toma directamente del griego, entonces la traducción es: “el resplandor del evangelio de la gloria de Cristo.” Ambas traducciones son válidas pero la segunda transmite la idea de manera plena con un sentido de frescura que es digna de tomarse en cuenta. El evangelio revela la gloria de Cristo. Nos dice que Él es el eterno Hijo del Padre, y que todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y que todas las cosas fueron creadas para Él y que por su causa continúan existiendo. Tomadas aisladamente, estas cosas pudieran no haber sido buenas noticias para nosotros, porque siempre es bueno que la criatura esté informada acerca de su Creador; pero el evangelio va más allá y nos revela que este siempre bendito Hijo del Altísimo vino a la tierra en su infinita misericordia, tomó nuestra naturaleza, y nació en Belén, y se convirtió en un hombre verdadero así como era verdadero Dios. Esta era la primera nota del evangelio y había tanto deleite en ella que motivó a cantar a todos los ángeles en el cielo y los pastores que cuidaban los rebaños durante la noche, escucharon los villancicos de la primera Navidad que brotaban del cielo de media noche: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres de buena voluntad!” Que Dios se hiciera hombre sólo podía significar paz para el hombre; que el Heredero de la gloria se encarnara en su raza sólo podía significar misericordia para el culpable; que Quien ha sido ofendido asuma la naturaleza del ofensor deben ser buenas nuevas para nosotros. Así vibró con fuerza la primera música del evangelio puro que alegró el oído de la humanidad. El Señor Dios omnipotente se convirtió en Emanuel, que significa: Dios con nosotros: “Porque un niño nos es nacido, un hijo nos es dado, y el dominio estará sobre su hombro. Se llamará su nombre: Admirable.” Este es el principio del evangelio de la gloria de Cristo: Él obtuvo una mayor gloria al despojarse de su divina gloria. Más aún, el evangelio nos dice que este mismo Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz, habitó aquí entre los hombres, predicando y enseñando, y haciendo milagros de misericordia sin igual; en todas partes mostrándose a sí mismo como el hermano del hombre, compasivo y tierno y manso, recibiendo aun a los más humildes del pueblo, inclinándose a los más pequeños de la raza humana. Está escrito: “Se acercaban a él todos los publicanos y pecadores para oírle”; y de nuevo tomó a los niños en sus brazos, y los bendijo, y dijo: “Dejad a los niños venir a mí y no les impidáis.” Hubo una buena nueva acerca de todo lo que Él hizo, y una gloria que los hombres que son puros de corazón ven y admiran. Su vida fue una buena nueva: era algo nuevo y lleno de gozo que Dios habitara entre los hombres, y que fuera hallado en condición de hombre. El Dios que odia el pecado, y cuya ira se enciende contra la iniquidad, habitó entre los pecadores, y vio y palpó sus perversos caminos, y rogó por ellos: “Padre, perdónalos.” Su gloria consistía en ser tan paciente, tan manso, tan abnegado, a la vez que era justo y verdadero. Con toda propiedad dijo Juan: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y contemplamos su gloria, como la gloria del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.”

Pero la campana mayor del evangelio, que suena con la más clara nota, es que este Hijo de Dios en el cumplimiento del tiempo se entregó a sí mismo por nuestros pecados, haciendo la ofrenda de toda su naturaleza humana como una propiciación por la culpa de los hombres. Aquí hay una gloria suprema de amor. Qué espectáculo era verlo en el huerto oprimido con toda nuestra carga de culpa hasta que el sudor de sangre se hizo manifiesto en Él; verlo soportando ese tremendo peso en el ma-

dero, y allí colgado en medio de agonías de muerte, aguantando el abandono de Su Padre, con todas las densas nubes de tinieblas como su consecuencia: ¡muriendo él “el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”! Era la gloria de Cristo encontrarse allí despojado de toda la gloria. Y éste es el evangelio que predicamos, el evangelio de la sustitución, que Jesús tomó el lugar del pecador y pagó por el pecador lo que se le debía a la ley de Dios por causa de la trasgresión del hombre. Proclamen en medio de los gentiles que el Señor reina desde el madero.

*“¡Despliega la bandera! Déjala que ondee
Hacia el cielo y hacia el mar, en lo alto y a lo ancho;
Nuestra gloria sólo en la cruz,
Nuestra esperanza, el Crucificado.”*

El hombre no podría recibir nuevas de mayor gozo que las que le avisan que el Dios encarnado ha cargado con los pecados del hombre y ha muerto en su lugar. Sin embargo hay otra nota, porque Él, que murió y fue enterrado, ha resucitado de los muertos, y ha llevado nuestra naturaleza arriba, a la gloria, y con ella se viste a la diestra del Padre. Su amante corazón todavía está ocupado en la misma actividad que lo trajo aquí abajo; por medio de su intercesión Él está salvando a los pecadores que compró con su sangre. Él puede salvar completamente a los que vienen a Dios por medio de Él puesto que Él vive para siempre para interceder por ellos. Este es el evangelio de la gloria de Cristo. Es la gloria de nuestro Señor ser el mediador entre el hombre y Dios, intercediendo por los injustos, usando como su argumento contundente la sangre que Él ha derramado.

Pero no debo hacer de lado el hecho de que Quien ahora intercede por los pecadores en la gloria vendrá pronto otra vez para juntar a los suyos en Él, para llenarlos de la plenitud de su gloria, y para llevarlos para estar con Él, arriba donde Él se encuentra. Hay una asombrosa luz en el evangelio, tanto para el futuro como para el presente. Nos revela la gloria de Cristo, la gloria del amor, la gloria de la misericordia, la gloria de una sangre que puede hacer blanco lo que es más negro, la gloria de una intercesión que puede hacer aceptable la oración más pobre, la gloria de un Salvador que ha triunfado y que vive, quien habiendo puesto su mano en la obra no fallará ni se desanimará hasta que todos los propósitos del amor infinito hayan sido alcanzados por Él. Este es: “el evangelio de la gloria de Cristo,” y su luz es muy clara y brillante.

Ahora se nos muestra una segunda verdad: el evangelio es una luz que *revela a Dios* mismo, pues de conformidad a nuestro texto el Señor Jesús es la imagen de Dios. ¿No dijo Jesús: “El que me ha visto, ha visto al Padre”? Pues, primero que nada, nuestro Señor Jesús es la imagen de Dios en este sentido, que es esencialmente uno con Dios. Él es “el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza.” Él es: “Dios verdadero de Dios verdadero,” como lo establece el credo, y yo no sé cómo expresar mejor esa idea. Nuestro Señor mismo dijo: “Yo y el Padre uno somos.” Pero el texto contiene algo más que eso. Cristo es la imagen de Dios en el sentido que nos muestra lo que Dios es. Si conocen el carácter de Jesús, conocen el carácter de Dios. Dios mismo es invisible, y no puede ser visto por el ojo de ningún mortal, ni puede ser comprendido por una mente finita. De hecho, no puede ser conocido verdaderamente de ninguna manera, excepto por la enseñanza del Espíritu Santo. Pero todo lo que puede conocerse de Dios está claramente escrito con letras mayúsculas en la persona de Jesús. ¿Qué más alto concepto de Dios pueden tener? Aun aquellos que han negado la divinidad de nuestro Señor lo han admirado por su carácter sin igual. Lean el relato de su vida, y traten de mejorar esa vida. ¿Pueden indicar algo que debe quedar fuera, o algo que deba ser agregado? Él es Dios, y en Él vemos a Dios en la medida que podemos discernir a ese Padre sin igual de nuestros es-

píritus. De tal manera que el evangelio está lleno de luz, y revela en primer lugar al Mediador y después al Señor Dios mismo.

Ahora, queridos amigos, este evangelio de la gloria de Cristo *es realmente luz para nosotros*, es decir, trae con él todo lo que la metáfora de la luz conlleva. Primero que nada trae iluminación. Es una iluminación del alma “que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú has enviado.” Es luz para el entendimiento porque puede ver que el Unigénito ha revelado al Padre. El hombre busca a Dios, si de alguna manera, aun a tientas, palpase y le hallase y el gentil se tropieza aquí y allá andando a tientas en su ceguera. Posiblemente el mundo estaba más cerca de la verdad cuando lo llamó “el Dios desconocido.” Cuando la sabiduría de este mundo comenzó alguna vez a definir y a describir a la Divinidad, entonces mostró su propia insensatez. “El mundo no ha conocido a Dios mediante la sabiduría,” pero en la persona del Señor Jesús tenemos la verdadera *representación*, la imagen y representación de la Divinidad.

No se puede decir de los verdaderos cristianos: “Vosotros adoráis lo que no sabéis,” porque nosotros sabemos lo que adoramos. Cada uno de nosotros puede afirmar: “porque yo sé a quien he creído.” No tenemos ninguna duda acerca de quién es nuestro Dios, o lo que es. Hay un conocimiento dado a los hombres mediante el evangelio, que genera la luz del día en el entendimiento.

Pero también es luz en otro sentido, es decir, en el sentido de consuelo. Cuando un hombre ve a Dios en Jesucristo, no puede ser infeliz. ¿Estaba ese hombre cargado de pecados? Cuando ve a Jesucristo cargando al pecado en su propio cuerpo sobre el madero, y cree en Él, en ese momento es liberado de su carga. Cuando se agita bajo los cuidados y las pruebas de la vida y por medio de la fe mira a Jesús, que padeció sufrimientos infinitamente mayores, entonces es liberado del aguijón de la aflicción. ¿Le tiene miedo a la muerte? Cuando oye que Jesús dice: “Yo soy la resurrección y la vida,” entonces aprenderá a desear más bien que a temer a la muerte. ¿Le preocupa el porvenir? ¿Se cierne sobre él oscuramente el terrible futuro? Cuando oye que Jesús dice: “Yo soy el que vive. Estuve muerto, y he aquí que vivo por los siglos de los siglos. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades”; nunca más tendrá miedo del mundo separado de los espíritus, del cual Cristo tiene la llave; ni temblará ante el incendio que arrasa con el mundo ni la ruina de la creación, porque se sostiene en Él que ha dicho: “Porque yo vivo, también vosotros viviréis.” Nunca brilló una luz igual sobre los hijos de los hombres: esta eterna verdad no tiene rival, ni como instrucción ni como consuelo. Un arcángel no podría decirte el gozo que este “evangelio de la gloria de Cristo” ha dado a los hijos y a las hijas de la aflicción. Adonde llega libera a la mente cautiva, y quita los dolores del remordimiento. Cuando se le contempla, los ojos llenos de lágrimas son iluminados hasta que brillan de gozo. ¡Oh, el gozo inefable de que Cristo sea nuestro Salvador, y que el Dios glorioso sea nuestro Padre! Ahora damos un paso adelante y observamos que:

II. ESTE EVANGELIO ES EN SÍ MISMO MUY COMPRENSIBLE Y SENCILLO. El evangelio no contiene nada que pueda dejar perplejo a nadie a menos que quiera voluntariamente quedar perplejo. No hay nada en el evangelio que un hombre no pueda captar si desea entenderlo. Todo es muy sencillo para el hombre que somete su entendimiento a Dios. Siempre que recibo un libro cuyo contenido me cuesta mucho entender, me gustaría enviarlo de regreso a su autor, y pedirle que lo escriba de nuevo, porque estoy seguro que él mismo no está claro de su contenido. De lo contrario fácilmente podría hacerme saber lo que quiso decir. Un hombre no domina adecuadamente un tema mientras no pueda comunicar sus pensamientos sobre ese tema, de tal manera que las personas de inteligencia ordinaria puedan enterarse de lo que el autor trata. Ahora, el Señor tiene en su mente una plan de salvación claramente definido para los hombres, y lo ha expresado sin ninguna ambigüedad. A cier-

tos teólogos les gusta predicar un evangelio incomprensible, puesto que esto les da un aire de sabiduría ante el juicio de los necios. Algunos de los que escuchan prefieren sermones que no pueden entender. Para ellos lo difícil y lo intrincado es como la esencia y lo medular. Una vez escuché que alguien dijo que le gustaba un poco de cartílago en los sermones, o un hueso para probar la fortaleza de sus dientes. Podríamos fácilmente darles gusto a tales amigos, pero no vemos ninguna autoridad en las Escrituras para satisfacer tales gustos. Yo me esmero en quitar las semillas de la fruta antes de preparar la comida. Cuando comemos no es de ninguna manera sano que nos traguemos los huesos, pues no podríamos digerirlos y podrían causarnos una lesión interna. Las almas necesitan alimento espiritual, no más problemas ni acertijos. Así, cuando un hombre predica el evangelio de tal manera que su presentación no tiene ni pies ni cabeza, no necesitan angustiarse, porque lo que ese señor tiene que decir no amerita que se preocupen por entenderlo. Si es el propio evangelio del Señor, los que son hacedores de la voluntad del Señor pueden entenderlo; y si no pueden entenderlo, entonces no es el evangelio de la gloria de Cristo, sino un evangelio de invención humana. El verdadero evangelio es la sencillez misma.

¡Escuchen! Que Dios haya venido entre los hombres y haya tomado nuestra naturaleza es un misterio de tal magnitud que no sabemos cómo pudo ser. Bendito sea Dios, no queremos saber *cómo* sucedió; sólo sabemos que ocurrió, y ese hecho es suficiente para nosotros. Entendemos que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y nos gozamos en ello. Observen la doctrina de la expiación; esto también, como un hecho, es lo suficientemente sencillo. Cómo fue justo que Cristo sufriera en nuestro lugar, y que su sufrimiento fuera una expiación por nuestros pecados, puede ser una pregunta muy profunda, pero el hecho es revelado con mucha claridad. No creo que la sustitución sea un misterio que aturda, pero otros lo creen así. ¿Y qué si así fuera? Su razón secreta no es nada para nosotros. Si Dios ha presentado a Cristo como propiciación por nuestros pecados nuestra opción más razonable es aceptarlo. No necesitamos pelearnos con la gracia sólo porque no podemos entender todo acerca de ella. Es más sabio comer todo lo que se pone frente a nosotros que morir de hambre debido a que no conocemos todos los secretos de la cocina. No se me pide que entienda cómo nos justifica Dios en Cristo, pero sí se me pide que crea que lo hace. Ese hecho es lo suficientemente sencillo y es objeto de fe. Que Jesús tenga que sufrir en mi lugar es una simple verdad, y en ella no hay ninguna oscuridad. Esa preciosa doctrina que somos justificados por fe, que todo el mérito que tiene la gloriosa obra de Cristo se transfiere a nosotros simplemente por nuestra fe: ¿hay algo difícil en eso? Sé que los hombres pueden cavilar hasta tener el rostro ennegrecido, pero la doctrina es obvia. A veces las personas preguntan: “¿qué es creer!” Pues es confiar, depender, apoyarse sobre, fiarse de, eso es todo. ¿Hay algo difícil acerca de eso? ¿Quieres ponerte lentes para poder ver esa verdad? ¿Te tomará una semana asimilar esa idea? No, el hecho de que Dios se hizo carne y habitó entre nosotros, y hallándose en condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte por nuestra causa, y que ahora nos pide simplemente que creamos en Él y viviremos, es una verdad tan sencilla como cualquier otra en la esfera del conocimiento. A algunas personas les gustaría un evangelio de perplejidad; ellos prefieren un poco de confusión del intelecto; les encanta deambular en medio de una bruma luminosa, en la que nada está definido de manera clara. Piensan que siguen adelante cuando dejan a otros atrás, mientras escalan un absurdo sublime. Ahora, supongamos que el evangelio contiene terribles misterios y está plagado de asuntos difíciles de entender; supongamos que requiere previamente la lectura completa de dieciocho volúmenes antes de poder entenderlo; supongamos que requiere de precisión matemática y de elegancia clásica antes de poder verlo. Siendo así, millones de personas no podrían ir al cielo, porque nunca han leído ni siquiera un volumen, y por tanto no serían capaces de digerir una biblioteca. Algunos hombres están tan ocupados, y algu-

nos tienen un cerebro de tal naturaleza que nunca podrán ser estudiantes profundos, y si el evangelio requiriera de ellos una reflexión profunda y una amplia investigación, ellos se darían por vencidos y por perdidos. Si los hombres necesitaran ser filósofos para poder ser cristianos, la mayoría de los cristianos estaría fuera del límite de la esperanza. Si las masas del pueblo tuvieran que leer mucho antes de poder captar la idea de la salvación por la fe en Cristo Jesús, nunca captarán esa idea; perecerán inevitablemente. ¿Y les gustaría a ustedes, sabios, que ellos perecieran? Me temo que muchos de ustedes se preocupan menos por eso que por los créditos que puedan recibir por su talento y por sus ideas. Con el objeto de definir un profundo evangelio pequeño sólo para ustedes, están dispuestos a cavar un foso alrededor de la cruz para impedir el paso de la vulgar muchedumbre. Ese no es el evangelio ni el espíritu del Señor Jesús. Tengan mucho cuidado de que no se les escape la verdad a ustedes mismos. Me temo que mientras ustedes están buscando a tientas el picaporte de la puerta del cielo, el pueblo que ustedes desprecian estará adentro y ya cantando: “Gloria, aleluya, hemos encontrado al Salvador.” El Señor permite que el discutiendo de este mundo se tropiece, mientras que quienes reciben como niños el reino de Dios descubren el gran secreto, y se gozan en él. Supongamos que el evangelio hubiera sido algo tan difícil de explicar, y un tema tan difícil de entender; ¿qué hubiera sido de la gran cantidad de personas que ahora se regocija en Cristo y que sin embargo tuvo de nacimiento y debido a su constitución las más insignificantes capacidades? Es maravilloso ver cómo alguien apenas por encima de la capacidad de un idiota puede comprender el evangelio. ¡Es una bendición que así sea! He escuchado acerca de un pobre muchacho a quien sus maestros habían estado instruyendo por años, y un día le dijeron: “Bien, Santiago, dinos ¿tienes un alma?” “No, no tengo alma.” Sus maestros creyeron que habían desperdiciado su tiempo; pero cambiaron de opinión cuando él agregó: “Yo tuve un alma una vez, y la perdí, y Jesucristo vino y la encontró y yo dejé que Él se quedara con ella.” Ese es un mejor evangelio que el que recibimos de muchos teólogos refinados. Santiago tenía todo el tema en sus manos. Cristo había encontrado su alma, y Él se la estaba guardando; a Él, que no fallará en guardar lo que hemos entregado en sus manos. Aplaudimos de gozo porque el evangelio revela el camino directo del hombre al cielo, y hace sabio para la salvación al más analfabeta. El pastorcito de la llanura de Salisbury puede entender el evangelio de la misma manera que el Obispo de la Catedral de Salisbury; y la hija del lechero puede sentir su poder tan plenamente como una princesa.

Supongamos que el evangelio fuera difícil de entender, ¿qué haríamos en nuestro lecho de muerte? Muchas veces nos llaman de emergencia para atender a personas que han sido negligentes en buscar la gracia y se están muriendo en la ignorancia. Es una tarea terrible para nosotros tener que explicarles el camino cuando ya están entrando en el oscuro descenso a la muerte. Cuando la lámpara aún arde, tenemos esperanzas, y por tanto procedemos a explicar el camino por el cual el pecador puede retornar a Dios. ¿Acaso no es bueno tenerlo resumido en pocas frases, y poder expresarlo con palabras comunes? Les decimos que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, y que cualquiera que crea en Él no morirá, sino que vivirá para siempre. ¿Qué podríamos hacer si el evangelio no fuera así de simple? ¿Tengo que tener una carretilla, y llevarla conmigo de arriba para abajo, y llevar a cada moribundo media docena de folios en Latín? Nada de eso. Estos versos de Cowper, citados muy a menudo, plantean la sencillez del evangelio, y reprenden a quienes lo rechazan por esa razón.

*“¡Oh cuán diferente del complicado trabajo del hombre
Es el sencillo plan del cielo, sin artificios, sin complicaciones!
No tiene gracias falsas que puedan engañar,
Ni postizos ornamentos que congestionen su estructura:*

*Libre de ostentación y de debilidad,
Se extiende como la bóveda celeste que contemplamos,
Majestuoso en su propia sencillez.
Inscritas arriba del portal a lo lejos
Destacan como el brillo de una estrella,
Legibles sólo con la propia luz que dan,
Las palabras que dan vida: CREE Y VIVE
Muchos, ofendidos por lo que les debía agradar,
Desprecian la dirección sencilla y así están perdidos.
¡El Cielo así descrito! (claman con orgulloso desdén)
¡Increíble, imposible, y sin sentido!
Se rebelan porque es muy fácil obedecerlo
Y se burlan por gusto del camino lleno de gracia."*

III. En tercer lugar, SI LO PREDICAMOS COMO DEBEMOS PREDICARLO LO MANTENDREMOS COMPRENSIBLE. Pablo dijo expresamente: "Así que, teniendo tal esperanza, actuamos con mucha confianza" y dijo también: "Ni mi mensaje ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder." El apóstol Pablo era un pensador profundo, un hombre de un gran discernimiento y de una mente sutil. Tenía tal estructura mental que pudo haber sido un filósofo de primer rango, o un místico de las más profundas tinieblas; pero él fue en contra de su inclinación natural y dedicó todas sus energías a explicar el evangelio. Requirió una renuncia sublime de su parte, dejar a un lado toda su lógica entre todas las demás cosas que consideró como pérdida para Cristo; puesto que dice: "Porque me propuse no saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a él crucificado." Él "se propuso", tenía la determinación, tenía el convencimiento de hacerlo, o no lo habría logrado. Él es el hombre que escribió algunas de las cosas más difíciles de entender, según lo menciona Pedro, pero cuando se trataba del evangelio únicamente lo presentaba de manera muy sencilla. Era tierno con ellos como una nodriza con su niño, y se hizo a sí mismo instructor de bebés, entregando la palabra con la sencillez que los niños requieren. El verdadero hombre de Dios no le pondrá al evangelio el velo de ritos ni de ceremonias. Observa a los que hacen esto y evítalos. Vemos en algunas iglesias al sacerdote, con qué reverencia camina hacia la derecha o hacia la izquierda con sus manos enlazadas, repitiendo frases en Latín, desconocidas para el pueblo. Él da vueltas, hace una reverencia, y vuelve a dar vueltas. Por momentos vemos su rostro y luego vemos su espalda. Supongo que todo eso tiene por fin la edificación; pero yo, pobre criatura, no puedo encontrar la menor instrucción en ello, ni, hasta donde sé, ninguna de las personas que miran pueden hacerlo. ¿Cuál es el significado de los monaguillos vestidos con túnicas elegantes, echando tanto humo? ¿Y qué significan esas flores y esas imágenes en el altar? ¡Cuán espléndida es esa cruz que adorna la espalda del sacerdote! Parece ser hecha de rosas. La gente mira, y algunos se preguntan dónde consigue esos ornamentos, mientras otros hacen especulaciones acerca de la cantidad de cera que se consume cada hora; y eso es todo. Cristo está escondido tras los velos de las señoras, si en verdad está allí. Conozco a muchos sacerdotes que no quisieran hacer todo eso, pero sin embargo esconden al Señor en un lenguaje rebuscado. Es algo grandioso remontarse a las alturas sobre las alas de la elocuencia y desplegar la gloria del discurso, hasta que te deshaces en medio de una espléndida perorata en meros fuegos artificiales, tal como finalizan muchas exhibiciones. Pero esto no es lo que conviene a los predicadores del Señor Jesús. Siempre les digo a nuestros jóvenes que uno de sus mandamientos debe ser: "No dirás peroratas." Intentar usar un lenguaje diferente al lenguaje sencillo cuando predicamos la salvación es abandonar nuestro propio trabajo. Nuestra única obligación es

explicar el evangelio de manera sencilla. Nuestro negocio es el alimento, no las flores. Que los ornamentos llamativos queden para el teatro o para el bar, donde los hombres buscan distraerse, o donde debaten para ganar algo; o dejemos que todas estas pobres tonterías queden para el Senado, lugar donde los hombres defienden causas o denuncian de acuerdo a lo que convenga a su partido. No nos toca a nosotros convertir al peor argumento en el mejor, ni esconder la verdad bajo montañas de palabras. En lo que a nosotros toca, debemos escondernos detrás de la cruz, y hacer saber a los hombres que Jesucristo vino para salvar a los perdidos, y que si creen en Él, serán salvos de manera inmediata y para siempre. Si no les hacemos saber esto, entonces no habremos dado en el blanco, sin importar la manera grandiosa en que nos hayamos comportado. ¡Qué! ¿habríamos de convertirnos en acróbatas de palabras, o malabaristas que hacen maravillas? Así, Dios es insultado, su evangelio es degradado y las almas son abandonadas a su perdición.

Quisiera decir algo más bien personal en este momento, y luego pasar a otro punto. Yo puedo decir con el apóstol: “actuamos con mucha confianza” y por tanto si el evangelio que he predicado está encubierto, yo no le he puesto el velo. He usado palabras comunes cuando he creído que se entenderían mejor, y he dicho todo tipo de historias sencillas cuando he considerado que me han servido para dar a conocer el evangelio. Nunca he usado palabras rebuscadas cuando he podido evitarlo. Mi único deseo ha sido llegar a sus conciencias y ganar sus corazones, manifestándoles la verdad. Si no ven la luz no es porque yo la haya escondido.

IV. Con este punto terminamos. SI LOS HOMBRES NO LO VEN ES PORQUE ESTÁN PERDIDOS. “Pero aun si nuestro evangelio está encubierto, entre los que se pierden está encubierto”: el dios de este mundo ha cegado sus ojos incrédulos para que no brille sobre ellos la luz del glorioso evangelio de Cristo. No creer, no entender, no apreciar y no aceptar el evangelio es un signo de muerte. Quiero decir esto de la manera más sencilla a todos los que dicen que no han recibido el evangelio ya que no pueden entenderlo y no ven nada notable en él. Si han escuchado el evangelio predicado de manera sencilla, es tan sencillo en sí mismo que si está escondido de sus ojos es porque todavía están corroídos por la amargura y atados con los lazos de la iniquidad. Quienes reciben el evangelio son salvos; la fe es la garantía de salvación. Si creen que Jesús es el Cristo son nacidos de Dios: si lo han aceptado a Él como su Salvador, a quien Dios ha elegido como tal, entonces ustedes son salvos; pero si ustedes dicen: “No, no puedo verlo,” entonces sus ojos no pueden ver y están perdidos. El sol es lo suficientemente brillante, pero quienes no poseen la vista no pueden verlo. ¿Dicen ustedes, no puedo recibir el evangelio: necesito algo más difícil? A causa del orgullo pecaminoso su juicio se pervierte y su corazón se endurece. Mientras estén entre los incrédulos ustedes están todavía entre los que se van a perder, y el dios de este mundo les ha vendado sus ojos. Oh Espíritu de Dios, convence a los hombres de este pecado que consiste en no creer en Jesucristo. Yo no tengo capacidad de hacerlo, pero, oh, te suplico que Tú lo hagas. Oh, que nuestro texto, como una aguda espada, haga un corte profundo y llegue hasta la conciencia. Que esta verdad penetre hasta partir las coyunturas y los tuétanos, y discierna los pensamientos y las intenciones de sus corazones.

De acuerdo al texto, el que no cree en Jesucristo es un hombre perdido. Dios te ha perdido; no eres su siervo. La iglesia te ha perdido; tú no trabajas para la verdad. El mundo te ha perdido realmente; no produces ningún servicio permanente para él. Tú te has perdido a ti mismo del derecho, del gozo, del cielo. Tú estás perdido, perdido, perdido, como el hijo pródigo cuando estaba lejos de la casa de su padre, y como la oveja perdida cuando se separó de su rebaño. No es solamente que *te vas a perder*, sino que *estás perdido*; pues “el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.” Graba esas cuatro palabras en tu conciencia: “Ya ha sido condenado”: perdido aun ahora. Estás pereciendo; es decir, gradualmente estás entrando en esa condi-

ción en la cual vas a vivir para siempre, como quien ha muerto ante Dios, y que se ha convertido en alguien completamente inútil y muerto. Es una verdad sobrecogedora que esto se comprueba por medio del hecho que no entiendes el evangelio, o que si lo entiendes no lo valoras; no ves ni belleza ni gloria en él; o si lo aprecias en cierta medida, y ves alguna gloria en él, sin embargo nunca ha provocado tu afecto o ha atraído tu corazón hacia su gran Persona. En una palabra, no has llegado a confiar en Jesús. Él es el único en quien puedes confiar, y sin embargo lo rechazas. Es la cosa más sencilla del mundo confiar en Cristo, y sin embargo no quieres hacer eso que es tan sencillo. Debes confiar en Él de inmediato, no te demores para hacerlo, y sin embargo lo has pospuesto por años. Si la fe trae la salvación, ¿por qué no obtener la salvación? ¿Por qué permanecer todavía en la incredulidad, sin creer la más gloriosa verdad que Dios ha revelado al hombre; sin creer en eso que te atreves a negar? Oh, qué terrible condición es esa: permanecer voluntariamente en la oscuridad, cerrando tus ojos a la luz. Ciertamente estás perdido.

El apóstol explica cómo termina un hombre en esa condición. Nos dice que Satanás, el dios de este mundo, ha cegado su mente. Qué tremendo pensamiento es que Satanás pretenda ser un dios. Cristo es la imagen de Dios; Satanás pretende imitar a Dios: él remeda a Dios y tiene un poder usurpado sobre las mentes y los pensamientos de los hombres. Para mantener su poder se asegura de que sus víctimas del engaño no vean la luz del evangelio. Los velos que él utiliza son aprobados por los corazones egoístas de los hombres; pues él razona así: "Si te conviertes en cristiano, nunca progresarás en el mundo." Tapa cada uno de tus ojos con una moneda de oro, y entonces no puedes ver, a pesar de que el sol brilla con la intensidad del mediodía. El orgullo ata una banda de seda alrededor de tus ojos, y así nuevamente la luz no puede pasar. Satanás susurra: "Si te vuelves cristiano, se van a burlar de ti": así aísla a su víctima por temor al ridículo. Tiene muchos mecanismos ingeniosos mediante los cuales pervierte el juicio de los hombres hasta que les impide ver lo que es totalmente evidente, y no pueden creer lo que es incuestionable. Hace que ganar el cielo parezca algo que no es digno de considerarse cuando se compara con la pequeña pérdida que la religión puede implicar. Le oculta al alma la bendición del pecado perdonado, la adopción en la familia de Dios, y la certeza de la gloria eterna, echando polvo en sus ojos para que el alma no pueda mirar verdaderamente las cosas.

¿Qué puedo decir para terminar sino esto: hay algunos perdidos entre ustedes? Según la explicación del texto, todos ustedes son aquellos para quienes el evangelio está encubierto. Bien, pero gracias a Dios ustedes pueden ser hallados todavía: hoy están perdidos, pero no tienen que estar perdidos mañana: están perdidos mientras leen este sermón, pero pueden ser hallados al terminar esta lectura. El Buen Pastor ha salido a buscar la oveja perdida. ¿Sientes algún anhelo por Él, algún deseo de regresar a Él? Entonces míralo con una mirada de confianza. No estás perdido si miras de esa manera, ni nunca lo estarás. El que cree en Jesús es salvo, y es salvo eternamente. ¿Tiene alguno de ustedes los ojos vendados? Tus ojos están vendados si el evangelio está encubierto para ti, de tal forma que no ves su claridad. Ah, pero no tienes que permanecer en la oscuridad. Hay uno aquí hoy que da vista a los ojos que no ven. Clama a Él como lo hicieron los dos ciegos: "¡Ten misericordia de nosotros, hijo de David! ¡Ten misericordia de nosotros, hijo de David! El Mesías vino precisamente para dar vista a los ciegos: era parte de su misión cuando vino de la gloria del Padre. Él te puede dar la vista a ti. Búscala.

¿Es el dios de este mundo tu señor? Así debe ser si no puedes ver la gloria del evangelio; pero no tiene que seguir siendo tu dios. Pido en oración al Espíritu Santo que te ayude a destronar a este intruso. ¿Por qué tienes que adorarlo? ¿Qué bien te ha hecho alguna vez? ¿Qué elemento hay en su carácter que lo haga digno de ser tu dios? Rompe el yugo; rompe las cadenas que te mantienen en su

esclavitud. El verdadero Dios se ha encarnado para liberarte, y para destruir todas las obras del diablo. Se puede quitar cualquier cosa que te impida mirar la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo. He sido enviado para decir en nombre de mi Señor: “El que cree en él no es condenado: el que cree y es bautizado será salvo.” “Venid, pues, dice Jehovah; y razonemos juntos: Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos. Aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” Confía en el Salvador, confía en el Dios encarnado; confía en Él ahora y confía en Él de inmediato, y aunque hace apenas un momento tu eras tan negro como la medianoche infernal, estarás tan limpio y brillante como el mediodía eterno del cielo. En un instante desaparecerán todos los pecados que te ha tomado cincuenta años acumular; las trasgresiones de todos tus días serán arrojadas bajo el mar, y nunca serán vistas de nuevo. Solamente quiérela y obedece, y sométete al Dios encarnado, que vive para siempre para cuidar a quienes ponen su confianza en Él. Que el Señor los bendiga, queridos amigos, eternamente. Amén y amén.

9

⁹Spurgeon, C. H., & Román, A. (2008). *Sermones de Carlos H. Spurgeon*. Bellingham, WA: Logos Research Systems, Inc.